

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VII

15 DE ABRIL DE 1898

Nº 152

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



SUEÑO DE PRIMAVERA — Cuadro de Vicente Irolli



MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

La duda, drama de don José Echegaray.—*Siencio*, drama de Adriano Gual.—Juicio acerca de las composiciones premiadas en el Certamen literario de EL COJO ILUSTRADO.

Desde hace algún tiempo decíase que la nueva obra escénica del señor Echegaray (don José) revelaría que nuestro gran dramaturgo ha entrado de lleno en las corrientes del modernismo.

Se trataba de un drama simbolista, y no fueron pocos los que, al saber que la obra de Echegaray se titulaba: *La duda*, se creyeron en presencia de un supremo esfuerzo del genio para concretar en una ficción artística lo que hemos ya convenido en llamar el mal del siglo, la nube que empaña á las más claras inteligencias, la fuerza que sujeta, paraliza y á menudo mata la más enérgica voluntad, el hada pérfida que engaña y adornece al sabio y le conduce al excepticismo político, social y religioso.

Y la duda que en su nuevo drama nos describe Echegaray no es nada de eso. Si hay simbolismo en este drama, debe ser tan oscuro que pocos han acertado á verle. La duda aparece personificada no se sabe si en una mala mujer que, por envidia del bien ajeno, quiere estorbar el casamiento de una buena muchacha que ningún daño la ha hecho, ó en esta misma muchacha que, víctima de las malas artes de aquella mujer, duda de la fidelidad de su prometido esposo y hasta de la honradez de su propia madre. Y, atenaceada por la duda, la pobre muchacha siente flaquear su razón y se vuelve loca.

La duda, pues, que en su nuevo drama ha querido simbolizar el señor Echegaray, es una duda que se mueve en muy limitada esfera, y si esta circunstancia puede haber ayudado al autor para planear más fácilmente su drama, ha limitado mucho el carácter filosófico, trascendental que el título de este drama prometía, y el simbolismo si lo hay, queda reducido á una muy modesta categoría: no es el simbolismo en el arte como ahora se entiende.

Lo peor del caso es que no se ve claro en lo que atañe en cual de las dos mujeres se personifica la duda. Echegaray indica que es en la mujer mala, lo cual no se demuestra bien, porque en todo el drama esa mujer no aparece vacilante ni un solo momento; imagina y madura fríamente su plan y lo realiza con constancia y con entera fe en el resultado del mismo. En la buena, tampoco, porque ésta no duda, cree desde el principio que la otra la ingiere malos pensamientos contra su novio y su madre: además se vuelve loca, y nadie enloquece por dudar, sino por lo contrario, por tener una idea fija en el cerebro que le obsesiona y le preocupa constante, tenazmente hasta el punto de impedir el normal funcionamiento de aquel órgano y con ello mata lo que llamamos razón.

Pero en fin, aun cuando podría en vez de la *Duda* llamarse *La Desconfianza*, aparte las inverosimilitudes en los caracteres y en la acción, inherentes á casi todas las obras de Echegaray, el drama resulta bueno y fue bien acogido por el público aristocrático que, por efectuarse el estreno en día de moda, llenaba el teatro Español. La crítica ilustrada aparece indecisa al juzgar la nueva obra de Echegaray. Conviene en que hay en ella si-

argumento, no corresponde á la fuerza de la concepción.

Como nuevo ensayo del modernismo en el Teatro, importa mencionar también el que se ha hecho ha pocos días en Barcelona, con el Drama titulado: *Silencio* de Adriano Gual. Pertenece á un nuevo género importado de Francia y que sus inventores llaman *íntimo*.

El pensamiento y la acción es de rigor en las obras de esta índole que aparecen envueltos en la poesía indecisa del misterio. En el fondo del drama que se representa, en el interior de todos los personajes, se desarrolla otro drama que á los ojos del espectador ha de aparecer borroso, pero fácil de adivinar, perfectamente indicado para quien sabe sondear las profundidades del espíritu. Como puede suponerse tales obras sólo son para leídas ó cuando más para ser representadas ante un público especial, capaz de comprender el pensamiento del autor y seguirle en su desenvolvimiento. Así se ha hecho en Barcelona. El drama del señor Gual se ha representado en el Teatro Lírico con actores y decoraciones especiales, sin apuntador y delante de unas doscientas personas expresamente invitadas. Ha tenido buen éxito. La crítica alaba en él la forma, su desarrollo, la suavidad de los toques, la composición de los cuadros, reflejo exacto de la realidad; los actores hablan bajo, el diálogo natural y suelto á la vez, sin rebuscamientos ni frases de relumbrón, enteramente desprovisto de retóricas postizas. Pero como el conflicto dramático que plantea es muy débil la obra no emociona al espectador, ni siquiera como drama *íntimo*.

No obstante convienen todos los críticos en decir que en el nuevo género hay algo aprovechable que puede influir poderosamente en la transformación del arte escénico.

La Empresa de EL COJO ILUSTRADO, al festejar la entrada de año nuevo, ha obsequiado á sus suscritores con un número extraordinario. Tanto en la parte literaria y artística, como en la material, resulta este número un trabajo notabilísimo que puede competir con las mejores Revistas que de este género se publican, en Europa y en América. Si algo le deslucen es la porción mínima que, accediendo á la invitación del señor Herrera Irigoyen y por ella honrado, ha puesto el que estas líneas escribe. Se me invita ahora, honrándome más todavía, á que emita mi parecer acerca las composiciones premiadas en el Certamen convocado en celebración de haber entrado EL COJO en el séptimo año de su publicación, las cuales se insertan, en sitio preferente, del número extraordinario de este periódico. Mucho he vacilado antes de resolverme á aceptar esta invitación, porque además de mi incompetencia sobradamente evidenciada en los trabajos de esta índole que he publicado en EL COJO, ocurren ahora circunstancias especialísimas, dificultades de carácter vario que considero invencibles. Pero ya advertí al empezar mis pobres *Misceláneas* para EL COJO que estas no serían un estudio, sino simples notas reveladoras de la impresión de ánimo que la lectura de las concepciones á que me refiera, en mí producen. A lo dicho, pues, me atengo, y al-

tnaciones de una fuerza dramática abrumadora y que está grandiosamente concebida, á lo Shakespeare: pero dice también que el desarrollo del

cance mi buena intención á donde no lleguen mis aptitudes.

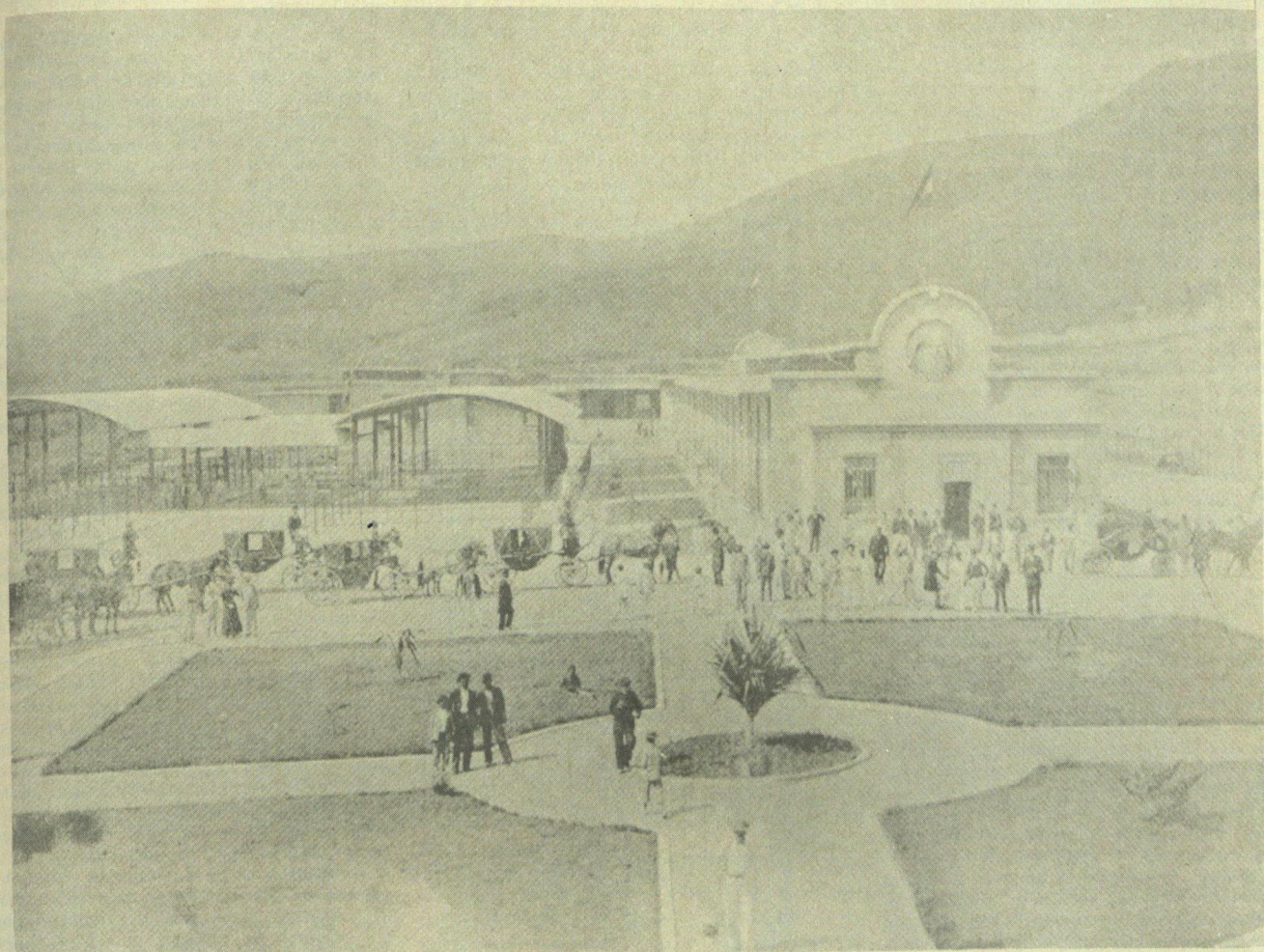
Confieso no ser gran devoto de los certámenes literarios ni artísticos, en cuanto se les estime como medio de fomento del progreso intelectual. La competencia en la esfera económica, puede ser causa de abaratamiento de los productos: en pocas ocasiones ó nunca lo es de perfección en la factura de los mismos. Y como en literatura y en arte un objeto no tiene valor sino en cuanto es bello, y á lo útil se sobrepone siempre lo bueno; de aquí que la competencia, aun considerándola sinónima de noble emulación, si no realiza, de por sí, por virtud propia, lo bello, para nada sirve.

Los certámenes tienen por principal objeto esa competencia. Se ha exagerado mucho la eficacia de esos palenques de la inteligencia efectuados en campo acotado, y sujetando á condiciones á los combatientes. El fin que se persigue es bueno, pero el medio es muy deficiente. Dejando aparte lo que en la apreciación del mérito de los trabajos presentados al concurso puede influir la falibilidad de los jueces, si quiera sea por las preocupaciones que, por determinadas escuelas literarias, artísticas y hasta políticas y religiosas, han de tener esos jueces, resulta á menudo que en los certámenes, aun presidiéndolos la mayor inteligencia é imparcialidad, no se tiene la seguridad de que se premia lo realmente bueno. A veces, á falta de lo bueno se galardona lo menos malo de entre cuanto se ha presentado á juicio: si así no se hiciese, no podrían otorgarse muchos de los premios ofrecidos, y al llamarse á engaño los aspirantes desconfiados, mermarían la concurrencia á los sucesivos llamamientos.

Lo mejor que tienen esos certámenes es facilitar á los poetas y escritores jóvenes, poco conocidos, medios de adquirir renombre de una manera más fácil que publicando sus producciones en periódicos y libros. Los literatos y artistas, ya hechos, no suelen acudir á esta clase de justas, y no acuden, muchos de ellos, en previsión del peligro de aparecer en el fallo del Jurado por bajo de otros contendientes de menos fama.

La Dirección de EL COJO, al convocar el certamen á que me he referido, mostró el buen acierto de huir de esos inconvenientes. No señaló temas ni fijó los premios en orden de importancia. Así los concurrentes han tenido completa libertad, y no puede considerarse postpuesto ninguno de los que han sido agraciados por el inteligente Jurado.

El *Idilio Trágico* de Andrés A. Mata, que ha obtenido el premio destinado á las composiciones en verso, es una composición de alto vuelo, como todas las de este joven autor, á quien ya en otra ocasión y en estas mismas columnas, he evidenciado lo mucho que vale como poeta. Es muy sentida: pero más que idilio propiamente dicho, es una elegía, una expansión de una alma vigorosa que se agita entre las pavesas de sus muertas ilusiones y recuerda los tiempos, siempre hermosos, de la niñez. Si la idea dominante en la composición es sencilla y espontáneo é intenso el sentimiento que la mueve, los medios de expresión no siempre armonizan con estas cualidades: á menudo se ve al versificador estorbando al poeta. No quisiera con estas observaciones que me sugiere la lectura del hermoso idilio, turbar la satisfacción que por su legítimo triunfo ha de sentir el señor Mata; pero cuando se es poeta, tan poeta como él lo es, cuando se escriben estrofas tan bellas como las de este pequeño poema, no parecerá excesivo dolerse de que, atento sólo al pensamiento capital de la composición, quizás también á la forma plástica, si así puede decirse, de los versos, haya incurrido en alguno que otro descuido en la exactitud de las imágenes, descuido que pugna con la gallardía de forma y fondo que en el resto de la composición campea.



NUEVO MATADERO: Vista tomada el 2 de febrero de 1898. — (Fotografía de Schael)

Nótanse en alguna estrofa juegos de palabras que revelan ingenio, pero que son bagaje inútil y engorroso en los poetas de fibra intelectual que, como Mata, aparecen abrumados por el peso de su propio pensamiento: y hay una "serena figura de un doliente crucifijo," que, además de estar *fijo* (no fija) en la cornisa del altar, semeja, en medio de la oscuridad, un pálido celaje *que se aleja*, es decir, que, no obstante estar *.. fija*, la figura se mueve. Luégo, se *apura* un vaso hasta al *fin*, y se entierra un cadáver *bajo* las gradas de un altar, como si fuera posible *apurar* el contenido de un recipiente sin llegar hasta al *fin* del mismo, y *enterrar* cosa alguna *encima* de la tierra, y aquí la tierra son las gradas aludidas. Insisto en pedir al señor Mata que no me quiera mal por haberme permitido estas observaciones. Se trata de un descuido de factura, puramente material, que cuando más, prueba que el celebrado autor de *Pentélicas*, como todos los poetas de alto vuelo, no se pára ante obstáculos de esta clase. Su composición, en lo esencial, no es por eso menos bella. Pero aún siendo muy buena, no es perfecta, porque lo perfecto sólo lo hace Dios.

Rufino Blanco Fombona pertenece, como Mata, á la falange de escritores jóvenes que combate gloriosa por la actual transformación literaria en Venezuela. No he leído de él más que algunas composiciones sueltas en prosa y en verso, y en casi todas ellas, he encontrado espontánea originalidad en el pensamiento, ciertos atrevimientos é independencia de estilo que arguyen personalidad propia. En el certamen de EL COJO ha disputado el premio ofrecido á las composicio-

nes en prosa, y lo ha ganado por su cuenta: *Juanito*, un cuadro de costumbres venezolanas muy abocetado, pero que muestra en todas las líneas, mano vigorosa y experta, que si no es hoy todavía magistral, está en camino de serlo. Las figuras principales están trazadas sin nimiedad ni vacilación y con mucho relieve. Los accesorios, á menudo con poco claro-oscuro, modelan no obstante y no desentonan. Tiene simpática realidad. Aquel adolescente que á un espíritu muy despierto, sensible y delicado aúna el empuje de una naturaleza bravía, es un carácter y un temperamento, materia apropiada para mayor desarrollo emocional. Veo en aquella figura cierto simbolismo, algo así como lo que habrá de ser la niñez educada en el medio social del porvenir, vagamente entrevista por los novísimos reformadores. Al simbolismo de carácter social, puede también tender la lucha y la victoria del estudiante Juanito contra *Perejil*, representándose en el primero la fuerza propulsora del que es hijo de sus obras, sobre los prestigios deleznales é inertes fundados en la razón de origen. Puede este simbolismo ser la condenación de la aristocracia que en la democrática América, especialmente en Venezuela, se ha intentado crear en los descendientes de los caudillos militares y de los próceres de la Independencia. Hay, sobre todo, en el cuento de que hablo una creación realmente original que aparece sólo entre brumas y desvanécese rápidamente dejando una sensación extraña que induce á meditar si el autor habrá querido únicamente presentarnos el tipo de la madre desnaturalizada de todos los tiempos y lugares, ó de la mujer emancipada en las remotas sociedades del porve-

nir, tal como lo sueñan los iluminados revolucionarios más radicales. Refiérome á la madre de Juanito. Confieso que aquella mujer bohemia, aventurera que ama ó se deja amar, é interrumpe su viaje para ser madre y después de haberlo sido, en una noche de primavera cuando la naturaleza se despierta y aviva los instintos de todos los seres, "emprende de nuevo su interrumpido viaje, acaso para gustar en otros climas nuevos amores, acaso para concebir otros hijos y sembrarlos, como simiente de dolor en los surcos de su triste existencia," me ha impresionado é inducido á meditar sobre los grandes y oscuros problemas que quizá, sin quererlo, ha planteado el moderno feminismo.

Bien hicieron los ilustrados mantenedores del Certamen, de EL COJO, al distinguir entre las composiciones meritorias que no pudieron alcanzar premio por no haberlos disponibles, á las dos tituladas: *Luz* y *Flor de las selvas*; y bien emplearon su munificencia los señores Herrera Irigoyen & C^{ia} al galardonarlas con sendas plumas de oro. *Luz* es un poemita en que el señor Eugenio Méndez y Mendoza, además de poeta, muestra una gran cualidad: la de versificador correcto.

He elogiado en otras ocasiones y en estas mismas Revistas, á este escritor, por su prosa limpia y elegante y cúmpleme hoy rendirle tributo de admiración al ver esa misma cualidad en sus versos. En el poeta de verdad, es la corrección mérito más difícil de lo que á primera vista parece. La necesidad de la imagen, la cadencia y la rima, no sólo distraen la atención, apartándola de las exigencias del purismo en el lenguaje, sino que,

á veces, obligan á prescindir, á sabiendas, de estas exigencias. Nuestro gran poeta Zorrilla, que escribía admirablemente en prosa, tiene en sus versos, especialmente en algunos dramas, no pocas impropiedades de lenguaje. Podría citar otros, pues son pocos los que han escrito mucho y han podido sustraerse á la imposición de ciertas incorrecciones y que al someterse, conscientemente ó no, á ella, en nada les perjudica ante la crítica que se mueve en amplio espacio, imparcial y serena.

En *Luz* vemos al señor Méndez y Mendoza atildado y correcto, sir que esto quite á la composición, de una manera muy visible, la espontaneidad. En sus versos hay pocas voces que huelgan; la cadencia y el consonante le obligan raramente á sacrificar la propiedad de la palabra. Corre la frase fluida y sin esfuerzo, especialmente en la primera parte de la composición, y el poema, tanto por el sencillo pensamiento que lo informa, como por la factura, resulta una bella miniatura digna de conservarse en marco de oro. El cuadro emociona, hace sentir. En esto consiste el arte verdadero.

Muy bello es el cuento *Flor de las selvas* con que el señor L. M. Urbaneja Achelpohl ha cooperado al certamen, y bien puede sentirse este señor satisfecho del premio obtenido. Se trata de un alarde de talento de observación y de sentido de la realidad al describir costumbres rurales de Venezuela: alarde gallardo, verdaderamente hermoso y sugestivo. Creo no exagerar al decir que nuestro gran Pereda, maestro en trabajos de esta índole, no los tiene que al del señor Urbaneja superen. Se dirá quizás que en la contextura general de la obra del escritor venezolano, se transparenta demasiado la manera de hacer del novelista español; pero aun siendo fundada esta objeción, no quita á esa obra ni un ápice de su valor. Lo perfecto incita á la imitación. Cuando se sigue un género ó manera de un autor que ha formado escuela, si el que lo hace se concreta á penetrarse del espíritu de ese género ó escuela, sobre todo si pone de cosecha propia algo nuevo y original, no puede decirse que imita: amplía el radio de acción en que se movió el inventor y, á veces, mejora y perfecciona el invento. Quisiera disponer de mayor espacio y más espedita aptitud para mostrar todas las bellezas que el cuento del señor Urbaneja avaloran. Lo diputo como lo más notable que, en su clase, se ha escrito en Venezuela y que yo conozco, y creo que el señor Urbaneja puede hombrarse, como suele decirse, con Pereda y el Pardo Bazán. Nada falta en ese feliz ensayo: colorido local, giros, locuciones tomados directamente del lenguaje del pueblo, tipos descritos con una sobriedad y exactitud admirables, trama consistente, lozana fantasía combinada con la verdad sujeta siempre á la realidad palpitante y doctrina saludable y vigorosa en las manifestaciones éticas y artísticas. No abusa de lo gráfico, ni habla de lo feo, ni siquiera para embellecerlo.

Hastra en las tendencias político-sociales, que también las tiene aquel cuadro idílico que la fatalidad transforma súbita é inesperadamente en sangrienta tragedia, merece plácemes el autor. Viva aparece allí la protesta contra la tiranía del alcablero y del gobernante concusionario que en todas partes son el azote del campesino, y viva también la protesta contra la iniquidad de las levas y conscripciones forzosas para la guerra: iniquidad que lleva al autor á suspender el relato de un interesante episodio, para exclamar: "Acaso hoy el siervo venezolano ignora la faena siniestra de sus señores? Por eso hierve y rebosa en su seno la onda prolífica de no tardías reivindicaciones! Todo lo despreciado será enaltecido. Del seno de las ma-

dres no saldrá más el *carne de cañón*, así como del numen del poeta no surgirán más himnos sino para la tierra amada y las muchachas hermosas."

Andrés A. Mata, en su idilio trágico de que he hablado más arriba, también abomina de la guerra, lamenta los males que ella produce en la población rural de Venezuela y en su épica indignación llega á preguntarse:

"En donde estaba Dios cuando la suerte separó nuestros pechos con su brazo?"

y, hablando de los dolores de la proscripción á que la fuerza obliga á los hijos del vencido, pregunta impiamente al infinito

"si también la inocencia es un delito"

Plácemes merece el Jurado del Certamen de EL COJO, tanto por su acierto en distinguir los méritos literarios de las composiciones premiadas, como por no haberse detenido ante las progresivas tendencias político-sociales que en ellas muestran sus autores.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid.—1898.



CUENTO GRIS

Hacia rato los cuatro médicos charlaban con bastante viveza. Al principio se refirieron casos extraños y difíciles. Y á propósito de uno de estos casos, pasaron á contarse, entre cuchicheos, risas y exclamaciones, historias de oprobio y deshonra, á ellos reveladas en el seno de las familias: crímenes ocultos, de amor la mayor parte; secretos vergonzosos de codicia y lujuria; todas las insanías, fealdades y tristezas del barro hecho hombre. Cada uno, psicólogo y médico á la vez, fue sacando de su museo particular, llevado en la memoria, las piezas más raras: algunas miserias peregrinas, pálidos jirones de cuerpos y muchos andrajos de almas.

Al mismo tiempo hablaron de lo arduo y fatigoso de la profesión, fuente inagotable de hastío, de las noches de insomnio, de placeres truncados, de infinitas privaciones y mil disgustos, como viajes emprendidos en toda época del año y á toda hora, lluevan llamaradas de sol ó baje de los cielos agua á torrentes.

Dijeron también de la comedia por ellos representada á los ojos del vulgo, incapaz de medir y recompensar los esfuerzos del clínico; y entonces recordaron las acusaciones terribles de que es víctima el médico, los injustos reproches que el médico está condenado á oír en boca de los clientes, como si no le bastara su propio desconsuelo ante la vanidad de las cosas y el vacío del saber, cuando una vida de hombre se le va de entre las manos y nada impide á la sangre dormirse en las venas, á los ojos llenarse de sombras y á la inteligencia caer, como débil

llama tremulante, en un pozo de aguas negras y profundas.

—Pues yo—dijo con esta ocasión el más joven de los cuatro médicos—he oído las acusaciones más disparatadas y los reproches más duros. Bástame haber siempre ejercido en campos y aldeas, pues nada hay tan difícil como llevar á las almas de campesinos y aldeanos, con la excusa para nuestros errores, la idea de lo menguado y relativo de nuestra ciencia. En los comienzos de mi carrera, á cada paso recibía yo una granizada de reproches, y cada vez me atormentaba, estudiando el modo de evitar el granizo. Colegas más ignorantes y menos afortunados lo evitaban. ¿Porqué no podía yo hacer igual cosa? El adaptarse á un medio requiere algún sacrificio, y el médico hace el de su ingenuidad cuando ejerce en aldeas y campos. Será, según los casos, charlatán, brujo, ó algo parecido, excepto lo que realmente es ante la propia conciencia. De no hacer este sacrificio, la abundancia nunca pasará por sus manteles y ha de estar apercibido á huir, á lo mejor y entre las tinieblas nocturnas, del encono y la rabia lugareños.

De todos modos, ó de tiempo en tiempo algunos reproches, pero ya con oídos de mercader. Sólo uno me hirió hondamente, por la manera como se me hizo y las circunstancias que lo acompañaron. Fue simple y espantoso á la vez. Jamás lo olvido, y el recordarlo me llena siempre de escalofríos y vierte en mi alma las angustias y congojas del remordimiento.

Tendría yo poco más de un año de establecido en Cantarena, poblachón antipático en donde la fiebre palúdica reina sin la más vaga sombra de enojosos rivales. Fuera del nombre, en mi sentir muy bello, Cantarena es lo más antipático del mundo. Ahí fue mi iniciación en la lucha por la vida, mi iniciación en esta existencia de médico, humilde y amarga, arrastrada de pueblo en pueblo, sin mejoras de fortuna, sin días claros ni momentos felices, sin esperanzas de riqueza y aún menos de renombre. Como es natural suponer, mis principios fueron difíciles: hube de pelear bravamente, deshaciendo intrigas, evitando golpes, burlando armadillos y redes, hasta abrirme un espacio en donde comer tranquilo mi pedazo de pan mojado de lágrimas.

Armadillos, golpes é intrigas eran obra de un colega nuestro, de un farmacéuta de contrabando y del mismo señor cura de Cantarena, quien, no contento con ser médico de almas, aplicábase á curar el cuerpo de los míseros pecadores, pero con tan buena suerte, que las almas íbanse en derechura á las copas y los dados, en tanto se le escapaban los cuerpos caminito del sur, hacia el paraje más hermoso y útil de los contornos, lleno de piedras albas y cujjes de anchos doseles, coquetón cementerio blanco y verde, paramentado de rojo cuando florece el cujisal sobre las tumbas.

Por lo demás, ninguna ventaja les lleva Cantarena á los otros pueblos comarcanos. Tiene el mismo aspecto ruin y pobre. El núcleo de la población lo forman dos calles, muy rudimentaria una de ellas. Las demás casuchas del pueblo se alejan de ese núcleo, desparramándose irregularmente como las aves más cautelosas y esquivas de una misma bandada. En el pueblo como en sus habitantes igual tristeza y desmedro: caserones caídos para no alzarse nunca más; casas abandonadas para siempre, cuando apenas comenzaban á levantarse del suelo; hombres de treinta años con aires de adolescentes marchitos, sin un pelo en la barba, ni un rastro de fuerza en los músculos; y en casi todas las puertas, ó jugando con el polvo de la calle, niños menguados, pálidas flores de anemia, de pierneccitas gráciles como hilos, vientres enormes, párpados espesos y labios lastimosos, pobres labios en donde no abren las rosas de la salud, ni rompen las risas



MATADERO DE RESES MAYORES. — (Fotografía de Schael)

frescas y radiantes, ni cantan sino los besos de la fiebre. Es la desolación de los hombres en medio á la infinita desolación de las cosas. Nunca pienso en esos lugares, en donde forzosamente vivo y trabajo aún, sin representarme la patria como un vasto desierto, á cuya tristeza y esterilidad concurren dos fantasmas: el fantasma color de sangre de la guerra civil y el lívido, y no menos odioso, fantasma de la fiebre.

Este último jamás abandona á Cantarena: mántiense en acecho en cada hogar de campesino, espionando, con sus ojos de llamas, los ojos próximos á extinguirse para siempre, señalando, con sus dedos convulsos, las manos encallecidas próximas á caer contra las paredes de un ataúd muy pobre, pintarrajeado de negro.

A veces pasa como una ráfaga de muerte, y mientras unos caen para no alzarse jamás, otros emigran huyendo del azote. En una de estas ocasiones fui llamado á una casita algo distante del lugar. Para llegar hasta la casa, débese orillar primero una laguna situada al noroeste de la población, y luego seguir una senda fangosa, de bordes llenos de maíza. Los habitantes de Cantarena ven esa laguna con ojeriza y rencor no infundados: dicen que de ella salen fiebres como del mar. Sin embargo, después del cementerio, la laguna es lo más hermoso de los alrededores. Al menos hacia la tarde es una gloria verla copiar, en el fondo de sus aguas dormidas, el incendio del crepúsculo; y es casi casi una delicia por las noches serenas, cuando de sus aguas verdes y del matorral de sus orillas álzase vibrando en el aire transparente el coro monótono y dulce de su pueblo de ranas. Primero son tres, cuatro, cinco ranas las que interrumpen el silencio con su croar continuo; después agréganse otras, y otras, hasta formarse un gran orfeón lloroso como de infinitas plañideras que marcharan tras un convoy fúnebre, perdido en las sombras.

Era mediodía cuando me llamaron. Ape-

nas pude, monté á caballo y me dirigí á la casa, habitación de una vieja mulata, de mucho antes cliente mía, y de un hijo suyo. Este era el enfermo. La vieja, de nombre Paula, hacía apenas un año era envidiada, en el pueblo, de todas las madres, por tener tres hijos buenos y dóciles como si fueran corderos, y á la vez tan sanos y robustos como los toros salvajes. Pero, hacía un año precisamente, la guerra civil habíale matado el mayor. El segundo, honrado y trabajador como los otros, era el mala cabeza de la familia: la daba de cuando en cuando por beber, y entonces volvíase loco, armaba pendencias monumentales y era la zozobra y consternación de la aldea. En una reyerta, provocada por él, halló la muerte poco tiempo después de morir el primogénito.

Y así fue como la pobre madre quedó con un solo hijo. La tristeza nacida de su doble é irreparable pérdida se fue cambiando poco á poco en amor abnegado y sin límites para el hijo sobreviviente. Lo rodeó de sus mejores ternezas, lo convirtió en ídolo y como á un dios lo adoraba.

Era un amor lleno de angustias y temores. Al ver en su hijo el menor indicio de enfermedad, sobresaltábase, y sobresaltada, no sin razón, vino á mi encuentro aquel día. El hijo, fuerte mocetón de veinte años, de ojos claros y piel oscura, tenía la fiebre. El caso me pareció un caso vulgar. Sólo hallé algo congestionado el rostro y oí en el pecho algunos estertores de bronquitis.

—Creo que no hay motivo de alarma, dije á la buena mujer. Ordené en seguida lo que había de hacerse al enfermo, y partí, prometiendo volver á la tarde, antes de cerrar la noche.

Por la tarde, en efecto, volví, pero la enfermedad no ofrecía grandes cambios. Sin embargo, á las reiteradas preguntas de la vieja, contesté:

—*Me parece mejor.* Y pensando volver al día siguiente con el alba, me despedí, ansio-

so de llegar á donde ya me esperaban de seguro mis contertulios de todas las noches, dispuestos á dar principio á nuestros habituales partidas de dominó, eternas y bulliciosas.

Muy tranquilo y confiado llegué, en la mañana siguiente, á la casa. La vieja, de pies é inmóvil en la puerta, veía con rara tenacidad hacia el Oriente, como si esperase algo que estaba por venir, tal vez de la población, tal vez de mucho más lejos. No se movió para venir á mi encuentro. Sin fijarme en su actitud enigmática, y mientras me apeaba del caballo, le dí los buenos días y le pregunté, en tono de voz casi alegre, por el enfermo.

—*Me parece mejor,* contestó la vieja, pero sin dar un paso, ni dejar de ver, con los ojos muy fijos, en dirección del oriente. Después de lo que voy á contar fue cuando caí en la cuenta de que la vieja repitió con fidelidad implacable mis últimas palabras de la víspera.

Suponiendo que Paula me seguiría en lo interior de la casa, penetré en ésta, y fui sin vacilar hasta el cuarto del enfermo. Rodeado de mujeres que rezaban en voz baja, y en medio de algunas luces estaba mi cliente, muerto durante la noche.

Ante aquel espectáculo, oyendo todavía las palabras de la vieja, y recordando su actitud, sentí algo terrible y confuso: fue como la sensación de una bofetada, capaz de reducirme á polvo, é, inmediatamente después, la sensación de un miedo infinito, obedeciendo á la cual salí sordo y ciego de la casa, monté á caballo aún no sé cómo, y á todo el correr de mi cabalgadura partí como el criminal perseguido de cerca por la justicia.

No exagero. Durante algún tiempo fui víctima de ese terror pánico. No se me apartaban de la memoria el dicho y la actitud de la vieja mulata. A cada instante resonaban en mi oído aquellas palabras, indiferentes en la superficie, mientras en el fondo eran bofetones de sarcasmo, rehiletes de ironía, cis-

ternas de amargura. A cada instante veía yo de nuevo la imagen de aquel rostro impasible y duro, como de bronce, y aquellos ojos resesos, de mirada lúgubre y fija.

Pero en la actitud de la mujer no había sólo un reproche dirigido á mi ignorancia ó ligereza: había otro reproche vagamente formulado por las entrañas rotas de la madre. Quizás la duda abría por la primera vez sus flores negras en aquella alma simple. El cura del pueblo, en sus cortas pláticas del domingo, y un libro de oraciones, en sus páginas, le habían hablado muchas veces de una Providencia que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo; y tal vez preguntábase, la infeliz, por qué esa misma Providencia, cuidadosa con aves y lirios, permitía su desamparo y dolor, privándola en breve tiempo de su única riqueza y de todos sus amores en el mundo, de los tres hijos orgullo de su vida, vivas memorias de su juventud, apoyo de su vejez, pan de su cuerpo y alegría de su alma.

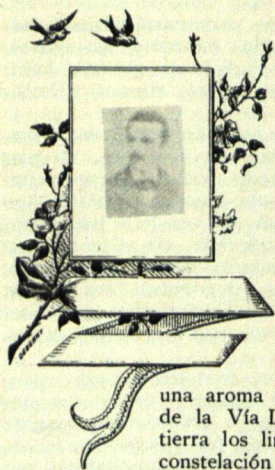
Días más tarde, Paula abandonó la casa, testigo de su infortunio, y se fué quién sabe á donde, sola, miserable y sola, con su carga de años y tristezas.

Y mientras estuve en el pueblo, siempre me sobrecogió al pasar junto á la casa desierta, una desazón invencible, á veces torturante, sobre todo por la noche, cuando se oía á lo lejos el canto de las ranas, monótono y dulce, y cerca de mí infinitos cocuyos voladores sembraban de estrellas la sombra de los matorrales.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Nel mezzo del cammin di nostra vita
Mi ritrovai per una selva oscura,
Che la diritta via era smarrita.



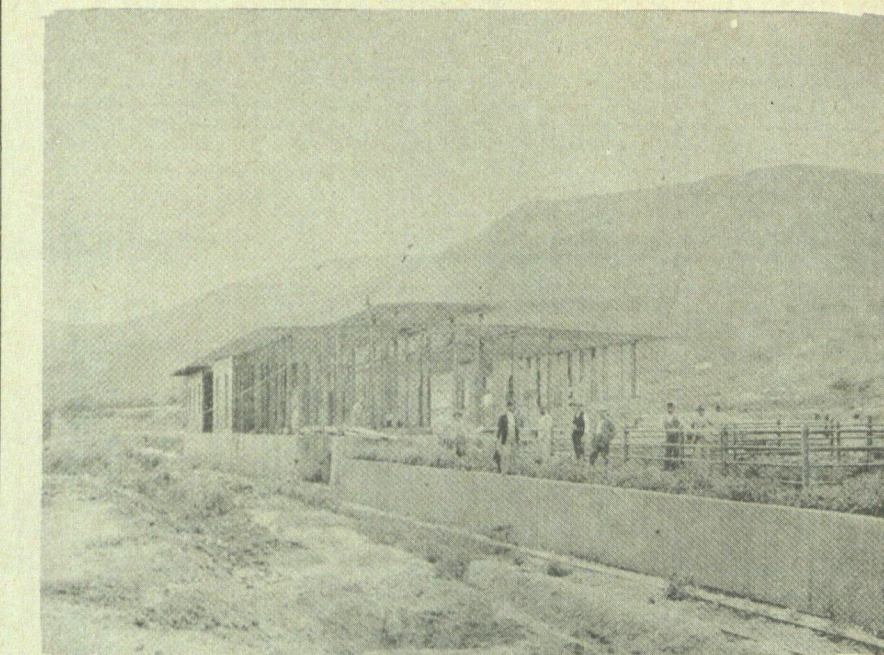
Por el balcón abierto penetraba el aliento del jardín. El sol, muerto entre luces de heliotropio, había dejado en el aire de la noche el recuerdo de su oro encendido. Respiraba el jardín como un cuerpo desnudo y el cielo, cual una inmensa flor azul, parecía perfumarlo. Se diría que

una aroma de lirios descendía de la Vía Láctea y que en la tierra los lirios formaban otra constelación tan alba y pura como

la del cielo, que cada estrella derramaba divinas fragancias sobre los pétalos y cada corola era un pebetero que enviaba su invisible incienso á las estrellas immaculadas. En los senderos espolvoreados de diamante, las finas siluetas de las ramas fingían encajes de sombra y arabescos de ébano.

Busqué en mis labios una palabra que unir al alma tranquila de las cosas, pero mi voz se desvanecía antes de profanar la santidad del silencio. Las rimas revoloteaban alrededor de mi boca y se volvían al corazón llorosas y avergonzadas. Necesitaba de una música inefable que pusiera á mi espíritu en contacto con tanta belleza dispersa y, sin quitar los ojos de la fronda, tendí la mano para tomar el volumen de Shakespeare y leer en él *El Sueño de una noche de Verano*, pero la mano tropezó con otro que sobre la misma mesa estaba, el de los *Dramas filosóficos* de Renán.

En la tarde había estado comparando, en el tomo de comedias feéricas de Shakespeare, *La Tempestad*, con las exquisitas ficciones en las cuales Renán cuenta los diálogos que en su



NUEVO MATADERO: El destructor — (Fotografía de Schael)

alma tuvieron las queridas imágenes de Próspero, Ariel y Calibán.

Leí en alta voz bajo la iluminación de la luna, y el follaje mismo pareció inclinarse extático, acariado por la música del Verbo; pero lentamente y á medida que las frases se hacían más desencantadas y la ironía más densa, el jardín tornábase mustio y melancólico; y cuando Ariel, símbolo del Idealismo, desaparece acompañado por la armonía de sus alas y vencido por Calibán, símbolo de la Fuerza, óf un sollozo que no sé si del jardín partió ó de mi propio corazón . . . Y por no turbar con inquietudes humanas la serenidad de la hora en paz, cerré el balcón y en la sombra me dormí.

En sueño me vi de nuevo en el jardín, mas los arbustos crecían, las hojas de sedgeñas y tiernas volvíanse ásperas y recias, la savia corriendo febrilmente por los tallos los engrosaba y convertía en troncos de agria corteza, las ramas alargándose se cubrían de ortigas y orquideas; la tierra se arrugaba como la piel de un hipopótamo; una flora extraña crecía por todas partes; pronto una cripta de verdura me ocultó el cielo. Estaba en una selva llena de lamentos y rumores inauditos; los leones debían haber pasado por allí porque en las hojas muertas quedaban señales de garras y en el ambiente un olor de melenas y de sangre. Quise correr pero los pies se habían adherido á una espesa resina; ya á punto de perder el sentido, vi avanzar hacia mí un eclesiástico obeso y de corta estatura; los cabellos sacudidos por el viento le formaban una aureola plateada. Era Renán vestido de seminarista de San Sulpicio.

—Maestro, sálvame!, le grité.

—¿Por qué me llamas Maestro? ¿qué te he enseñado?

Indudablemente Renán se disgustaba de que alguien lo encontrase en traje talso, pero luego, comprendiendo tal vez lo brusco de su respuesta, continuó con voz suave y con bondad un tanto forzada.

—¿Qué buscas en esta selva tenebrosa? ¿Conoces el secreto de domeñar las fieras? Veo que tus músculos son débiles para romper la fragosidad y abrirte camino entre zarzas y espinas. ¿Sabes tú la ruta que conduce á la balsámica floresta de la Eterna Ilusión?

—No sé nada, Maestro; estaba en un vergel florecido y meditaba en el problema de la Vida y de la Muerte, cuando á mi alrededor la naturaleza se puso hosca y tejó esta red de maleza inextricable. Ha sido un milagro, Maestro.

Y Renán sonrió discretamente al oírme hablar de milagros.

—Ven hijo mío, sígueme y marcha con cautela, me dijo, porque la senda tan escueta es, que más parece la hoja de una espada tendida sobre el abismo. Según la leyenda—siguió diciendo mientras caminábamos, él ágil á pesar de su obesidad, y yo á tientas y lleno de pavor—según la leyenda, en ese paraje en donde te encontrabas hace poco, y que se llama el Bosque de los Suicidas, vivió en los primeros días de nuestra Era, un piadoso anacoreta el cual se alimentaba con frutas y por único compañero tenía un cordero tan humilde y blanco como el Cordero Pascual. Cuando el alba mojaba la selva de rocío y el anacoreta elevaba su oración matutina á la gloria del Creador, el cordero también decía su plegaria balando al cielo diáfano y á la aurora recién nacida. Después de haber saltado por lomas y aguas vivas venía el cordero á secar su vellón en la barba del anacoreta, quien ya, antes que Francisco de Asís, llamábase hermano de los animales; en inocente égloga vivían el anacoreta y el corderillo. Pero en aquellos tiempos los paganos echaban á las fieras los que profesaban la fe en Jesucristo. Cuenta la leyenda que el anacoreta arrastró hasta su retiro el cuerpo muerto de un cristiano que al siguiente día debía ser pasto de los tigres, y como quería darle religiosa sepultura, púsose á excavar con las uñas la fosa que debía ocultarlo de los sicarios paganos. Trabajó tres horas sin tregua, pero la fosa era apenas como el alveolo de un riachuelo; rendido de fatiga y de angustia arrodillóse y dijo: ¡Señor, Señor, mi tarea es obra pía, pero mis brazos son frágiles; Señor, préstame tu omnipotente auxilio! Al decir esto apareció un león, el cual gravemente comenzó á escarbar la tierra, y tan profunda fosa cavó que hubieran cabido en ella dos hombres. Después de bendecirla, el anacoreta y el león comenzaron á echar tierra y hojas sobre el cuerpo del cristiano. Lleno de místico regocijo, el anacoreta levantó las manos á lo alto y exclamó: ¡Señor, Señor, tu sabiduría y bondad son infinitas; permite que este león, que ha salvado de la profanación el cuerpo de un servidor tuyo, realice su mejor deseo; y entonces el león que estaba hambriento fué hacia el cordero, que dormía con un nímbo de luz en torno de la frente, y lo devoró en presencia de la noche estrellada. A la mañana cuando los sicarios fueron en busca del cristiano, encontraron en su



NUEVO MATADERO: Edificio para la Administración. — (Fotografía de Schael)

lugar al anacoreta muerto, con el cilicio atado al cuello. Desde esa época el sitio en donde te encontrabas hace poco se llama el Bosque de los suicidas y allí vagan y sucumben por su propia mano los que han puesto en duda la justicia suprema.

Con tan hondo acento fue referido todo esto, que estuve próximo á creer que aquello no era una inverosímil improvisación con la que mi buen Maestro quería confundirme y atemorizarme. En el fondo sabía que el anacoreta no había existido jamás, pero por no dejarlo comprender, dije después de un breve silencio:

—He leído en no sé qué viejo infolio la historia que me acabas de recordar; pero, dime Maestro, ¿no crees que da duda, que debió inspirar al infeliz anacoreta su acto desesperado, es un sentimiento que debemos apartar de nuestro corazón?

—En este caso especial, el anacoreta obró como un hombre sin filosofía y que tuvo la desgracia de ignorar las ventajas de mi diletantismo. Por algo he puesto un cordón sanitario entre Dios y la naturaleza que el anacoreta confundió deplorablemente: “la naturaleza es inmoral; el sol ha contemplado sin turbarse las más horribles iniquidades, ha sonreído á los más grandes crímenes; pero de la conciencia se elevaba una voz santa que habla al hombre de un otro mundo, el mundo del ideal, de la bondad, de la justicia. Si sólo existiera la naturaleza habría que preguntarse si Dios es necesario.” Pero concretándome á tu pregunta: ya sabes que he escrito en alguna parte que la alta moralidad no es estimable sino si ha atravesado por la duda. La seguridad de la recompensa destruiría el mérito de la acción.

—¿Según lo que decías anteriormente debemos obedecer el consejo interior de la conciencia y no seguir el ejemplo de la naturaleza? Tu compañero Taine era de opinión contraria; él, de acuerdo con el estoico Marco Aurelio, pensaba que no hay mejor guía que la naturaleza y que nuestra vida debe adaptarse á sus fines.

—Sí . . . es verdad . . . tal vez . . .

vivimos en la contradicción . . . “Quien sabe si la fineza de espíritu consiste en abstenerse de concluir” . . . Quien sabe si mi amigo Taine está en la verdad. Quien sabe si á pesar de la aparente unidad de su pensamiento y de su método vaciló tanto como yo . . . ¡Oh, yo tal vez he sido más sincero y he confesado mis debilidades! No olvidemos que Taine temió siempre la influencia de sus libros y lamentó no haberlos escrito en latín para hacerlos menos accesibles al público; no olvidemos que nació católico, vivió lejos de toda ortodoxia y sin embargo sus últimos deseos fueron ser enterrado cristianamente según el rito protestante. “La inconsecuencia es un elemento esencial de todas las cosas humanas.”

—Las almas dóciles, Maestro, que se sienten dispuestas á ser guiadas, padecen por esas contradicciones de los sabios encargados de encaminarlas hacia un estado mejor y más perfecto.

—¡Ah, cierto! Nuestro siglo después de su tarea de análisis y demolición, está ansioso de afirmaciones. Es torturante la actitud de las inteligencias que, volviéndose á los cuatro puntos cardinales, con la inquietud de un navío sin brújula ó de un viajero perdido en un desierto, esperan la estrella que ha de conducirlos á la tierra prometida, ó cuando menos al oasis, á la isla incógnita en donde reposar. Cada hora una nueva voz parte del septentrión ó del mediodía, del este ó del poniente, anunciándose como el Apóstol esperado; preséntase con una recia armadura de lógica, invencible á la vista, pero que cae disuelta en polvo cuando una nueva voz sopla sobre ella, y ésta á su vez sufre el mismo destino cuando otro eco se levanta. Hace poco hemos tenido por aquí el último Profeta.

—¿El último Profeta?

—Sí, llegó precedido de una orquesta formidable de trompetas y címbalos. Venía de Alemania, vestido con serpientes y pieles de lobos, se llamaba á sí mismo el Zarathustra y era saltimbanqui y discípulo de un monstruo fabuloso. En medio de danzas macabras enunciaba su evangelio que es el del retorno á la cruel-

dad y á los instintos primitivos. A su juicio, la piedad es el más grande de los delitos y la destrucción la mayor de las alegrías. Todos los nobles de la ciudad se reunieron alrededor de su estrado ambulante y escucharon la enseñanza que los encarnizaba contra los débiles; los nobles todos creyéronse Super-Hombres—que es así como el Zarathustra llama al futuro é inmisericorde dominador—y al rayar la aurora incendiaron los falansterios de obreros y quemaron en las plazas públicas á los ancianos, mujeres y niños que se habían refugiado en los hospitales. El Zarathustra va de pueblo en pueblo diciendo la buena nueva porque se ha propuesto cambiar la faz del mundo.

Al levante, hacia donde el Zarathustra había ido, el espacio estaba impregnado de vapores sulfurosos y purpúreos. Renán, continuó:

—Lo que me acongoja, por qué no confesarlo, es que cuando el Zarathustra hablaba, fijando en mí sus ojos fulgurantes, yo reconocía en muchos de sus aforismos la consecuencia lógica de algunas de mis ideas llevadas á su máximo de ampliación. Así sobre mi frase “la civilización es obra de los aristócratas,” el Zarathustra ha levantado un castillo feudal y celebrado un festín dyonisiaco en conmemoración del tirano de Syracusea.

Renán inclinó la cabeza como bajo la presión de un gran dolor; yo preparaba una serie de consolaciones más ó menos repetidas, cuando rompió de nuevo el silencio.

—Y no obstante, este culto de lo que llamo la verdad ha sido el sostén único de mi existencia. Es imposible vivir sin una filosofía, es decir sin una concepción del universo. El más insignificante hecho diario engarzado en un sistema filosófico adquiere una belleza superior, ó cuando menos no parece la revelación de una ciega fatalidad; la observación aislada de los hechos puede conducir á la anarquía social ó intelectual; la indagación de la causa suaviza la aspereza del efecto. ¿Ries? Sí, ya supongo que me vas á oponer la novísima teoría de la mentira vital, del imaginario motivo de vivir que

cada hombre se forja. Bueno, porque no? La mentira no existe ó es una de las formas de la verdad, la mentira que cuantas veces como ésta, ¡oh, más que ésta! ha arrastrado y arrastra á los hombres á las más grandes acciones y heroísmos. Sí, creo en la virtud redentora de la ciencia, del arte, de la filosofía. La criatura que concibe los fenómenos como formando parte de un sistema universal y las apariencias como la epidermis de un Espíritu, puede formarse una vida interior elevada y alcanzar la armonía consigo mismo, al contrario del que los considera sin vínculo alguno. Ahí tienes á Herbet Spencer, débil y nervioso, trabajando por espacio de treinta y seis años en una de las obras más completas y portentosas de este siglo, sin más apoyo que su fe en la ley de la Evolución y adaptando á ella todos los movimientos de la humanidad y aun los sacudimientos de su propia alma; ahí tienes á Guy de Maupassant, joven y vigoroso normando atendido sólo al "documento humano," á la observación sagaz y fría del hecho, según lo enseñaba Faulblert, quien por otra parte no lo practicaba al pie de la letra y á quien salvaba su abundante dosis de romanticismo; ahí tienes á Maupassant, loco, buscando sus ideas, el que con su admirable talento no buscó siempre sino el hecho menudo y minucioso sin hacerlo converger y depender de una Idea central. ¡Oh! hay que poner al extremo de la vida una ilusión, un ideal para no ir dando tumbos por el camino. Yo mismo, que á pesar de mi exceptisismo orgánico, he tenido dos ó tres principios fijos, yo mismo hubiera sido como ese pobre Verlaine, con el que tengo más punto de semejanza de lo que parece.

Tal salida inesperada me dejó perplejo. Renán jugaba con la paradoja y me obligaba á seguirla en sus caprichosos giros. ¿Qué semejanza podía existir entre el poeta bebedor de ajeno y el profesor de hebreo del Colegio de Francia, académico y perpetuo aspirante á senador?

—Verlaine, hijo mío, como yo fue un microcosmo y recorrió tantos estados de alma como un Goethe; sólo que lo que el uno sabía canalizar, por cauces abiertos anteriormente á fuerza de genio y de filosofía, el otro dejaba esparcirse en direcciones contrarias sin imponerles la presión de la Voluntad; de ahí que su existencia fuese incoherente y su obra multiforme y atolondrada. El pobre Verlaine que cantaba la "impresión del momento," según su expresión, no creía ese momento fugaz y pasajero sino que lo consideraba como un estado de conciencia que en lo adelante sería inmutable, y era ingenuo en ese momento, pero presto una nueva sensación cambiaba el paisaje interior, y un nuevo canto, canto de alondra, surgía de su boca lacia y desencantada.

Y con un suspiro agregó:

—... Yo hubiera podido ser un bohemio como Verlaine... ¡Pobre Lelian!

Estábamos ya al final del angosto desfiladero, por el cual ya caminaba con más seguridad, cuando Renán me dijo con cierta timidez y casi al oído:

—Hijo mío, al descender la cuesta sembrada de tomillo y albahaca que ves allá abajo me esperarás un instante. No estamos lejos de la ciudad y es probable que encontremos algunas parejas de amantes, de poetas y pintores en busca de asuntos y no quiero—mi reputación de libre y pensador sufriría un fracaso—que me vean en este traje de eclesiástico, que uso en recuerdo de mis días de infancia y de juventud en el Colegio de Treguier y en el Seminario de San Sulpicio; cuando estudio en la soledad ó cuando medito en el bosque este traje me reviste de una amable beatitud.

Renán se entró en una ermita sin campanario, ceñida de trepadoras lianas, y al rato volvió tal como Bonnat lo retrató: amplia levita y chaleco alto que á duras penas le sujetaba



EDIFICIO PARA LA ADMINISTRACIÓN



NUEVO MATADERO: Destruidor y basurero. — (FOTOGRAFIA DE CHIRRE)

el vientre voluminoso. Para borrar la malicia de mi rostro Renán se apresuró á decir:

—Tu sabes que me he comparado al *hircoserf* de la escolástica, el cual se comía las patas sin advertirlo: una de mis mitades se acaba de comer á la otra. Por lo demás esta doble naturaleza, que consideraba como una distinción y como un signo de aristocracia intelectual, según voy viendo es común á todo el género humano. ¡Oh, el traje civil no me va bien, yo había nacido para predicar!

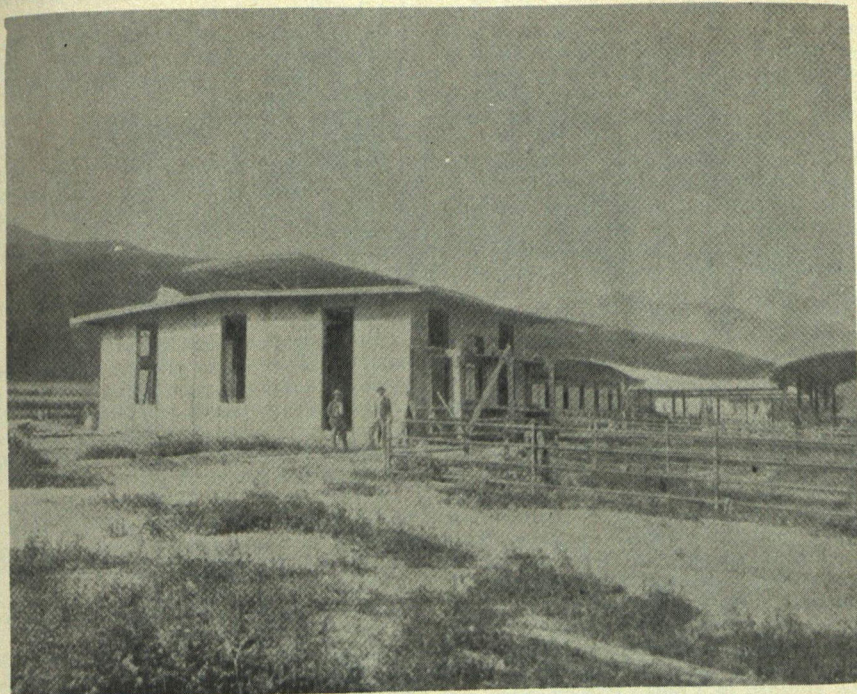
En el camino Renán me habló de sus proyectos literarios: "Quisiera reunir en un pequeño formato algunas páginas sinceras para los y para las que el viejo misal no satisface. Mi última ilusión estaría colmada si pudiera esperar entrar en la Iglesia, después

de mi muerte, en la forma de un pequeño volumen in-18, empastado en marroquín negro y sostenido entre los dedos largos y delicados de una mano finamente enguantada."

Y como el aire convidaba á la divagación ligera, Renán saltaba de idea en idea como un colibrí sobre un rosal en flor.

Dejamos la fangosa orilla, y navegamos á través de un lago rizado por el aleteo de plateados pecesillos; la barca penetró entre un flotante jardín de algas y descendimos á la balsámica floresta de la Eterna Ilusión.

Desperté. En el vergel cantaban los ruiseníos sobre los follajes tamizados de oro. Era una clara noche de verano.



NUEVO MATADERO: (Matadero y corrales para cerdos.) — (Fotografía de Schael)

UN POETA JOVEN



AY entre nosotros un poeta joven, muy joven, endeble de cuerpo, gentil de alma, modesto por el origen, noble por el espíritu. No lleva un gran nombre heredado. El esplendor de su nombre comienza en él.

Su nobleza, como la de Napoleón, data de Marengo, es decir, de uno de sus mejores triunfos. Su nombre no lo ilustra; pero él ilustra su nombre. El poeta, nacido orillas de un lago, tiene de ese lago nativo la ondulación, la transparencia azul, el encanto melancólico, la tristeza.

Los ojos, profundos y negros, circuidos como de un halo de moradas violetas; la sonrisa irónica; la boca, de comisura despectiva; la cabeza, movida al compás de un ritmo elegíaco, todo en el poeta está diciendo cómo es él uno de esos vencidos precoces, para cuyos labios no hubo mieles, uno de esos corazones rebozando tristezas como un ánfora perfumes.

Mientras trazo estas líneas, inspiradas por la lectura de sus versos, no sé dónde ande peregrino el dulce trovador: acaso more la ciudad en que rodó su cuna, ciudad valiente como un héroe, noble como una leyenda, inspirada como una canción; acaso busque por las montañas de los antiguos Teques, cumbres bienhechoras, la salud; acaso pulse la lira, al pie de los refrescantes cocoteros, orillas de la laguna, en la tierra de Mara.

Este poeta ama con amor de novio á la naturaleza. Corre tras de claveles escarlatinos, rardos de nieve, y campánulas azules, como una mariposa. Su poesía es blando aleteo de palomas. Tiene claridad de arroyo y frescura de ráfaga. Es apasionada como un beso.

Siempre recuerdo cómo lo conocí. Yo arribaba de los Estados Unidos, después de larga estada en aquel país, é iba por vez primera á la redacción de un periódico donde me saludaron con especial afecto. En la penumbra, torcido, escribiendo á una mesa desmantelada, mesa de periodista, pude observar á un joven de fisonomía interesante que no

se dignó siquiera alzar los ojos á mi entrada; pero que me miró fijamente no bien hubo oído mi nombre. Llegaba yo rodeado del prestigio de mi primer triunfo como poeta. Joven y poeta, ¿qué mucho que otro poeta, joven también, se interesase á mi presencia? Ya me partía cuando alguien lo nombró. Su talento me era muy conocido; su nombre muy familiar: lo estaba leyendo de diario en los periódicos, al pie de lindas canciones de amor. Sin más me llegué al poeta, y le tendí la mano. Desde entonces somos amigos. Hoy es grande la admiración que me inspira su talento y el cariño que me inspira su persona.

Espontaneidad, elegancia, exquisitismo, nada se echa de menos en los cantos de este poeta; pero su educación artística es muy pobre. Todo en él es ingenuo. Su poesía se distingue por el candor. Su tristeza no es, según hermosamente expresaba, á otro respecto, José Martí, mal de libros; nació con él ó la respiró su alma con el primer aliento, en la primera onda de vida.

Cuanto á factura, la de su poesía es suelta como nado de cisne; correcta sin ser académica; hermosa sin coquetería. Cante á la naturaleza, este panteísta, y logra una originalidad que en vano buscan los poetas desde los tiempos de Virgilio. El se echa encima de la verdura de los céspedes y abraza á la tierra y la besa, como á una querida. El alma de su fecunda amante la respira él en el aroma de las rosas, en la frescura de las brisas, en las irradiaciones de los astros, en la bruma de perla de las noches.

Este es un poeta eminentemente americano. Por sus versos pasan nuestros arroyos, frescos y espumantes, rodando linfas de cristal; nuestras montañas verdes, pobladas de follaje rumoroso, en donde cantan azulejos, capanegras y cardenales de copete purpúreo, toda suerte de cantos; nuestras noches de plata rayadas de oro por miriadas de cocuyos; y nuestro sol que muere, como un Sardanápalo, cubierto de púrpura, entre llamas.

En sus poesías cuaja el café botones de escarlata, y se corona de azahares, á manera de novia el día nupcial; las espigas florecen; los toros mugen; trinan los pájaros; se esponjan, al sol, blancas palomas;

Y bajo inmensa umbría formada por los árboles espesos, arpas en cuyas cuerdas todavía temblar parece el ritmo de los besos con que se anuncia en la espesura el día; bulle el agua y en medio de las breñas preludia, como un pájaro, sus notas, y salta por encima de las peñas y rompe luégo en irisadas gotas.

Los versos cantan. El poeta no padece de afasia; no tartamudea. Su verbo es vibrante como nota de clarín; tierno como arrullo de madre; limpio como un mármol; luminoso y azul como un zafiro.

Contemplad una aurora lírica del poeta. Las tintas son fuertes: púrpura solar, blancor de espuma, oro de llamas; los aromas son intensos,—“cada flor es un búcaro,” canta el poeta,—hay explosión de perfumes; la brisa, lleva en sus alas trinos de pájaros, como una mujer hermosa lleva en su cuello fulgor de perlas, y en sus crenchas de ébano ó de oro destellos de pedrería.

Ved cuánta frescura en esta mañana, y cuánto primor!

.....Por las altas lomas la lumbré de los cielos se derrama; es cada flor un búcaro de aromas y una cuerda que vibra cada rama.

El horizonte púrpura destella; naturaleza, al despertar, suspira; arriba, es un diamante cada estrella, abajo, cada tórtola, una lira.

Y de la aurora á los primeros rayos despiértanse los gérmenes dormidos; hay en las flores lánguidos desmayos y vibración de arrullos en los nidios.

Allá, en lo más espeso de la fronda, miente la luz alcázares de llamas, y saltan en los pliegues de la onda fuecos de espuma y resplandor de escamas.

El ala vagabunda de la brisa recoge los alegros del sinsonte, y, como una inspirada pitonisa, susurra cosas nuevas por el monte.

Rasga el arado la feraz llanura; el surco abierto la simiente encierra, y hay estremecimientos de ternura en las hondas entrañas de la tierra.

Este, si bien herido á menudo por el poeta, no es el único alambre de su lira, cuyo cordaje numeroso trina bajo la caricia del plectro. Y bullen en la bien encordada cítara del bardo los madrigales de seda, color de rosa; los recuerdos líricos llenos de fragancia de juventud; los anatemas vibrantes; los apóstrofes rojos de ira; los cuadros de vírgenes yacentes; las negaciones rotundas de divinidades y profetas; los himnos á la patria; las estrofas socialistas; y los cantos de tributo al eterno femenino, domeñador del alma y de la lira del poeta.

Pero ¿la llama de ese numen arderá mucho tiempo? Varias razones militan en favor de una negativa contristadora: la primera es que el bardo no cultiva, como debiera, su espíritu, y el alma sin abono intelectual se esteriliza. Además, el periodismo político, que agota; la lucha por la vida, que acobarda; el indiferentismo ambiente, que hiela; acaso la idea de una desaparición prematura, todo conspira á malograr este ingenio, brillante como un sol.

¡Ojalá cultive en su vergel nuevas rosas; y no repita, como un ruiseñor, los mismos cantos á la luz del mismo cielo.

En el museo del arte, vario y pintoresco, son los poetas unas como estatuas. Shakespearé es estatua de oro; Dante de bronce; Leconte de Lisle de mármol; de marfil Gautier. En ese museo ideal también está el poeta de quien hablo. Su estatua es de granito color de rosa. Y al pie de esa bella estatua, emblema de juventud, con blanca pluma de cisne, entre acantos y lotos y verdes mirtos, dibujaron las Gracias este nombre lisonjero: Víctor M. Racamonde.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



JOSE ANGEL RUIZ

Es el nombre de un compatriota que ilustró su vida en el campo de la ciencia y en la práctica del bien. Su modestia, rayana en humildad, luchaba por ocultar el triunfo público y la satisfacción íntima que alcanzaran el médico en el ejercicio de su profesión ó el filántropo en su encomiable tarea de aliviar necesidades y prodigar beneficios. Su modestia, empero, no fue suficiente á dominar la fuerza incontrastable de los hechos; y los hechos son hoy el pedestal donde, simpática y bendecida, se levanta la figura del doctor José Ángel Ruiz.

Descendía de heroica estirpe: de la estirpe de los libertadores de Colombia la Grande. Abuelo suyo fue el Coronel Manuel Ruiz, camarada de Miranda desde el año inmortal de 1810, y, como Miranda, prisionero de España después de la capitulación del Generalísimo en 1812. Y padre suyo fue el Coronel José Ángel Ruiz, que se alistó desde niño en las filas patriotas é hizo la campaña del Perú bajo las órdenes del Libertador. Distinguióse el Coronel Ruiz por su valor á toda prueba, su entereza de carácter, su probidad y desprendimiento. Se le vio en diferentes ocasiones en el seno de la Representación Nacional y fue candidato popular á la Presidencia de la República. Cuéntase que cuando el General José Antonio Páez se declaró Dictador, el Coronel Ruiz renunció sus grados militares y se negó á aceptar ningún cargo de aquel gobierno, á pesar de su extremada pobreza.

Comenzó el doctor Ruiz sus estudios en el Colegio Federal de Ciudad Bolívar, á donde llegó siendo niño, y los terminó en la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Recibió el lauro académico el 20 de octubre de 1872, y desde entonces se dedicó al ejercicio de su humanitaria profesión, con tal acierto y competencia, que llegó á ser el facultativo de más nombradía en Guayana. Durante algún tiempo desempeñó los cargos de Médico de Sanidad del puerto y de Médico Director de los Hospitales Civil y Militar. Sirvió varias cátedras de medicina en el Colegio Federal; y tuvo á su cargo el Vicerrectorado de este Instituto, y en 1886 fue nombrado Rector del mismo, y se negó á ejercer las funciones de este honroso empleo, á causa de mayores obligaciones.

Su conducta abnegada para con la clase menesterosa, que hizo de él un ídolo; su acrisolada honradez, su claro talento y su carácter afable, le rodearon de simpatías y de afectos. Así fue que, sin poder sustraerse á la popularidad, ocupó una curul en las Asambleas Legislativas del Estado; y llevado luego á la Presidencia del Concejo Municipal en 1880, asumió con tal carácter la Suprema Magistratura de los pueblos de Bolívar, y con su rectitud y patriotismo supo salvar la peligrosa situación en que se hallaba envuelta aquella Era. La causa por motivo del alzamiento que en nuestros anales contemporáneos se conoce con el nombre de Revolución de Rebollo.

Al siguiente año de estos sucesos una luja-sa mayoría lo proclamó candidato á la Presidencia del Estado, pero en vista de la hostilidad de que era objeto por parte de las autoridades nacionales, renunció á tal honor, y con ello evitó un conflicto que no podía resolverse sino por medio del derramamiento de sangre hermana.

Desde esa época fue el doctor José Ángel Ruiz el candidato predilecto de los pueblos del Estado Bolívar, los cuales lograron alcanzar su triunfo en 1890. El 10 de enero de ese año asumió el poder, y durante el bienio constitucional que le tocó presidir no defraudó las esperanzas de sus electores, porque llamó á su lado á todos los buenos elementos, aunque estos fueran del círculo de sus adversarios; conservó la paz, sin haber tenido necesidad de dictar medidas represivas; se interesó por el bienestar de los pueblos; y cuidó con tanto celo las rentas públicas, que llegó á amortizar en gran parte la crecida deuda con que encontró gravado el tesoro del Estado y del Municipio. Descendió de la Presidencia como había ascendido: en brazos de sus conciudadanos y querido y respetado de todos. En él se realizó la suprema aspiración de los magistrados que se cuidan de su nombre y de la historia.

A raíz de haber terminado su labor gubernamental, el doctor Ruiz se trasladó á Caracas, y en marzo de ese año—1892—fue nombrado Ministro de Crédito Público, cargo que desempeñó por poco tiempo. Se retiró luego á la isla de Trinidad y allí permaneció hasta el año de 1895, entregado por completo al servicio de su profesión.

Regresó á Ciudad Bolívar y allí murió el 21 de diciembre de 1897, á los 47 años de edad. Su fallecimiento revistió las formas de un duelo general, y su entierro fue la manifestación más solemne que ha podido tributar el pueblo de Guayana á su eminente benefactor. El Ejecutivo del Estado presidió la ceremonia fúnebre, y la prensa enlutó por tres días sus columnas de honor.

El Estado Bolívar deplora la eterna ausencia del doctor Ruiz, porque era notoria la influencia moral que ejercía en todos los círculos sociales. Su vida puede ser representada en el símbolo de que se vale Lord Salisbury:—fue una meseta sin depresiones.

CRONICAS LIGERAS

LUCERO

Es un joven de mirada tierna, más ó menos bien vestido, y no del todo mal configurado. Ha venido al mundo con la grata y única misión de hacer el amor, y perseguir implacablemente al sexo blando.

El no va al teatro para ver la función; ni entra á los templos movido por el sentimiento religioso; ni acude á los paseos con sanos propósitos que es lo que hacemos la generalidad de los mortales; nó.

El va á todas partes en pos del bello sexo; á avasallarlos á derretirlos.

Lo primero que pregunta Lucero á quien le invita á una fiesta es que si van mujeres.

—¿Sí? Pues no faltaré.

—¡Ah, pillín! le dice usted. Siempre tremendo!

—No lo puedo remediar. Es mi debilidad. ¡Oh, las mujeres!

—Y como la suerte te ayuda.....

Lucero sonríe entonces con íntima satisfacción; aparece en sus ojos la mona que todos llevamos por dentro, según que dijo un observador muy listo, y usted acaba por notar que ha tirado de la cuerda.

Yo aprecio y admiro á este joven irresistible; pero cuando le veo en la Iglesia, por ejemplo, apuntalando un pilar, echada á un lado, con dengue seductor, la bien

peinada cabeza, muy lindamente organizadas las guías del bigote, y paseando la mirada aleveosa de una á otra devota, me entran ganas de gritarle: ¡Asesino!

En el teatro su primera diligencia es dirigirse al portero:

—¿Hay familias? le pregunta.

—Sí, señor.

Lucero se para delante del espejo; un toque al peinado; otro toque á la corbata; se acerca al cristal, se retira unos pasos; se acaricia el bigote, da un tirón á los puños, y penetra en el coliseo, saboreando anticipadamente el triunfo.

¡Claro! Aunque fueran de cemento romano las mujeres que están allí.

Ya en su localidad Lucero se vuelve de espaldas al escenario para examinar el concurso femenino; ó bien se va á mirar por detrás de los palcos con cierto estudiado sigilo que le hace sospechoso de los "mal pensados," quienes se preguntan:—¿Qué volada tendrá éste entre manos?

A la hora de la salida se coloca en un punto culminante de la escalera para recibir el saludo de las señoras y señoritas de su amistad, y que el público se entere.

Lucero no pierde nunca su aire de conquistador empedernido.

Véale usted en un carro del tranvía donde vayan damas: su actitud, sus movimientos, sus miradas, todo le hace á usted temer por el honor de las pasajeras.

Para decirle á una amiga suya que cómo están por su casa, ó que hacía tiempo que no la veía, como sea en público, se acerca á ella más de lo necesario, pone los ojos en blanco, y la voz en tono de arrullo, se recata de los que le quedan cerca, de manera que quienes que le miren sin oírlo, piensen que está concertando una cita, por lo menos. Y luego le digan:

—Ya te ví, calaverón.

—¿Dónde?

—En tal parte. ¿Quién es aquella niña?

—Aah! exclama él, haciendo como que se corta. Es una amiga.

—¿Amiga? Si no te conociéramos.....

Cierta noche, una noche oscura, lluviosa y propicia al amor clandestino, me encontré á Lucero parado en una esquina nada céntrica, en actitud poco tranquilizadora para los padres y maridos del vecindario. Llevaba capa; bien que le faltaba el espaldín y la vihuela.

—¿Qué haces aquí? le pregunté.

—Nada.

—Algún rapto, de seguro.

—No es rapto precisamente; pero es una volada de las mejores.....

—¿Quién es ella?

—Oh! es imposible que te diga. La comprometería.

En esto estábamos cuando se acercó á nosotros un individuo á quien Lucero dijo:

—Le aguardaba.

—Este será el alcahuete, pensé yo.

—¿Me trajo usted el dinero? dijo el individuo.

¡Cáspita! volví á pensar yo. Esto se seria.

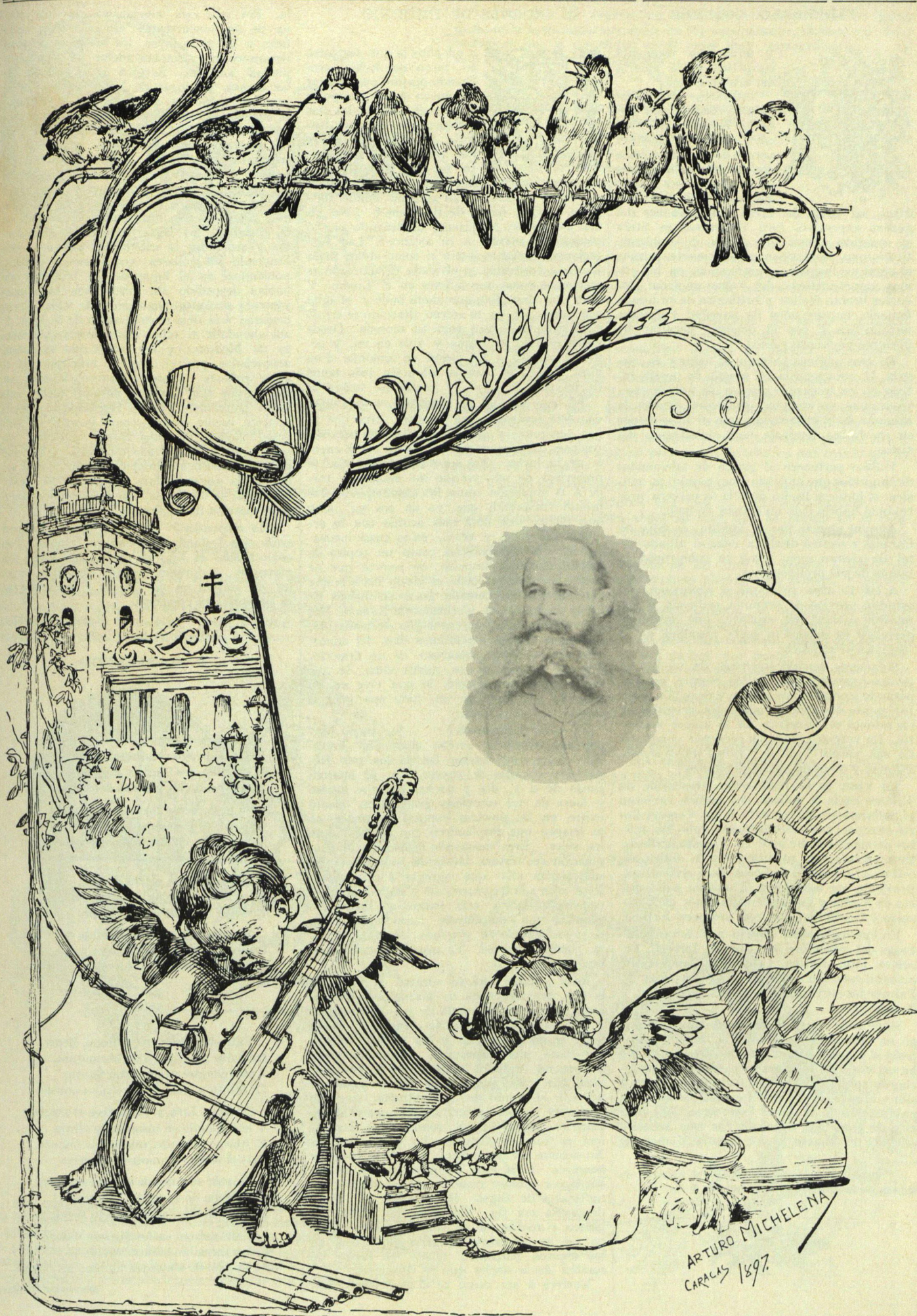
—Hombre, contestó Lucero. He venido precisamente á darle una satisfacción. Yo deseo pagarle; pero.....

—Es que usted me ha engañado mil veces. ¿No me ofreció traerme el dinero aquí?.....Lo que es esta noche, ó me paga usted ó le quito la capa.

Puso manos á la obra el acreedor, resistió Lucero, y lucharon hasta que acudió la policía y cargó con ambos.

En tanto que yo me retiraba á mi hogar pensando si serán así todas las "voladas" de los Luceros.

JABINO.



PORTADA DE ARTURO MICHELENA, EN EL ALBUM "LIRA VENEZOLANA," DEL SEÑOR FEDERICO G. VOLLMER Y RETRATO DEL SEÑOR FEDERICO G. VOLLMER

FEDERICO G. VOLLMER



é aquí una fisonomía simpática en la galería del arte nacional.

Naturaleza criolla, en toda la latitud del vocablo, *Federico G. Vollmer* enriquece hoy el acervo de nuestra música con la colección de sus celebrados valeses y danzas, varios de ellos inéditos, así como de otras composiciones del género expresivo. *Lira Venezolana* se titula el escogido álbum que acaba de publicar, título que se justifica sobradamente porque el autor se inspira de preferencia en los ritmos característicos del valse nacional, los cuales brotan fáciles y brillantes de su lozana fantasía, impregnados de novedad y dulzura melancólica y con el donaire peculiar de nuestros populares cantos.

En esas páginas palpitan el amor y la alegría, la nota sentida del afecto, la poesía íntima de los recuerdos y todas las nobles emociones que, en variados contrastes, forman la armonía de la existencia y que el arte recoge en su divino lenguaje para delectación del alma.

Vollmer pertenece al grupo de aficionados distinguidos que cultivan con pasión la música: si hubiera hecho de ella su carrera profesional habría sido un artista de nota.

Aunque alemán por su familia, es hijo de Caracas y recibió desde la cuna el aliento vital de nuestra zona, como lo comprueba la índole de sus producciones.

A los 15 años principió á componer, sin estudios previos de armonía, cediendo á expansión natural del espíritu, que siente ya germinar en su seno la savia creadora de la inspiración artística.

Solamente recibió lecciones de violín del profesor español don Toribio Segura, pues el piano lo aprendió por sí solo y escogiólo como intérprete de sus ideas musicales, acogidas en los salones con muestras de la mayor simpatía. En verdad ¿quién no recuerda complacido sus valeses *Victoria*, *Anita*, *Jarro mocho*, *Filipina* y otros no menos populares?

En vista de la inclinación irresistible de *Vollmer* hacia la música, sus padres tuvieron el pensamiento de enviarlo á un Conservatorio europeo; pero desalentados ante las tristes perspectivas del arte en Venezuela, desistieron á luego de su intento y lo obligaron, contra su querer, á dedicarse á la agricultura, profesión que estudió en Alemania por espacio de 5 años y que ejerció después en Venezuela y la isla de Cuba con próspera fortuna.

En épocas lejanas, cuando nos visitaron artistas del renombre de Coenen, Lübeck, Ferrière, Paul Jullien, Cecilia Saemann, trabó amistad estrecha con ellos y su hacienda El Palmar les servía de centro de expansión y de descanso.

Hace años que *Vollmer* reside en Hamburgo en compañía de su familia, donde desempeña el Consulado general de Venezuela. No ha olvidado un instante su patria, á la que recuerda con filial cariño; y fruto de su amor á ella y al arte que ha deleitado sus ocios, es la publicación de la *Lira Venezolana*, (*) edición de gran lujo, exornada con una artística portada del ilustre pintor Arturo Michelena.

(*) Este álbum se halla de venta en el Almacén de Música de los señores S. N. Llamozas & C^o.



NOCHES DE INSOMNIO



s mi alma la que revolotea en torno del lecho, acechando ocasión para entrar de nuevo á mi cuerpo y vivir en él como en los días incoloros, los días sin historia, los días vegetativos que pasaron . . . La culpa fue tuya. A nadie acrimines si hoy te encuentras proscrita, vagando en el espacio sin un corazón donde abrigarte. ¿Qué haces de tí misma? ¿No vivías indiferente, holgazana, desdefiando el rico manojito de nervios á tu alcance? Las sensaciones rebotaban sobre tí como sobre masa inerte é insensible, y olvidada del corazón te mantenías como si residieses en el Limbo. Y vino otra alma, ésta que ahora bulle y se agita acá dentro, y en tu eterno descuido te arrojó para siempre é hizo suya tu morada. Desde entonces todo se anima y vive en mí, y como el incienso á los cielos, se remonta, á un ideal, llevándole hasta la vibración más tenue de mi sér.

Tú eras apenas un rudimento. Esta nueva, ésta invasora, ésta inquieta, ésta que te has sustituido y siente y me utiliza para sus pasiones, sí que es alma. Yo no me di cuenta de la lucha. No supe cuando fue que te proscibí de mí, porque me mantenías torpe á la impresión como lira destemplada. De pronto comprendí que yo no era yo, sino otro nuevo, una nota más acorde con la armonía universal, y te vi, en tu cuasi inconsciencia, que desaparecías como un copito de niebla, mientras impulso de resorte que se suelta me llevaba hacia el ideal, hacia la que enciende en mi corazón las rojas llamas de Otelo y las azules claridades de Romeo. No, no volverás. Alójate en algún recién nacido, ó vete á animar los últimos días del anacoreta, en el fondo silencioso de un desierto. Yo me quedo con la nueva alma, la que se alegra y se enfurece, la que vive en un segundo más que tú en toda una generación

Tú también, hermosa? . . . Sí, yo no dormía aguardando tu serena aparición. Estrella del Naciente, como las de los tres Reyes, mis miradas te siguen, no se apartan jamás de tí y, día y noche, como si dentro y fuera de mí estuviese grabada en cuanto existe, en las tinieblas como á la lumbré veo tu imagen que resplandece con la claridad de los soles. Eres demasiado hermosa. Mi imaginación se tortura buscando inútilmente un sólo toque mío que agregar á tu belleza. Esos ojos son incomparables y no habría quien concibiera labios más frescos y lindos, ni conjunto tan dulcemente armonioso como el tuyo. Modelo de vírgenes, deidad hechicera, ¿qué Musa eres? Tu trono; en cuál Olimpo lo dejaste?

Pero ¿dónde está tu sonrisa, la fragante, la que descubre sarta de jazminillos, blancos como la córnea nacarada de tus ojos negros? No; hiéreme si estás ofendida. Desahoga en mí el encono y los enojos. No es por darte una satisfacción únicamente. Es porque no continúe la cólera en tu corazón, ideal mío. Es porque es lástima que me lleve á lo hondo de las entrañas, que ese santuario no sea exclusivamente para el amor, para los más delicados sentimientos. La cólera es torva y ceñuda. La cólera es fea. No debiera ser femenina. La cólera es de los hombres. Deja para nosotros lo que no sea tan suave y dulce como la tierna mirada de tus ojazos de ángel. No hieres? . . . Pues desanubla esa faz. Enséñame la aurora, el blanco y rosicler de tu sonrisa, como mañana que se entreabre, mientras allá arriba, en los oscuros párpados, queda un rastro de sombra de la noche que se desvanece . . . Vuelves á ser como te ví en el último bai-

le. Por una rara alucinación, la vida interna de los concurrentes asomaba á la superficie, y las ricas joyas, los artísticos adornos desaparecían, reemplazándolos un tocado espiritual anímico. Surgían en el peinado de las damas, en lugar de las horquillas, de las prendas relucientes que retorcián y sujetaban la madeja espesa de cabellos, las intenciones que los animaban, los planes que bullían en sus cerebros, todo el mundo sugestivo que se estaba agitando en aquellas hermosas cabezas. Y sobre la florescencia exuberante del torneado busto, en aquellas gargantas, en aquellos senos combados como la onda que ensancha sus misteriosas vibraciones en el cristal de los lagos, surgían los sentimientos y asomaban la cabeza las pasiones, sustituyendo los collares coquetamente ceñidos, poniéndose en el lugar de los brillantes que habían despedido ahí mismo sus rayos suavemente azulados como ojos de felino que se cuajaran á la tibia reverberación de la luna. Y allí abundaba el odio, como implacable cabeza de Medusa; y los celos que extravián, aconsejados por el orgullo más que por el amor ardiente; y aun el interés lanzaba como dardos sus rastreras miradas desde esos senos tentadores. En tí resplandecía sobre el honesto medio escote, como lengua de sonrosado fuego, un alma casta, impoluta, sin sombra de humanas mezquindades. ¿Por qué no resplandecía allí también, como lumbré soberana la encandiladora fulgencia del amor? Apenas si se distinguía, vaga y soñadora, como fosforescencia de luciérnaga.

¿No respondes? Te vas? Cierra primero estos ojos deslumbrados con tu imagen. Pon como beñeo el lirio de tus manos sobre mis párpados, y dormiré, soñaré que cinco ángeles me cargan en sus brazos y me llevan para siempre á tu presencia.

JOSÉ R. LOPEZ.

BAJO-RELIEVES

ZEUS

Hasta él llegan en ronco vocerío
Del mundo agonizante los dolores,
Y del odio, los trágicos rencores,
Desgarrando las brumas del vacío.

Su gesto acusa formidable hastío,
Oyendo los humanos estertores,
Y, envuelto en siderales esplendores,
Es más augusto, cuanto más sombrío.

Por aplacar la cólera divina,
Ganymedes, sus ánforas inclina
En copa de Vulcano cincelada.

Y, estremeciendo el pabellón del Cielo,
Cruza con raudo, estrepitoso vuelo,
Del Olímpico Rey la carcajada.

APOLO

Entre los dioses del Olimpo, lleno
De noble majestad y de hermosura,
Apolo yergue su inmortal figura,
La frente ungida en esplendor sereno.

Canta su Lira, y enmudece el trueno,
Y le responde en insondable altura
El himno ardiente, que la luz fulgura
Bajo el sonoro firmamento heleno.

El mar, sus olas de zafiro extiende,
La estrella de la tarde, luminosas
Las alas de oro, en el espacio tiende:

Y del arroyo en las fugaces linfas,
Como lluvia de blancas tuberosas,
Su cuerpo de alabastro hunden las Ninfas.

LEOPOLDO DIAZ.



(POR MICHEL TRIVELEY)

I

—Bien: ¡ hé aquí á mi marido que acaba de volcar el salero, dijo con aire enojado la señora Bachotel: seguramente es un fastidioso que nos llega.

La señora Bachotel era una morenita vivaracha que se encontraba sentada á un extremo de la mesa.

—Es usted, pues, supersticiosa, querida señora? pregunta el dueño de la casa.

—Yo no, interrumpe una señora gruesa colocada al frente; y no comprendo esa afición á

—No obstante.

—Os lo aseguro.

—Es cierto que se han visto ejemplos.

—De los más convincentes.

Y todos los convidados se apresuraban á dar su dictamen, mientras que el bravo señor Bachotel muy penado por su torpeza y temiendo sufrir al regreso una de esas escenas magistrales de las cuales su dulce mitad poseía el secreto, volvía á poner bien que mal, con la punta de su cuchillo, la sal en el salero.



Quando durante el curso de una comida la casualidad pone sobre el tapete alguna materia que se preste á fácil desarrollo, sea historia ó anécdota, es raro que se le deje escapar antes de un buen rato; así, por espacio de media hora, el asunto de la superstición era objeto de interés general, excitaba la animación de todos, suscitaba en cada uno ideas diferentes y refrescaba lejanos recuerdos que volvían á punto de servirse.

—Yo, dijo de repente un señor joven todavía, que no había dicho nada hasta aquel momento, no soy supersticioso; sin embargo debo reconocer que la casualidad es á veces muy extraordinaria; . . . y esto mismo que me ha acontecido

Y era claro que quien así hablaba tenía una historia que contar.

Como ya todo el mundo había narrado su anécdota ó al menos expuesto su manera de pensar sobre el asunto, el dueño de la casa animó al orador á que continuara; con tanta más razón cuanto que, por su aire simpático é inteligente, se juzgaba que su relato valdría tanto ó más que el de los otros.

Un pequeño estremecimiento de curiosidad recorre la mesa; los codos se aprietan; se escucha.

III

El señor Récheval saborea algunos segundos el sentimiento de atenta curiosidad que acaba de provocar; toma un trago, se pasa la lengua por los labios; arroja á su mujer una tierna mirada dirigiéndole al mismo tiempo una sonrisa, y, después de haberse fijado la asamblea, continúa.

—Os he dicho que no soy supersticioso: no lo he sido jamás. No obstante me es imposible negar que ciertas cosas, ciertos personajes, ciertas fechas y ciertos inmuebles, juegan en nuestra existencia un papel preponderante, sin que esto tenga por otra parte razón aparente . . . Tengo muchos camaradas á quienes, por ejemplo, la cifra trece les ha sido infligida. En el liceo, en el regimiento, si se les numeraba por línea ó por talla, número trece; se reunían para hablar de historia, geografía, táctica, número trece; si esperaban un ómnibus encontraban trece pasajeros: trece siempre y trece por todas partes. No he sido incomodado por ninguna persistencia de cifra; es una casa la que ha influido en mi destino

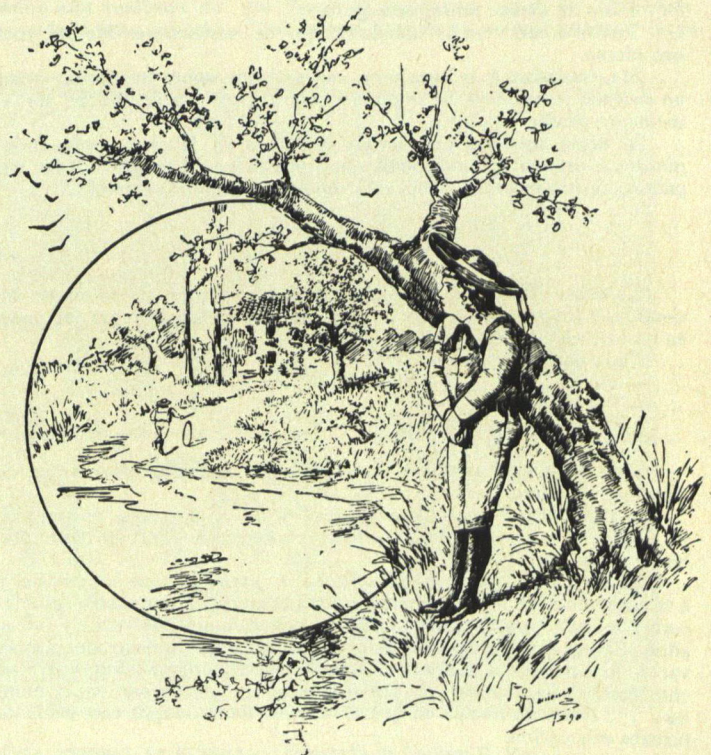
Y como los convidados se miraban entre sí sin comprender:

—Sí: señoras y señores, una casa . . . Me voy á explicar . . . Sabed primeramente, como ahora se dice, que he nacido en el campo . . . en Mouroux . . . un hermoso lugar situado á cuatro kilómetros de Coulommier.

Allá, muy pilluelo, me iba en los días de verano á jugar con mis amiguitos sobre el gran camino plantado de árboles, y que bordea el Grand Morin, pequeño afluente del Marne.

Formábamos partidas de salta-carneros, de jugadores de barras ó de escondite, con el espacio abierto delante de nosotros; y nada hubiera turbado nuestra dicha—mi dicha diré más bien, puesto que de mí se trata en este momento—si mis padres, por temor á una imprudencia de mi parte y para evitar que me separara más de lo razonable, no me hubieran formalmente prohibido ir en mis correrías más allá de la casa alta con ventanas verdes, construida justamente en el recodo del camino. De este modo mi madre no me perdía de vista desde la ventana de su cuarto.

Ah! qué sentimiento de cólera, de impotencia, de pena y de humillación, cuando veía á mis camaradas lanzarse lejos, al gusto de su fantasía, en tanto que yo tenía que detenerme delante de esa barrera



moral más fuerte y más alta para mí que un muro, porque mi madre no se chanceaba jamás. ¡Y si yo hubiese desobedecido!

Oh! esa casa con ventana verdes, pesadilla de mi infancia! Ella significaba para mí embargo de todo gozo, interrupción de toda alegría, privación de lo desconocido!: le tenía horror, os lo aseguro.

IV

—Hasta aquí, dijo sonriendo el amo de la casa, no veo nada de superstición

—Aguardad . . . y dejadme continuar.

Aquí el señor Récheval hizo una posa, tomó otro trago, y, sin apresurarse, comió su parte de entremés que le acababan de servir; después continuó:

—La casa verde era un gran edificio que comprendía muchas viviendas, cada una con su jardín. En una de ellas vivía un antiguo profesor que había venido al campo para terminar apaciblemente su existencia . . . Mi salud era muy delicada y mis padres temían para mí la vida del colegio. Así, después de haberse entendido con el señor Collange—este era el nombre del viejo profesor—confiaron á sus cuidados mi educación. Y en esa famosa casa verde que yo no podía traspasar poco antes, entraba al presente todos los días á fin de iniciarme en los misterios del latín y del griego. Antiguamente sufría por no poder llegar hasta esa casa; y ahora por estar obligado á pasar en ella la mayor parte del día.

¡Oh! esas lecciones fatigosas hechas con un tono solemne por un maestro, buen hombre en el fondo pero demasiado majadero.

En fin, el tiempo transcurre y atravieso con éxito el cabo del bachillerato.

Había, pues, acabado con la casa verde ó por lo menos así podía creerlo. ¡Qué gozo para mí el día en que, habiendo sido admitido al examen, fui á anunciar la buena nueva á mi profesor y á tomar su autorización! Toco á la puerta con aire radioso; se me abre; entro. Mi viejo maestro me felicita. Un cuarto de hora apenas de conversación entre nosotros y me páro, pues sólo me queda el tiempo justo de tomar el tren para París, á fin de subir allá en el rápido de Nanci, donde debía encontrar á mis padres establecidos en Lorena desde hacía algunos meses y en la cual yo debía vivir en lo sucesivo.

El maestro me conduce hasta la puerta, nos abrazamos y en este momento olvido todo lo que su enseñanza hubiera podido tener de amarga para mí. Me siento feliz, tanto por haber terminado para siempre con las declinaciones, conjugaciones y traducciones, cuanto por volver á hallar á mi familia y abandonar la casa verde, esa cárcel de mis primeros años.

—Adiós, mi niño! . . .

—Adiós, querido señor Collange! Sin advertirlo he llegado á las primeras gradas.

—Eh! cuidado

—Demasiado tarde, he avanzado demasiado la pierna, encuentro el vacío, y caigo lanzando un grito espantoso.

—Eh! qué es eso? ¿Os habéis hecho mal?

—Oh! sí.

Quiero levantarme solo: imposible. Se viene en mi ayuda. Al fin estoy en pie.

Trato de andar: un segundo grito.

Vuelvo á caer: no ha habido tiempo de sostenerme. Me he roto una pierna.

Me trasladan á la casa y se me extiende sobre un lecho; viene un cirujano y examina la fractura: curaré, pero no es posible por el momento pensar en viaje.

Y héme aquí por tres meses confinado en la casa verde, único punto por otra parte donde podía estar, puesto que la habitación de mis padres, al otro extremo, había sido vendida en la última estación.

V

El señor Récheval paseó su mirada alrededor de la mesa, diciendo:—¿No encontráis que la casa verde comienza á jugar un papel en mi existencia?

Cada uno da su parecer.

—Sí.

—Puede ser.

—Oh! simple coincidencia.

—Es preciso ver el fin.

Esperad, dijo el narrador, comiéndose un cuarto de pera antes de continuar su relato.

—Tres meses pasan pronto; curé y fui á Nantes á encontrar á mi familia. Allá viví algunos años felices; la suerte me sonrió y pude establecerme en París.

Emprendo algunos negocios: poco á poco, gracias al trabajo y á la constancia, mi situación mejora; para la época en que debía acontecerme lo que pronto sabréis, acababa de cumplir mis veinte y nueve años. En ese entonces gozaba de buena salud, tenía la dicha de conservar á mis padres, á quienes visitaba dos veces por año; y ganaba mucho dinero: para abreviar, era tan feliz como se puede ser en el mundo . . . Hermoso tiempo en que el recuerdo de la antigua casa verde no turbaba mis noches.

Además, hacía muchos años que yo no veía esa construcción; no tenía ningún interés en el país; la última persona que conocí, mi viejo maestro, había muerto hacía mucho tiempo. Por consiguiente mi pesadilla se había disipado. Y si debía probar otros enojos en el curso de la existencia y romperme aún la pierna, no sería por causa de la Casa verde.

VI

El señor Récheval interrumpió de nuevo su relato para preguntar:

—¿Hacéis vosotros uso de la bicicleta?

—Sí; por qué esa pregunta?

El narrador replica:—Yo, todavía la uso de cuando en cuando; pero en la época de que hablo me servía de ella continuamente; y más de un domingo de primavera, en compañía de algunos camaradas, me iba desatinado por los alrededores de París. Bosque de Saint Germain, bosque de Senard, bosque de Marly: salíamos muy de mañana y después de haber pedaleado durante tres ó cuatro horas seguidas, nos íbamos á eso que se ha convenido en llamar taberna, á restaurar nuestras fuerzas con la tradicional tortilla con tocino y una buena botella de vino blanco. Partíamos generalmente al azar sin tener de antemano un punto convenido, siguiendo con preferencia los caminos planos. Aquel domingo habíamos andado cerca de una cincuenta de kilómetros.

Yo, bien sentado sobre mi silla, soñaba, respirando el aire sano del campo, sin tomarme el trabajo de contemplar el paisaje, más preocupado de guiarme y del declive del terreno, que de la belleza de la decoración que nos rodeaba, cuando uno de los compañeros grita, á la vista de un rótulo que acababa de leer:—Detenéos; estamos en Mouroux, á cuatro kilómetros de Coulommiers!

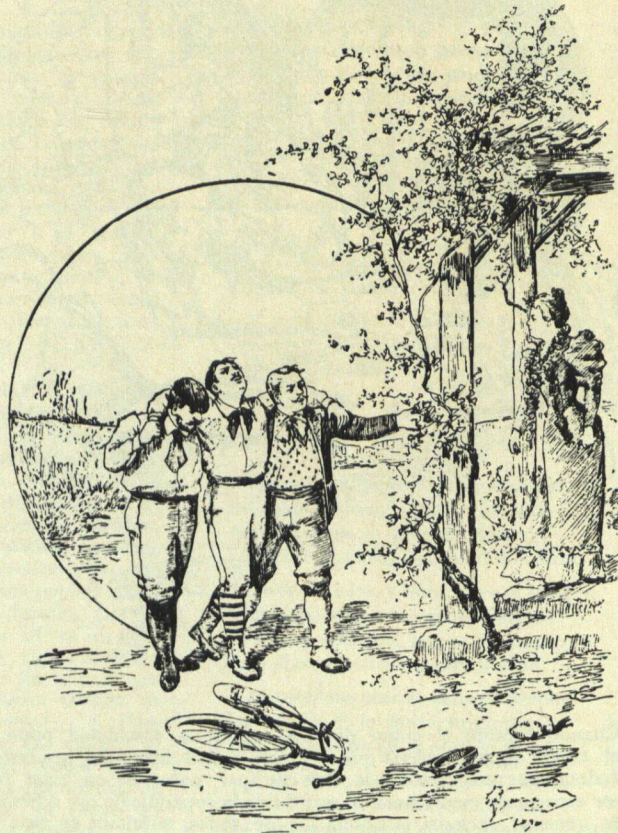
Mouroux . . . en seguida mi imaginación se puso en movimiento . . . Y la niñez como un kaleidoscopio pasó por delante de mis ojos . . . Mouroux! . . . la Casa verde! . . .

La Casa verde, sobre todo.

¿Dónde está? me dije ¿La habrán demolido? ¿la habremos ya pasado?

Olvidando que estaba sobre una bicicleta descuidé mantener el equilibrio, desvié la vista del punto de mira, volví la cabeza y, ¡cataplum!

Héme aquí tendido á lo largo sobre el suelo. Felizmente en esta caída no me he quebrado nada aunque tampoco he quedado nada mejor: contusiones, heridas en todo el cuerpo. Se me levanta; y oigo á mis camaradas que dicen:—Transportémoslo á la primer propiedad que encontremos; hé aquí una justamente delante de nosotros. Levanto la mirada; en efecto, un gran edificio con ventanas verdes. Reconozco la antigua casa, la casa verde, y no obstante mi agudo dolor encuentro todavía fuerzas para arrojar un juramento, y grito: diablo de suerte!



VII

Y; bien, señores, pregunta el narrador:—¿No encontraréis ahora que ciertas casas como ciertas cifras ó ciertas personas, pueden tener influencia en nuestra vida?

—Diantre! . . . es evidente . . . pero; después?

—Después, señores? . . . Se me acogió en la casa verde. El antiguo profesor había fallecido, como ya he dicho; los diferentes departamentos que componían el edificio formaban ahora una sola y vasta propiedad cuyo jardín había sido agrandado; y se encontraba habitado por una familia parisienne que pasaba en ella la mayor parte del verano. Esta familia, compuesta del padre, la madre y una hija, me acogió con piedad y aun con deferencia; y, al fin de algunos días me sentí bastante bien para no abusar por más tiempo de la hospitalidad afectuosa que me había sido ofrecida. Solamente . . .

Aquí el señor Récheval se detuvo, se dirigió á su mujer, una graciosa y encantadora rubia sentada frente á él, y le dijo:—Si quieres continuar, mi querida!

—Lo deseas?

—Te lo ruego.

La joven toma la palabra:

—Mi marido . . . N6: me engaño, el ciclista . . . Pues, el ciclista se encontraba mejor y podía partir; pero la joven de la casa, que le prodigó algunos cuidados, había podido distinguir sus modales cultos y su talento, y observar por otra parte que el herido parecía encontrarla muy á su gusto. Además, él le había contado la influencia de la casa verde en su existencia y ella trataba de retenerlo, aunque con la seguridad de que si se iba al día siguiente, volvería conducido por la casualidad, esa fuerza más poderosa que todas las voluntades . . . Para terminar: los jóvenes se amaron; los padres no se opusieron, y el matrimonio se verificó.

VIII

—Y, bien, ¿qué decís vosotros? concluye el marido. ¿Negaréis la influencia de esa casa sobre mi vida?

—Existe aún esa morada? pregunta uno de los asistentes.

—Existe: la habitamos seis meses del año; en ella han nacido nuestros dos hijos; y el día que me sea forzoso partir para el gran viaje, es de ella que espero salir. Cuando mi pobre y querida madre me decía: "Sabes, chiquitín: no más lejos de la casa verde," ¿preveía la buena mujer que yo debía obedecerla tan completamente?



LA IMAGINACION Y LA SENSIBILIDAD

DE M. G. D'ANNUNZIO

Las novelas de d'Annunzio nos proporcionan la ocasión de examinar un asunto muy discutido hoy: la cuestión del "libre cambio intelectual," que tiende á sentar plaza entre las diferentes naciones europeas.

Las comunicaciones, haciéndose cada día más fáciles; el conocimiento de las lenguas, vulgarizándose, y la vida, mezclándose cada vez más, harán que las literaturas se apoyen y se penetren. ¿Será ello un peligro? ¿Habrà de temerse que por motivo de estas infiltraciones se arriesgue á perder cada literatura su originalidad?

Por mi parte no lo creo. Las influencias de raza y de tradición están demasiado acentuadas en el espíritu de cada pueblo, para que puedan borrarse al contacto de las ideas extranjeras. Estos cambios de ideas no son sino fuente de riqueza, elemento de fecundidad; lo prueba ostensiblemente la obra de d'Annunzio. Este escritor, en efecto, ha sufrido todas las influencias dominantes en los últimos veinte años, y se ha prestado á ellas. Nosotros vamos á seguir, á través de sus libros, todas las corrientes literarias y artísticas que, venidas de uno ó de otro punto, se han dejado sentir en Europa.

El realismo.—Entre las primeras novelas que publicó d'Annunzio, —historias brutales, violentas y tristes,—se ve al fiel discípulo de Maupassant. *La Huche* expone las rivalidades de dos hermanos, uno de los cuales, enfermizo. Un día que éste se ha inclinado para tomar pan en una artesa, el otro cierra la tapa ó cobertera sobre su cabeza y le aprieta con todas sus fuerzas hasta que el cuerpo queda inanimado. *Un Martyr* es la historia de un pobre diablo de marinero que, al comenzar una travesía, observa que tiene una buba en la garganta. La buba crece amenazadora; sus camaradas juzgan muy

necesaria una incisión y destrozan al infeliz con bárbara torpeza, hasta que sobreviene la muerte. *Los sequins* es un drama de avidez y de ignominia: cortas recitaciones que no tienen otro interés que el de indicar una inclinación del talento del escritor. La gran novela intitulada *Episcopo & Ca.* tiene valor propio: d'Annunzio estudia en ella los caracteres débiles destinados á sufrir la dominación extraña.

Es necesario insistir sobre este realismo de d'Annunzio, porque no es bajo este aspecto

que nos hemos acostumbrado á considerar su talento; es, sin embargo, uno de sus elementos constitutivos. En el *Triomphe de la Mort* una de las partes más atrayentes es la que se intitula "*La Maison paternelle.*" Es un cuadro magistral de pintura realista.

El gusto por la Psicología.—M. Paul Bourget es quien nos ha puesto en cuidado con respecto de las cosas del alma.

D'Annunzio ha practicado mucho al autor de *Essais de psychologie* y al de *Mensonges*. Una de esas novelas no es más que una larga



UNA ESCUELA FEDERAL EN NUTRIAS. — (Fotografía de Enrique D. Vial)

indagación psicológica; sus personajes, aunque estén muy dominados por los sentidos, no están tan absortos por la materia como para que la vida intelectual no esté en ellos muy desarrollada. Curiosos de los fenómenos interiores, se analizan, se estudian y estudian á los otros; refinan, aguzan sus sentimientos tanto, que al fin se embrollan en su análisis, se embarazan en sus deducciones y llegan hasta no comprender absolutamente nada, lo cual es la última palabra y el supremo esfuerzo de la clarividencia psicológica.

El evangelismo ruso.—D'Annunzio es un ferviente admirador de Tolstoi. Desde *l'Intrus* siente la influencia de los novelistas rusos. Este libro está inspirado directamente en ellos; allí se encuentran las principales ideas que, venidas de allá, han penetrado en toda la literatura europea y que en nuestro país han renovado la novela. Es, por ejemplo, la idea de la bondad en el sufrir y de su valor expiatorio, ó la de humillar la razón y de escoger, para guía de la vida, el ejemplo de los hombres más sublimes; Juan de Scordio, el sublime labrador está al lado de Platón Karataiéf. Es padre de catorce niños; todos ellos lo han abandonado; siu embargo él no ha maldecido á ninguno. Cuando Tullio viene á rogarle que lo deje ser padrino del hijo de Juliane, está ocupado en la siembra de sus tierras. Y Juan de Scordio formula este deseo: "pudiera ser este niño tan bueno como el pan que habrá de hacerse con el trigo que brote de este surco!" —Esto es solemne, y un poco simple, así, como conviene.

En filosofía d'Annunzio va hasta las teorías de Nietzsche; en pintura es prerafaelista, en música vagneriano. Dotado de una inteligencia muy comprensiva y de una notable facilidad de asimilación es, entre los escritores de la Europa moderna, uno de los más cosmopolitas.

Profundamente italiano, ama á su tierra; ha echado en ella sutiles y profundas raíces; siente con el alma de su raza; gusta de encontrarla, esa alma difusa, en los cantos rústicos, en las tradiciones perpetuadas entre los campesinos y en los trajes de estos.

Sobre todo él quiere aparecer, tal cual se ha desarrollado este instinto nacional: abierto en la literatura y en el arte.

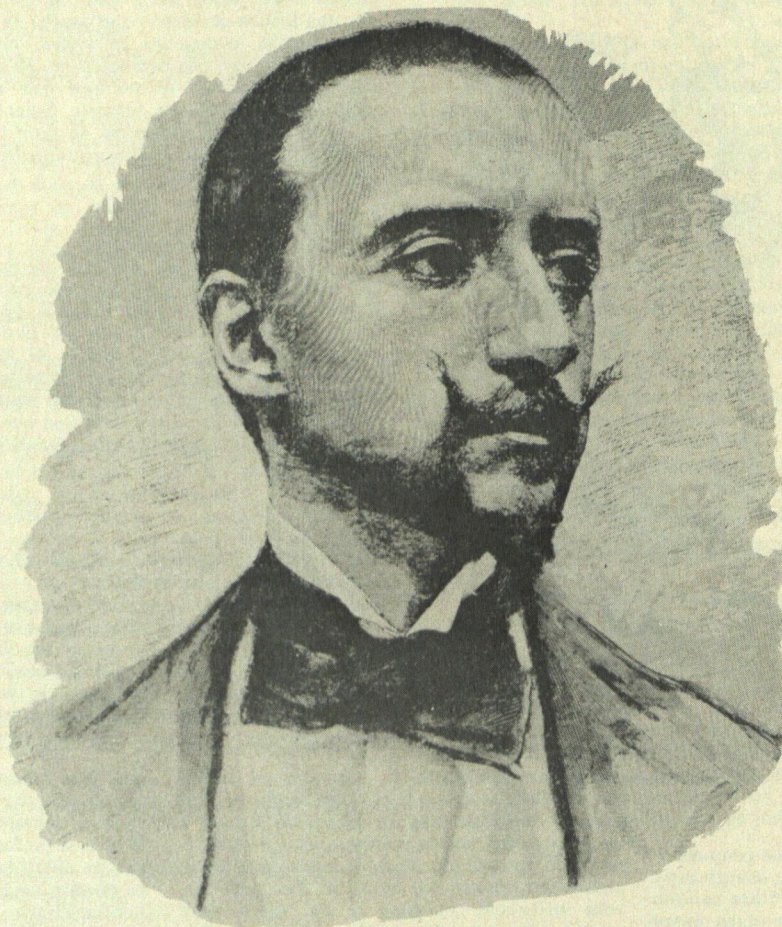
Se vá, en imaginación, á la época del Renacimiento; se esfuerza por restituir en sí sus maravillas; y se hace contemporáneo de los grandes señores letrados, de los artistas y de las hermosas cortesanas de aquel tiempo.

Ahora bien: seamos lo que en propiedad pertenece á Italia en el movimiento civilizador moderno y en el desarrollo del Arte. Su interpretación de la belleza difiere de lo que nos han legado los griegos; mientras la belleza griega está plena, sobre todo de armonía y se ve en ella transparente toda el alma, la belleza en el arte italiano debe más á la materia; tiende demasiado á las ataduras del cuerpo y no se separa de la voluptuosidad.

Plástica y voluptuosa es la imaginación de d'Annunzio.

El es en todo un cuadro de efecto

Véase como describe á una mujer en su *toilette*: "Era una mañana. Ella, al sol secando sus húmedos cabellos que la cubrían, como una blonda de violeta profundo que trasparentaba la palidez mate de su rostro. La cortina de tennes encajes, medio recogida, de un color gualda vivo, la colocaba debajo de la cabeza el bello friso negro del bordado, al estilo de los frisos que ornaban los antiguos vasos



G. D'ANNUNZIO

griegos de la Campania. Si hubiese traído, al través de los tiempos, una corona de narcisos; si hubiera junto á ella uno de esas grandes liras de nueve cuerdas, donde se miran pintadas al encáustico, las figuras de Apolo y de un lebrell habría tenido el aire de una pupila de la escuela de Mitylene ó de una poetisa de Lesbos."

Podríanse citar veinte trozos de este género. D'Annunzio percibe la belleza femenina como el pintor atento al efecto de los tonos, ó como el estatuero amante de la forma que esculpe un mármol de mujer reclinada, ó una figurilla de mujer en el baño.

Posee también, en altísimo grado, lo que se llama "sentimiento de la naturaleza." Asocia á las emociones de sus personajes, las que dimanaban del estado atmosférico, de la cualidad del aire, del paisaje, de la hora; la gravedad, la ternura, la melancolía de las cosas, que son como la repercusión de lo más íntimo de nuestro sér.

El "Triunfo de la Muerte" es hasta ahora la obra más completa de M. d'Annunzio, y en donde ha desplegado su más vigoroso esfuerzo, mayor talento y más arte. Dejo voluntariamente á un lado ciertos aspectos, en los cuales el estudio no dejará de ser interesante y curioso: la novela de costumbres realista, el fuerte idilio en plena naturaleza, las descripciones; y no retengo sino el estudio pasional, á fin que vuelva á salir la significación y el alcance.

El drama tiene dos personajes á quienes

d'Annunzio ha dado un carácter de generalidad enteramente nuevo. George Aurispa no es ya el hombre que busca los goces inmediatos y pasajeros del amor. El ha recibido, por herencia de la familia á que pertenece, un alma religiosa. Trasporta, en el amor, la necesidad de lo absoluto que es una noción religiosa, ó al menos metafísica. Es un "asceta sin Dios." Hippolyte tiene la belleza que seduce y que sin embargo es imperfecta. Ciertos rasgos pesados detalles vulgares manifiestan no sé qué de animal. Ella sufre de una enfermedad misteriosa, entendido que la mujer será siempre el niño enfermo de que ha hablado el poeta; todo contribuye á mostrarnos en Hippolyte el sér inferior y delicioso, objeto de todos los ensueños del hombre, fuente de todas las felicidades, instrumento de todas las desgracias y de todas las ruinas. Entre este hombre y esta mujer va á sucederse el drama eterno de la humanidad: la perspectiva de la felicidad perfecta en el amor; el deseo de llegar á la posesión entera, de absorber otra vida en la suya y de absorberse en otro; y en fin, delante de la repulsa de los acontecimientos y en la necesidad de renunciar á la realización de lo imposible, la decepción que va á parar en el odio.

George ama á Hippolyte con un amor exclusivo é inquieto. "El bien sabía que el amor es la mayor de las tristezas humanas, porque es el supremo esfuerzo que el hombre hace por dejar la soledad de su sér inferior; inútil esfuerzo como los demás; pero aspiraba al amor con invencible trasporte." Piensa que, á pesar de

todo lo que haga, hay demasiados recuerdos entre él y la mujer. El mundo donde ella vive, la sociedad que la rodea, las ocupaciones, todo en fin, le roba un poco del bien que codicia para sí solo. Entonces sueña, se hace la ilusión de estar aislados los dos en el mundo; ¡que se han ido á un asilo donde todo les será extraño, salvo ellos; donde serán el uno del otro para toda la vida! Ella no verá, no oirá, no sabrá sino por él. Todos sus sentidos estarán cerrados á las sensaciones que no vengan de él..... Hippolyte acepta á prestarse á este insensato sueño. Viene á la cita que le ha fijado en la villa, en San Vito, á las orillas del mar. El ha hecho cubrir de flores el camino por donde ella ha de pasar; y ella camina sobre las flores; sobre la carne y el perfume de las flores. Es la querida y la reina. En adelante él vivirá para contemplarla en su belleza inmutable y cambiante á la vez; la verá fresca y joven en la juventud de la mañana, radiosa en el esplendor del mediodía ó bien en la noche obscura, delante de la mar extendida á sus pies, trágica y terrible como la Helena griega.

Pero hay algo mejor. Los pobres seres quedan siempre impenetrables el uno para el otro. "¡Qué soledad la de estos cuerpos humanos!" En el amor y hasta en el éxtasis quedan los dos, aislados, solitarios. De la diferencia nace la hostilidad. Llega un día en que George mira en la fisonomía de Hippolyte ciertos detalles que le habían ocultado lo que hay de común y de irregular en sus facciones: el



“CAMORUCO VIEJO” — Valencia. — (Fotografía de Schael)

bajo rostro abrumado, la boca vulgar; es la desilusión, el desencanto. El se ve obligado á decirse que no la ama ya..... No la ama; pero la desea siempre. Entre esta mujer y él parecía haberse establecido una especie de dependencia orgánica en virtud de la cual el menor gesto de ella provocaba en él una modificación sentimental involuntaria: Al difunto amor, sobrevivió el fastidio; una sorda irritación creció en él. Ella, por otra parte, no comprende nada del obscuro trabajo que se efectúa en el alma de su amante y lo provoca, la imprudente! lo desafia. ¿No está segura de su poder? ¿No sabe acaso los gestos y las palabras que prevalecerán contra sus desconfianzas y contra sus revueltas? ¿No es ella más fuerte que su pensamiento? “El perfume de mi cutis puede disolver un mundo en tí.” ¡Ay! No sabe que del placer debe nacer la saciedad y que una ley quiere que el amor se cambie en su más cruel adversario. La amada es ahora la enemiga. Ya una vez, en el baño, él trató de matarla. Una tarde la lleva al borde de un precipicio erizado de rocas. Se tira y la arrastra al fondo del abismo. Así termina, por una salida trágica, este drama del amor. Yo no sé nada de un poema más sombrío, en que sea puesta de relieve con más vigor la hostilidad que nace del fondo misterioso de la materia donde se verifica más cruelmente la ley del amor que no puede encontrar, sino en la muerte, su plena satisfacción.

El escritor es demasiado joven para que se pueda hacer un juicio acertado de su obra; acaso mañana sería necesario modificarlo. El nos ofrece libros muy diferentes de los que nos ha dado hasta ahora. Las novelas que hemos analizado bastan para proporcionarle excelente lugar entre los escritores de la Europa moderna. Admiración no le será rehusada en Francia; y causará hasta una especie de sorpresa, porque estos transportes de la voluptuosidad física nos desconciertan un poco; el amor, entre nosotros, es amor razonable, más disertado, más espiritual, más tierno también, más recogido y más íntimamente doloroso.

RENÉ DOUMIC.

EN PELIGRO!

(POR J. BERR DE TURIQUE)

Personajes:

UN SEÑOR — UNA SEÑORA

El interior de un ascensor. Al fondo la banqueta. En alto, agarrada al muro, una linterna encendida.—Cadena de elevación y una placa con botones de parada. Al levantar la cortina el señor y la señora están sentados sobre la banqueta y vueltos hacia el público. El señor viste de negro con pantalón abierto, en la mano un sombrero de resortes; la señora se encuentra envuelta en un elegante vestido de baile, la cabeza casi oculta bajo la mantilla. El ascensor sube.

La señora: (para sí, mirando al caballero)— Muy bien, este caballero.

El señor: (consigo mismo, contemplando á la dama)—Muy distinguida esta señora.

(Silencio prolongado, el ascensor sube siempre.)

La señora: (cortesmente, moviendo con gracia la cabeza)—Os doy las gracias, caballero.

El señor:—(diligente)—No hay de qué, señora.

La señora:—Sí; el ascensor estaba ya en marcha.

El señor:—Oh! casi.....

La señora:—Del todo; tocaba ya el entre-suelo cuando habéis descendido á buscarme.

El señor:—Era un deber prescrito por las reglas más elementales de urbanidad; y soy yo, señora, quien os debo las gracias por haberme autorizado á hacer el viaje en vuestra compañía.

La señora:—Es lo menos, señor; aquí, como sabréis, no hay departamentos especiales para señoras.

(El caballero inclina la cabeza en señal de asentimiento, y sonríe: nuevo silencio.)

La señora:—Habéis apretado bien el botón del piso cuarto?

El señor:—Sí; del cuarto, como me habéis dicho; al cual, por otra parte, voy también.

La señora:—Lo supuse al ver vuestro traje de tertulia,..... como el mío.....

El señor:—Sí; en casa de los Chateaumiard.

La señora:—Son más de las once: llegaremos los últimos. El vehículo no avanza.

El señor:—(muy amable). No oso deplorar este retardo.

La señora, lisonjeada:—(aparte). Es muy distinguido este señor.

El señor:—(aparte). Magnífica señora.

La señora:—El ascensor sube con una lentitud desesperante.

El señor:—(con aire entendido). Es el antiguo sistema de ascensores hidráulicos: se les hace mover ahora por la electricidad, lo cual es más breve y sencillo.

La señora:—(aparte). Debe ser un ingeniero.

El señor:—Hacemos cada día nuevos progresos en la ciencia ¿donde nos detendremos?

La señora:—En el cuarto.

(El señor inclina la cabeza con aire de aprobación, y sonríe.)

El señor:—Llegamos al entresuelo.

La señora:—Todavía tres pisos, (con profunda expresión.) ¡Cuán altas se fabrican las casas hoy!

El señor:—Para que puedan contener más habitaciones: los propietarios tienen que buscar el rendimiento máximo; el dinero produce escaso interés.

La señora: (aparte, después de haber dado su aprobación con un ligero movimiento de cabeza.) No; es un banquero.

El señor: (que ha levantado la vista). Es curioso.

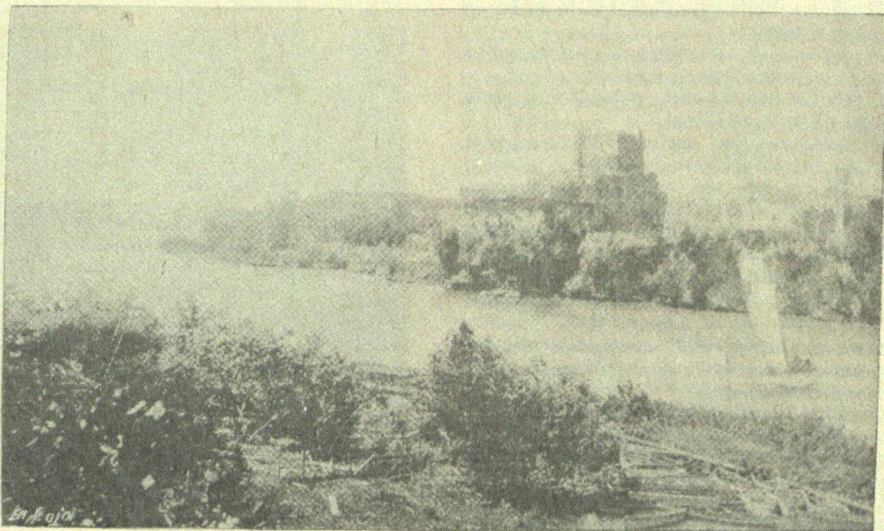
La señora: mirando en la misma dirección. Qué es lo que pasa?

El señor:—Se diría que nos detenemos.

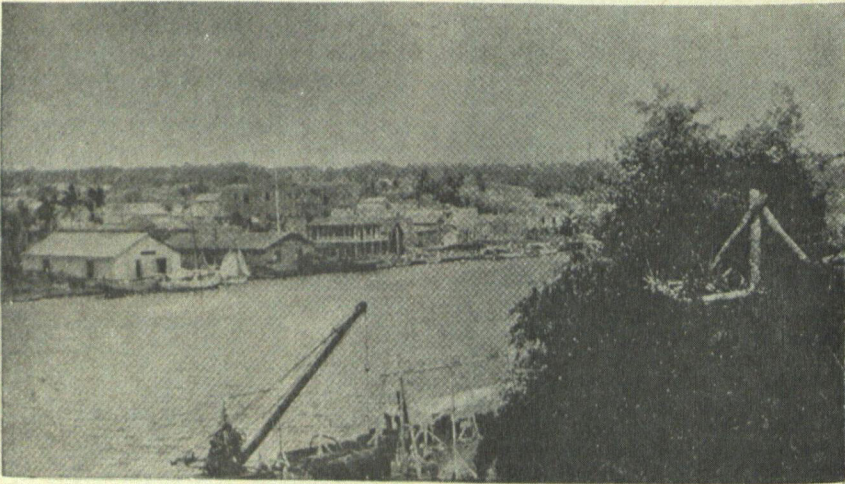
La señora:—Halad el cordón.

El señor:—Se diría que nos hemos atracado.

La señora:—No pasamos del primero.



RIO DEL OZAMA — Entrada al puerto. — (Santo Domingo)



PUERTO INTERIOR DEL OZAMA. — Santo Domingo

(*Se vuelven á sentar*)

El señor:—Los Chateaminard son excelentes personas.

La señora:—Enteramente.

El señor:—Escuchad; se diría acordes de piano.

La señora:—Es, sin duda, la dueña de la casa que va á cantar su gran aire.....

El señor:—De Henrique VIII ?

La señora:—Naturalmente: lo canta con pasión.

El señor:—Es muy aficionada al canto.

La señora:—Hé aquí que el ascensor se detiene aún.

El señor:—(*haciendo esfuerzos desesperados para hacer subir el aparato*). No me explico: ahora nos hemos detenido completamente.

La señora (*levantándose de nuevo*). Qué es lo que sucede ?

El señor:—No lo sé; temo que no llegaremos jamás: he hecho jugar todos los botones y resortes; y, nada.

La señora:—Dejadme ensayar.

El señor:—De buena gana. (*le cede su pués-to y la deja examinar*)... (*aparte, después de un rato*) Brazos encantadores: debe ser hermosa... la mantilla le oculta la fisonomía, es lástima.....

La señora:—Hay algo roto en el aparato ?

El señor:—Lo creo.....

La señora:—Sería necesario llamar.

El señor:—Sería necesario, sobre todo, hacernos oír; y estamos lejos del conserje que hace media hora ya dormitaba.

La señora:—(*con tono decidido*) En fin es necesario tomar una resolución.

El señor:—Nada más fácil que tomarla; lo difícil es ejecutarla.

La señora:—Sin embargo aún debe subir para la tertulia alguna gente.

El señor:—Son las once y media.... seremos los últimos en llegar.

La señora:—(*que comienza á alarmarse*). Pero, los otros habitantes ?

El señor:—Conozco la casa: se acuestan temprano. Sin embargo, ¡silencio!.. escuchad.. Oigo pasos en el vestíbulo... Se remueve allá abajo... Es alguno que va á hacer descender el ascensor.

La señora:—(*con regocijo*). Estamos salvados.

(*El señor y la señora, en pie, esperan con ansiedad*)

El señor:—Y, bien, ¿ no nos movemos ?

La señora:—Llamad!

El señor:—(*inclinándose como puede hacia el exterior, y llamando*). Eh!... allá abajo!... Estamos encerrados. (*escucha y habla sucesivamente*). Qué dice?... Es usted el conserje?... Sí... Y, bien; háganos usted descender... Qué?... ¿ No hay agua en la reserva para hacer funcionar el aparato?... Tirad entonces

de la cadena... Imposible, os digo... Por qué?... (*á la señora*). Dice que es preciso prevenir á la Compañía de aguas.

La señora:—Pero; qué hacemos ?

El señor:—Esperad!... (*se inclina, escucha y dice á la señora*). El conserje anuncia que las oficinas de la Compañía no estarán abiertas hasta mañana por la mañana.

La señora:—(*tomando el lugar del señor y hablando*). Entonces, si no puede descender que se nos haga subir... Qué?... Imposible también?... (*volviéndose hacia el señor*). Esto es espantoso!

El señor:—(*tomando el lugar de la señora, grita*). Usted no tiene el derecho!: me voy á quejar.....

La señora:—Pero no podemos pasar aquí la noche.

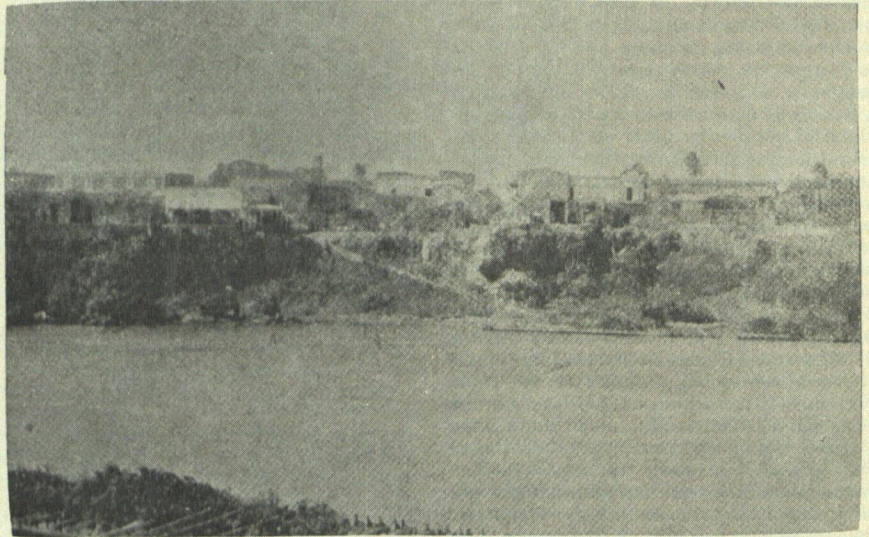
El señor:—(*á la dama, después de un nuevo coloquio con el conserje*). Me dice que no le es posible hacer nada: detención completa. Esto no puede subir ni descender.

La señora:—Espero, señor, que no dejaréis partir á ese hombre: que se arregle como pueda; que despierte al Director de la Compañía, que despierte á los obreros, que despierte á todo el mundo, pero que nos saque de aquí.

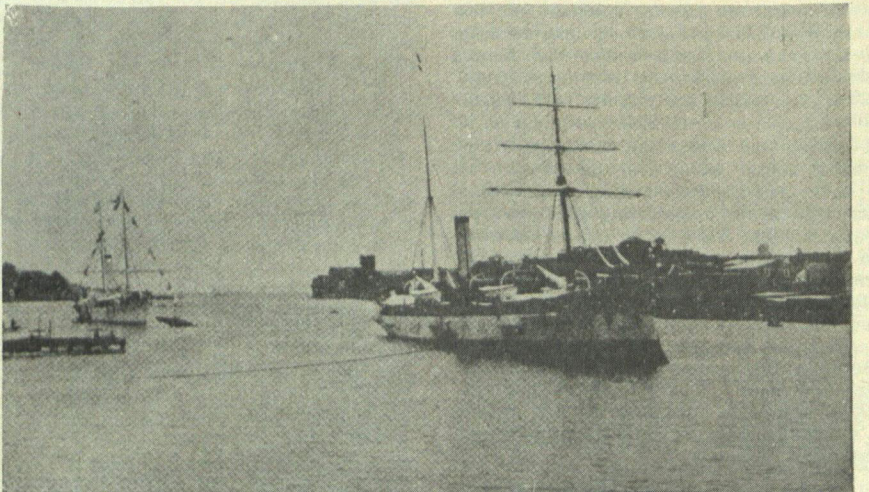
El señor:—Voy á insistir..... os prometo..... comprendo el enojo de semejante situación..... de tal modo..... (*amable*). No participo, pero lo comprendo. (*gritando hacia afuera con energía*). Nô! nô! esto no lo aguantó. Arregláos..... no tenéis el derecho..... (*déspués de haber escuchado*) Responde que no puede hacer nada y nos aconseja la calma y la resignación.....

La señora:—(*dejándose caer sobre la banqueta*) Es espantoso lo que me sucede.

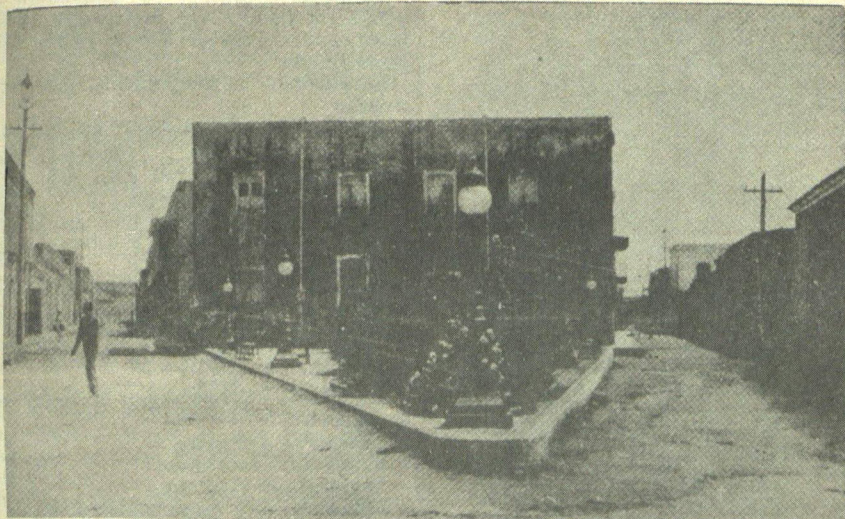
El señor:—En todo caso esto es..... Cómo encontrar una palabra que exprese exactamente la situación?... es inesperado!



SANTO DOMINGO. — Sección frente á la ría



SANTO DOMINGO. — Cruceros «Restauración» é «Independencia» en el Río Ozama



PARQUE PACIFICADOR — (Calles Mercedes y Esperanza) — Santo Domingo

La señora:—(con cólera). Y todo por culpa vuestra, señor.

El señor:—Por culpa mía?

La señora:—Seguramente..... si no hubiérais sido tan amable conmigo haciendo descender el ascensor á mi voluntad, nada de esto hubiera sucedido.

El señor:—No veo..... eso no habría impedido al aparato quedarse sin movimiento.

La señora:—Sí; pero vos solo estaríais dentro.

El señor:—(con ingenuidad). Es verdad, lo cual hubiera sido muy fastidioso.

La señora:—Si contáis conmigo para distraeros!

El señor:—Os ruego, señora..... no os enojéis..... subiréis.....

La señora:—Sí; hasta este piso.

El señor:—Vamos! os chanceáis..... estáis más calmada.

La señora:—(comenzando á sonreírse) es preciso, por fortuna.....

El señor:—Veamos: este es un fastidio..... pero; en fin, es necesario entrar en razón.....

Una noche de cautiverio y nada más. Pensad en Latude, señora.

La señora:—No es solamente eso, señor;



EL ALMIRANTE. — Fuerte almenado, frente al río Ozama. — Santo Domingo

sino que esa conversación obligatoria con vos tiene algo de..... chocante.

El señor:—Dejadme creer, señora, que habéis meditado en este asunto y no juzgáis que pueda sacar partido de una situación.....

tan..... Al contrario, señora, desechad todo temor: estáis bajo mi salvaguardia.

La señora:—Os doy las gracias, señor: estoy más tranquila (aparte). Habla con facilidad: decididamente es un abogado.

El señor:—Juzgo inútil agregar que estoy á vuestro servicio.

La señora:—Para hacer qué, señor?

El señor:—Para ayudaros si deseáis hacer algunos arreglos para pasar la noche.

La señora:—Sois demasiado amable; pero no veo cómo (aparte). Si pensará que voy á colocar papelillos en mis cabellos delante de él.

El señor:—Si deseáis dormir podéis acostaros sobre la banquetta.

La señora:—Y vos?

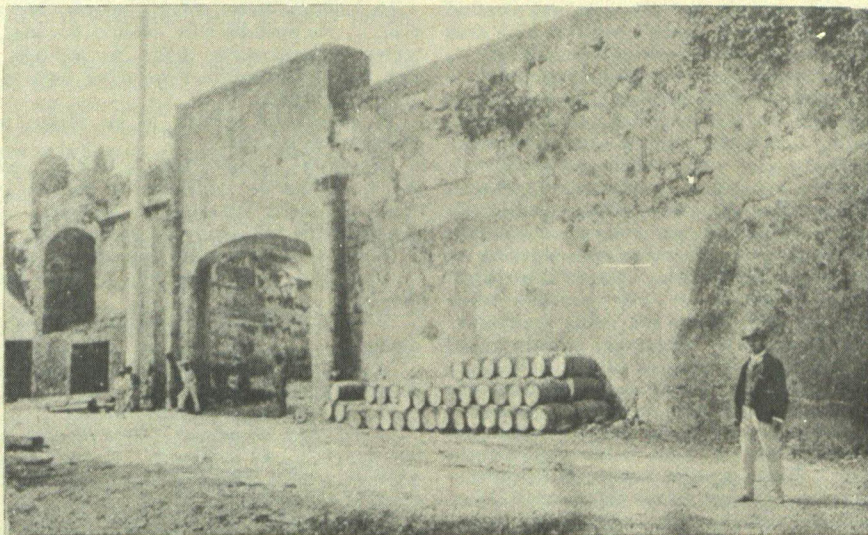
El señor:—Permaneceré en pie ó me acostaré en el suelo como sobre un lecho de campaña..... se duerme muy bien así.....

La señora:—(aparte). Me he engañado: es un militar. (alto) No señor; no acepto tal sacrificio: ocuparemos cada uno nuestra parte de banco.

El señor:—Sea; cada uno en un extremo.

La señora:—Esto es; apoyaremos la cabeza en el tabique que, por fortuna, está relleno; v gozaremos de un reposo relativo, (se acomoda en la banquetta y apoya la cabeza contra el paraván). Buenas noches, señor.

El señor:—Piensa usted en dormir?



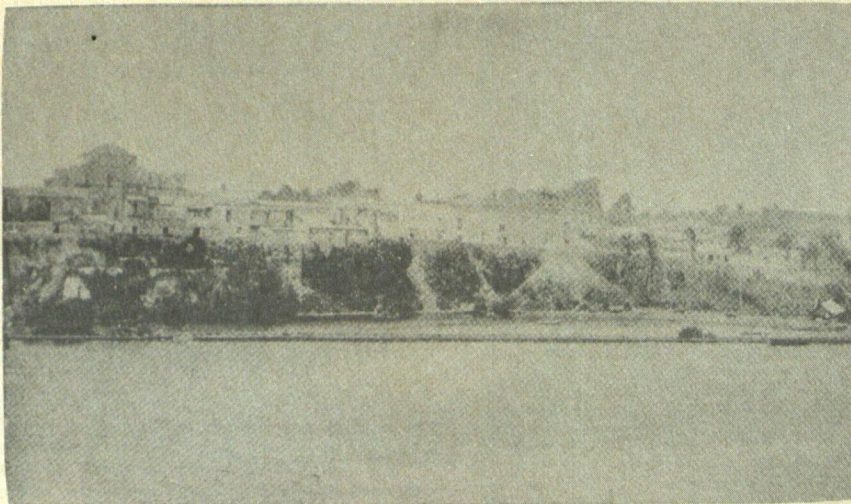
SANTO DOMINGO. — Puerta de San Diego que da entrada á la ciudad por el lado del río Ozama

La señora:—Sí, señor..... bajo vuestra salvaguardia.

El señor:—Buenas noches, señora.

(Silencio: la señora duerme. El señor cerca de ella, en la misma postura, muerde el puño de su bastón.)

El señor:—(consigo mismo después de un momento). No me divierto mucho! (mira á la señora). Duerme ya..... Maldita idea!..... Habríamos podido conversar un rato: esto nos hubiera ayudado á pasar el tiempo..... y por otra parte, como hombre de mundo que soy le habría dirigido algunas palabras galantes, que quizás hubieran hecho su efecto..... Cómo galantear á una mujer que duerme? (pausa). Duerme graciosamente: respiración dulce, regular. Debe saber que tiene un sueño apacible, sin esto no se habría arriesgado. Aún no he podido mirarla. ¡Es solamente hermosa! Ah! su mantilla se rueda un poco. Es la ocasión (la contempla) Oh! encantadora..... Qué cabellos, qué frente, qué nariz, qué boca. (retrocede brusquemente). Vamos! calma y no olvidemos que está bajo mi salvaguardia (la mira de nuevo) Deliciosa criatura..... Y cuando pienso que hay en casa de los Chateaumainard una joven viuda que me debe ser presentada en previsión de un matrimonio..... una viuda que me espera..... Ah! si la señora de Castelmajoux iba á ser mi cara mitad..... creo que no haré ni una ni otra cosa. (pausa) Qué villana idea ha sido la de dormirse mi hermosa camarada de cautividad. (pausa) Decididamente no se divierte aquí: esto es más



CIUDAD DE SANTO DOMINGO. — Sección frente al río Ozama

soporífero que una tertulia. (*bosteza*) Será el sueño contagioso? (*bosteza todavía*) Una tasa de café muy negro, con mucha azúcar..... me haría mucho bien (*se queda dormido*).

La señora:—(*despertándose*). Es que verdaderamente me he dormido; sí, puesto que he soñado. Y yo que quería solamente hacer que dormía..... por prudencia! (*viendo al señor que duerme*) Hola! mi compañero ha hecho como yo. Bravo muchacho: ha querido con su sueño testimoniar sus intenciones correctas y desinteresadas. (*lo mira con atención*) La fisonomía es inteligente, cierto aire de distinción..... Duerme con una elegancia silenciosa: lo debe saber. Sin esto no hubiera osado afrontar mi despertar. (*pausa*) Qué hora es? enoja no saber la hora..... Comienzo á fastidiarme mucho aquí. (*silencio*) Me mortifica que este señor duerma así; su conversación que no dejaba de agradarme me hubiera ayudado á matar el tiempo... (*nuevo silencio*) Si esto continúa así hasta el amanecer va á ser gracioso. (*tose dulcemente*) Hum! (*mirando al señor*) es un inconveniente semejante sueño (*tose más fuerte*). Hum!

El señor:—(*despierta sobresaltado*). Hé! Qué es esto? ¿todo el mundo descende?

La señora:—Lo querría.

El señor:—(*volviéndose*). Os pido perdón: he creído oír.....

La señora:—Habéis soñado.

El señor:—En efecto, he dormido..... Os pido perdón... Estábais amodorrada, la conversación languidecía..... Entonces (*aparte*) Con tal de que mi sueño no me haya despoetizado!.....

La señora:—Tenéis hora?

El señor:—Perfectamente. (*mira el reloj*) Hé! mi reloj está parado.

La señora:—Todo se para hoy aquí,..... (*escucha*). Oigo ruido. (*vivamente*) Bajan la escalera.

El señor:—Son los invitados de los Chateaminard que se retiran.

La señora:—Sí llamásemos.

El señor:—Para qué? si no podemos descolgarnos.

La señora:—Pero se sabrá que estamos aquí.

El señor:—(*poniéndose en disposición de llamar y luego deteniéndose*). Demasiado tarde..... oí.... La puerta de entrada acaba de cerrarse: todos han partido.

La señora:—Vamos! la suerte está echada.

El señor:—Sí; hénos aquí solos, ignorados de todos, perdidos en nuestro aislamiento.

La señora:—Esto es horroroso!

El señor:—No es por lisonjearme señora; pero habéis tenido la fortuna de encontrar un hombre respetuoso;..... aunque debo confesáros que es mortificante para mí, hallarme al lado de una mujer tan encantadora, y.....

La señora:—Pero, señor. (*aparte*) Me aterra..... me gustaba más cuando dormía..... tratemos de calmarlo. (*alto*) No olvidéis, señor, que según habéis dicho estoy bajo vuestra salvaguardia.

El señor:—Es verdad: lo he dicho; pero fue antes de miraros.

La señora:—(*aparte*) Me da miedo. (*alto*). No reneguéis de sentimientos que os honran..... pensad que estoy sin defensa..... la aventura que nos ocurre no es banal.

El señor:—Ciertamente que no.

La señora:—Más tarde sin duda la recordáis.

El señor:—Cada vez que tome este fatal ascensor.

La señora:—Y recordando vuestra pasada delicadeza podéis decir.....

El señor:—Que he sido un bestia?

La Señora:—Sí; esto es. (*deteniéndose*) Nó... qué digo!..... al contrario..... será la primera en reindir homenaje á vuestro tacto, á vuestra discreción.....

El señor:—Ah, señora, ganar vuestra simpatía sería mi mejor recompensa!... quisiera ensayar, ¿qué es necesario que estemos?

La señora:—Suponer que estamos en un salón y hablar de otras cosas.....

El señor:—A vuestras órdenes. (*después de un rato*) Váis al teatro continuamente, señora?

La señora:—Sí señor; muchas veces.

El señor:—Y á las carreras?

La señora:—Muy poco. (*aparte*) Hablemos como él..... (*alto*) Buen tiempo, verdad? el barómetro sube.

El señor:—(*aparte*) Tiene razón: soy un estúpido. (*alto*) Os burláis, señora? Es muy difícil tener con vos una conversación indiferente. Me veo obligado á detener en mis labios los cumplimientos que se precipitan.....

La señora:—Y, bien, dadle su libertad á esos cumplimientos; no soy enemiga de ellos; y además, por poco respetuosos que sean vos no podéis marcharos. (*aparte*) Es preciso aflojar las riendas para que el caballo no las reviente.

El señor:—Cuán gentil sois: si juzgáis que voy demasiado lejos me lo advertís.

La señora:—Esto es; me apoyaré en el botón de parada.

El señor:—Ah! señora, qué agradable... y, junto á tanta hermosura... Vuestro marido debe ser bien feliz!

La señora:—(*con un tono grave*) Así lo espero, si es verdad que una existencia consagrada al bien tiene por recompensa la dicha definitiva.

El señor:—Pobre hombre!... os espera? estará inquieto.

La señora:—Ay! ya él no se inquieta por nada.

El señor:—(*aparte*) Un matrimonio desunido, sin duda. (*alto*) Tanto mejor: si os hubiera estado esperando habría pasado mortales angustias.

La señora:—No comprendéis, pues: él ha muerto.

El señor:—(*muy fastidiado*) Perdón señora, por haber recordado..... (*queriendo enmendarse*). Creedlo bien... un gran dolor... mis sentimientos de condolencia.....

La señora:—Hace cinco años que lo perdí!

El señor:—Cinco años! (*buscando que decir*). Como pasa el tiempo!

La señora:—No para mí, señor: nunca los años me han parecido más largos que desde aquel desgraciado acontecimiento.

El señor:—(*vivamente*) Es lo que quise decir.

La señora:—Y vos, señor, no tenéis quien os espere?

El señor:—Ay! nadie.

La señora:—Sois viudo?

El señor:—Soy soltero.

La señora:—No os compadezcó: parece que esa es una ocupación muy agradable.

El señor:—Es lo que me digo en ciertas ocasiones; aunque algunas veces pienso lo contrario..... En este momento, por ejemplo.

La señora:—Vamos! No reneguéis de vuestra libertad: es élla la que os permite marchar en la vida con la ilusión de una dicha futura..... La felicidad que se espera alcanzar es la única que generalmente no se encuentra.

El señor:—Hé aquí una filosofía que me era desconocida..... Es maravilloso que tan grandes ideas puedan salir de semejante boquita..... Pero, si los hombres os escuchasen, no veo cómo las mujeres.....

La señora:—Señor: los sabios consejos no harán nunca nada..... y hé aquí por qué se les puede dar sin temor: los hombres estarán siempre dispuestos á hacer una necesidad.

El señor:—Y la falta, si gustáis? A ojos como esos quién resiste? No me hago ilusiones: si la señora Castelmajoux los tiene iguales, ó sólo semejantes, mi asunto es claro.

La señora:—(*interesada*) La señora Castelmajoux, decís?

El señor:—Sí; una amiga de los Chateaminard.

La señora:—Qué debíais hallar esta noche en casa de ellos?

El señor:—Sí; en vista de un matrimonio. (*aparte*) me he puesto á hablar sin razón; pero he dicho demasiado para detenerme.

La señora:—(*aparte*) Esto es curioso! (*alto*) Entonces, señor, me encuentro en presencia de un novio..... en expectativa?

El señor:—Sí, señora.

La señora:—De un bravo hombre que no tiene nada que reprocharse y sin embargo está á punto de ir á constituirse prisionero.

El señor:—Pero; me aterráis!.....

La señora:—Y conocéis á..... vuestra adversaria?

El señor:—No; pero se dice que es encantadora.

Hace seis meses que los Chateaminard me hablan á este respecto..... había resistido hasta el presente..... Pero esta conversación con vos me da nuevas fuerzas para luchar; y á fe que ahora para decir sí, sería necesario que esa persona fuese tan..... así como vos.

La señora:—Lo cual no es imposible.

El señor:—La conocéis?

La señora:—Es mi mejor amiga.

El señor:—Cómo se encuentra? ¿Podéis darme algunas noticias sobre élla?

La señora:—Sería parcial: por otra parte los Chateaminard han debido hablaros con tiempo. Veamos cómo os la han descrito. (*aparte*) Me habrán halagado?

El señor:—Me han dicho que es perfecta... pero sabéis que cuando una amiga va á casarse se dice siempre que es perfecta..... Estoy seguro también de que habrán hecho de mí un elogio extraordinario: se me habrá

presentado como un abogado de brillante porvenir.

La señora:—Es verdad.

El señor:—(asombrado) Cómo! lo sabéis.

La señora:—(deteniéndose) Quise decir: así debe ser.

El señor:—Veamos... acá para los dos... ¿no será tan hermosa como vos?

La señora:—En todo caso tendré la franqueza de deciros que no lo es más.

El señor:—Bueno: comprendo. Es como si hubiérais dicho que no es mejor.

La señora:—Como he dicho: "no lo es más" hubiera podido decir "no lo es menos."

El señor:—Creéis que me agrada?

La señora:—No conozco vuestros gustos.

El señor:—No me atrevo á deciros cuales son: iría á apoyaros en el botón de parada..... terminaría esto con una declaración.

La señora:—Vamos: es por buen motivo puesto que se trata de un matrimonio..... con otra.

El señor:—Pues, bien; hé aquí mis gustos: una mujer de vuestro talle, con ojos..... como los vuestros; dientes..... como los vuestros;..... manitas..... como las vuestras.....

(Le toma la mano que ella retira dulcemente.)

La señora:—(aparte) Los Chateau-minard no me han engañado: es encantador. (alto) Y bien, vuestro ideal no me parece de difícil realización.

El señor:—Será verdad? ¿la señora de Castelmajoux se parece á vos? (bruscamente y con decisión) Cambio de parecer: no tentaré la aventura; y ya que no he podido ser presentado esta noche, renuncio.....

La señora:—Pero, por qué?

El señor:—Queréis que os lo diga?

La señora:—Os lo ruego.

El señor:—Sea; pero os prevengo que va á terminar por una declaración.....

La señora:—En ese caso no habléis; no debo permitir las declaraciones hasta tanto que no estéis en disposición de ver nuevamente á la señora de Castelmajoux.

El señor:—(estupefacto) Escuchad, señora; en mi familia paso por muy inteligente; pero debo confesaros que no comprendo.....

La señora:—Sin embargo, es claro.

El señor:—Pero, en fin, si yo os amara me autorizaríais para deciroslo en caso de que.....

La señora:—Os tomaré vuestra palabra de honor si os comprometéis á tener una entrevista con la señora de Castelmajoux.

El señor:—(aparte) Y yo que me preciaba de comprender la mujer. (alto) Estamos entendidos: veré á la señora de Castelmajoux.

La señora:—Cuando?

El señor:—Mañana al salir de casa..... perdón, al salir de aquí: tocaré en casa de los Chateau-minard y les pediré que nos reunamos el mismo día. Miraré á la señora Castelmajoux, pero únicamente para dirigirme luego á vos.

La señora:—En seguida?

El señor:—En seguida: espero que no me exigiréis que la ame?

La señora:—Sí; justamente, os lo exijo.

El señor:—Cómo! las dos á la vez?

La señora:—(sonriendo) No haremos más que una.

El señor:—(después de un tiempo, con alegría) Ah! ya comprendo: sois vos. Y no haberlo adivinado todavía!

La señora:—Entonces, aceptáis?

El señor:—Adoro á las dos..... ¿No sois celosa?

La señora:—Nó..... (levantando la cabeza) Qué es lo que pasa? se diría que nos movemos.

El señor:—Pero si (llamando y escuchando al mismo tiempo) Qué es aquello?..... perfectamente, perfectamente. (á la señora) Es el marido de la cocinera del tercero que acaba de pedir el cordón; y como es empleado de las aguas todo se va á arreglar. El agua llega..... vamos á descender.....

La señora:—Qué lástima!

El señor:—Ah! como os adoro por esa palabra!

(Le toma la mano, que estrecha con pasión.)

¡Qué bella invención es aún la del ascensor!

La señora:—Sí; se camina mucho en poco tiempo.

FIESTA DEL BESO



OR gozar las torturas deliciosas de sensaciones que fueron de algún modo generosas para el ánimo, vengo ahora, pasado ya algún tiempo, á darle forma objetiva al recuerdo que guardo de una bien amada, sensación de color, luminosa, recogida por mis nervios en la umbria de un ameno paraje.....

Fuí al pintoresco pueblecillo, ribereño del mar, en busca de salud, y arribé á él en días de temporada, días de fiesta cruzados sin cesar por el relámpago azul de todas las alegrías.

Luces crepusculares no teñían con sus pálidas coloraciones de ensueño la clara ventura de aquella turba gentil venida de la ciudad, todo lo contrario, cada minuto corrido marcaba la blanca epopeya de una nota nueva en la escala triunfadora de los placeres humanos.

Yo, en cambio, sufría, sufría mucho y en mi hondo sufrimiento era cautivo infeliz de la más negra tristeza.

Con veste funeraria las horas para mí discurrían lentas, grises, taciturnas, empapadas de sollozos, destilando lágrimas.

Emparamada de frío, la pobre alma había recogido al calorcillo generoso de un rincón del cerebro y, en él, abrazado á la melancolía agonizaba el ideal, suerte de melancolía dorada en tardes otoñales.

Solitario en el cuarto del hotel ó vagando sin rumbo por las frondosas avenidas del balneario, gota á gota, el ajenjo de todas las amarguras caía en mi pecho, y de los jardines de la fantasía no calentados por el sol de la esperanza desprendíase en forma de hojas amarillas toda una hermosa florescencia de ilusiones y de sueños.....

*

En la desolación de tan extraño estado espiritual tuve la dicha de encontrarme con un corazón gemelo del mío, como él rendido ante el ara de la suprema tristeza.

Erase un joven desmedrado en carnes, vestido con desgarbo, las facciones muy finas amodorradas en la blancura mate de un rostro todo dulzura.

Cruzó por mi camino de romero triste en las postrimerías de una bella tarde azul, la hora mágica en que á los cielos sube con vuelo candoroso el ave mística de la plegaria.

Sin tener una clara conciencia de ello el joven desconocido hubo de mover mi espíritu á las claridades de la emoción, porque esa noche, al recogerme, una sola imagen batía sus alas radiantes en mi interior.

Pensaba en él y, con la obstinación delirante de mariposas que danzan en torno á los grandes focos de luz, mi pensamiento saltaba de su boca, copa doliente rebosante de ironía á aquella arruga profunda que serpeaba por su frente, especie de grieta oscura abierta en la palidez de algún mármol vetusto.

Con extraña intensión grabados en la memoria, esos detalles de su fisonomía sirvieron á la imaginación impresionada para tejer la urdimbre de una vida atormentada por grandes y múltiples desdichas. A este respecto, revestía tal firmeza mi convicción y, de tal suerte arraigábase en las honduras del sér

que, ni una sola vez siquiera el más ligero matiz de duda proyectó su sombra fugitiva en la serenidad solemne del alma dolorida. Origen fue esa certidumbre de un temblor en el corazón y de una irradiación en la conciencia, temblor ingenuo de capullos que se rompen á la caricia fulgurante del sol, irradiación corusca de vertiginosas fugas estelares..... Sentía, en efecto, un grande alivio, algo así como el bienestar que se experimenta cuando, después de haber andado oprimidos largo rato por inmensa pesadumbre, mano generosa nos liberta de la carga, devolviendo á nuestro cuerpo el libre juego de todos sus órganos.

No consideré ya mi infortunio como lo consideraba antes, el más acerbo, el más impío, y, cuando al sueño rindiéronse los párpados casi me creía un hombre feliz.

Y ello porque en la barahunda de seres que indiferentes me rodeaban, había surgido de pronto uno á quien podía donar el dulce dictado de hermano, uno que, al igual mío, parecía llevar el cuello tenaceado por el dogal de inmisericordes torturas.

*

Llegada la hora del bochorno, refugio amabilísimo era para los bañistas la gran frescura del bosque, por lo que, todos los días, en sus marañas y verdes laberintos cantos y risas humanas mezclábanse deliciosamente con risas y cantos de manantiales y lágrimas.

Bajo el solio de los ramajes milenarios el alma de aquella elegante multitud clareaba con el esplendor de luces y colores de un alba primaveral. Tierna, con serenas ternuras idílicas, tenía del armíño el sacro fulgor eucarístico, el encanto apacible de un bello traje de novia; apasionada, bullía hirviendo como metal en el crisol, lanzando reflejos de reluciente púrpura.

Algunas veces, ese regocijo acababa por estallar en una ingenua y voluptuosa sinfonía cuyos acordes eran sedosidades de caricias y vibraciones de besos desmayados y lánguidos, en un rosado florecimiento de corolas y pétalos muy diáfanos en los vergeles perfumados del amor.

A pesar del tiempo corrido conservo todavía en las retinas la visión de una de esas flores en el instante que su cáliz—tesoro de matices y fragancia—abrevó con riquísimo néctar unos labios sitibundos.

Crujidos de gajos y de ramas, las música acariciadora y embriagante de los follajes, palpación de alas y murmullos de insectos, los mil ruidos, en fin, del bosque, desaparecían en el trueno de una gran sonoridad salvaje, poema de catástrofes rimado en lecho de rocas por aguas bravías, empenachadas de espuma.

Cerca de mí pasaban gritando y rugiendo, locas, fieras, delirantes, y sus gritos y rugidos llegaban al oído remedando un inmenso desgarrador lamento.

Diríase el alarido de un dolor sobrehumano, la desesperación misma clamoreando sus tragedias en la soledad augusta del paisaje y de la hora.

Aquel memoraba en un sitio escarpado y, antes que obra natural parecía más bien fantasía prodigiosa de artista enamorado del color.

Presencia de mortal hastío, descansaba yo á la sombra de los árboles, tendido en el tapiz que tejía la hierba al pie de ellos. Llevaba buen espacio en esa actitud de profunda atonía moral, cuando, de repente, obedeciendo al instinto mejor que á la voluntad, hice un esfuerzo y me puse en pie.

Alguien, con paso rápido, aproximábase por el sendero, aquella vereda estrecha que por llevar á parajes deliciosos, traginábanla con frecuencia seres anhelantes de dar rienda á la ternura de sus corazones, amándose como los pajarillos, en un ambiente cargado de aromas y de susurros.....

Momentos después, principiaron á caer en las urnas cristalinas de la onda, reflejos de

juventud y de belleza, gasas azules de ensueño y placideces de dulces confidencias.

Sentados á orillas del torrente, uno en frente del otro, la caricia vibra su canto triunfal en una nube diáfana hecha de velos sutiles, velos impalpables de claridad suave y difusa.....

Dominado por sentimientos y sensaciones indefinibles, largo rato estuve desde un rincón perdido en la espesura atisbando el idilio, gozando y sufriendo lo que no es decible cada vez que por enramadas y grutas aleteaban sus palomas, de róseos picos y nevadas plumas.

Y cuando por escala de nardos los sentidos trepaban embriagados á la inefable y encendida altura del éxtasis, apagaróse en el aire ritmo de alas y melodía de arrullos.....

El ruido producido por una rama seca al romperse interrumpió por modo brusco aquella fiesta del beso.

*

Esa noche, al dar por la avenida mi paseo habitual, distinguí en un grupo de gentes alegres al joven desconocido, aquél que tanto me impresionara la vez primera que cruzó por mi camino de romero triste. Observándolo bien, noté al punto en su semblante y en sus gestos ausencia absoluta de toda sombra dolorosa, revelando en cambio por su animación un bienestar tranquilo y sereno, un deseo infinito de vivir.

A poco andar dí con su compañera de la tarde, la trigueña adorable de encantadoras formas.

Puesta de codos en la ventana miraba obstinadamente el cielo iluminado por la luna.

¿Buscaría acaso en la pureza del mundo sideral algún precioso bién perdido? ¿Flotaría en él, errabundo, el perfume de su bella juventud?.....

ANTONIO R. ALVAREZ.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

Modas de Viena.—París elegante.—Joyería y tejidos.—Variantes del traje negro.—En plena Cuareama.—Mantillas y peinetas.—La Reina y el pueblo.—Madrid al día.—Contrastes.—En Norte América.—Sobre la fealdad y la belleza.—Notas feministas.—Aguja y pincel.—La Rendición de Granada.

Madrid: 7 de Marzo de 1898.

Señor Director de "EL COJO ILUSTRADO"

Caracas.

La forma Princesa para los vestidos, se impone como de indiscutible novedad, apenas la primavera delinea en el horizonte sus risueños resplandores. No nos extraña, difícilmente encontraría el buen gusto moderno otra hechura más artística y bella para hacer resaltar las armónicas curvas de la figura femenina. La capital vienesa, voto de calidad en

materias elegantes, patrocina estos modelos, siendo el partido que de ellos saca, grandísimo, ampliando el tema de las combinaciones hasta lo infinito, combinaciones

que lo mismo atañen al color, que al tejido. Proceden así mismo de Viena, los corseletes bordados que se colocan sobre los cuerpos de los vestidos, para enriquecerlos de un modo deslumbrador, y desde luego, esos bordados se ejecutan con pedrería para reunión ó teatro, y con sedas y tonos delicadamente bellos, si bien un tanto serios, para calle y visita.

El fantaseador París, cada día siente más entusiasmo por las cintas de diversidad de colores y anchos, las prodiga en los abrigos de entretiempos, en los cinturones, merced á largas y flotantes caídas, en las faldas, y no hay que decir si dominarán en los sombreros. El verano que se aproxima, buscará en el risueño tema de las cintas, una de sus más graciosas fantasías. No cabe en justa lógica abominar de este adorno, que sin resultar muy caro, es juvenil y risueño; intuitivamente el mundo elegante europeo, tiende á alejarse de aquellas modas, que resultan por extremo caras. Lo que sólo puede usar un reducidísimo número de familias, privilegiadas de la fortuna, no figura en el cuadro general de la moda, como no sea en concepto de capricho costoso y fugitivo; casi todos ellos gozan de la breve y brillante vida de la flor, duran apenas un día, siquiera cuesten lo que simbolizaría el bienestar de varias familias pobres. La moda parisién, se halla en pleno período de actividad; muchas de sus combinaciones, son un secreto todavía; sin embargo, puede asegurarse, que los sombreros de paja de seda, han de aceptarse con entusiasmo, adornándolos la fantasía primaveral con flores, cintas, encajes y plumas. En absoluto, jamás puede la mujer prescindir de las flores y de los encajes, mayormente en verano, cuando los trajes y sombreros revisten tanta fantasía é idealismo. Y como el arte á todo acude con solicitud carifiosa, esperamos queridas lectoras mías, que proyecte su beneficioso influjo, en los sombreros, desterrando de la colocación de sus adornos, lo convencional y vulgar. Probablemente, en los sombreros de primavera desaparecerán los contornos de la hechura, bajo un montón artístico de flores, plumas y encajes.

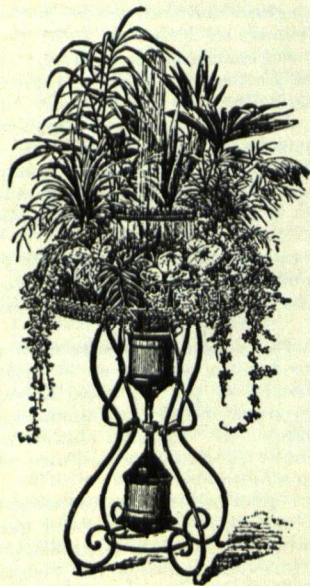
Ni poco ni mucho mengua, antes bien aumenta en todas las capitales de Europa, el furor por la pedrería. Este verano, el deslumbramiento llegará á su grado máximo, para desacreditarse después, como es natural, por completo, ya que la elegancia verdaderamente distinguida, sólo á fuerza de fuerzas, transige con lo demasiado llamativo. Antes de encauzar por otros derroteros nuestras ideas, dejemos consignado que las telas primaverales que empiezan á circular por Madrid, son las lanas brochadas, floreadas y escocesas, predominando en los dibujos el gusto del Renacimiento, en su expresión más encantadora de sencillez.

En plena cuareama hasta la moda alardea de austeridades transitorias, pero austeridades al fin. Comienza el breve reinado del traje negro, pero no en géneros lisos, sino en brochados, de dibujos grandes, palmas, guirnalda, troncos, con fantásticas hojas, cuanto en fin de superiormente rico, y severo al propio tiempo, puede imaginar la fantasía. Resultan de muy buen efecto, y novedad también, las combinaciones de dos tejidos negros de seda, las faldas de estos trajes se forran en color y éste de tonos vivos por cierto, y en algunas de ellas, al par que se evidencia la reducción de su vuelo, se ensayan adornos de pasamanería y azabache, colocados como adornos á la mitad de las faldas; adornos aislados, eso sí, al lado izquierdo ó al derecho, pero siempre buscando la originalidad en el dibujo del mismo. La poca hombrera que resta ya á los trajes modernos, desaparece rápidamente, tanto es así, que las nuevas son sobrepuestas, á fin de que quede intacta por debajo de ella, la manga estrecha cuyo reinado se aproxima á pasos acelerados.

Las mantillas de blonda, en forma de tohalla y redondas, circulan con profusión en Madrid, habiéndolas usado la Reina y la infanta Isabel, para las ceremonias religiosas palatinas que inauguraron la cuareama. Y coincide con el uso casi general y elegantísimo de la mantilla, en la presente época de devoción, el mayor favor alcanzado por las clásicas peinetas de teja. Sin ellas no es posible colocarse graciosamente á la española, la mantilla, y nuestros vecinos los franceses, reconociendo la utilidad de dichas peinetas, se sirven ahora de ellas, para que sienten el sombrero empujándolo por detrás, á fin de que se incline hacia la frente tanto como el gusto del día exige. Ningún sombrero se lleva levantado como antes; todos en absoluto, cubren casi la mitad de la frente, sombreando con coquetería infinita el expresivo rostro.

Los conciertos de primavera en el Príncipe Alfonso, que cada día se ven más concurridos, y los finales de temporada en el Real, donde se han inaugurado ya los beneficios de los artistas, puede decirse que condensan en absoluto el movimiento actual del gran mundo madrileño, puesto que los salones particulares, antes teatro de aturdidoras fiestas, se han cerrado á piedra y lodo, según suele decirse, hasta la Pascua de Resurrección rindiendo tributo á la piadosa severidad peculiar en esta época á todos los pueblos católicos. Vida retirada viene haciendo de antiguo la Reina de España, pero actualmente su retraimiento se acentúa, hasta un grado tal, que apenas se la ve en paseos y teatros. Con todo, como es buena y compasiva de corazón, el bién va á buscarla, surge ante su paso, ofreciéndola á diario ocasiones de ejercitar su caridad inagotable. Un día acompaña á pie al Viático, y en pos del Rey de los Reyes, entra en una pobre vivienda, donde agoniza una viuda sin ventura; otro día sale al encuentro del coche real una pobre madre, que solicita amparo y protección para su inocente hijo; el mérito obscurecido, la pobreza virtuosa, el artista que lucha, la religiosa que enseña, la hermana de la caridad que vela junto á la cama del triste herido, todos encuentran en una palabra, amparo y consuelo en la Reina magnánima, que considera un hermoso y santo deber velar por su pueblo. No nos queda espacio en estas Páginas para reseñar uno por uno los actos benéficos, comovedores, en que María Cristina ha intervenido recientemente. Son varios, y constituyen por separado y juntos, cumplido elogio de su corazón de mujer, sensible como ninguno á la voz del dolor y de la ternura.

Y mientras una mujer de talento y generosa como la Reina de España se complace en poner de relieve todas las ternuras femeninas, otra mujer de origen menos elevado reclama públicamente en Nueva York para su sexo el derecho de poder prescindir de agradar. Quiere la fogosa oradora norteamericana que las hijas de Eva prescindan de los auxilios del tocador, de los recursos de la coquetería inocente, de cuanto en una palabra halaga á los hombres determinando dulces atractivos en la mujer, y aboga resueltamente por la fealdad, si la hermosura material ha de ser resultado no de defectos físicos, sino de demasiada atención en el adorno y cuidado de la persona. En el derecho á la fealdad así entendida, considera la oradora de quien nos ocupamos, que reside la redención de la mujer y su igualdad con el hombre. Hasta ahora, que sepamos, tan peregrina teoría, no encuentra eco en el sexo débil, ni ha de encontrarlo seguramente en lo futuro. ¡Prescindir de adornarse la mujer, renunciar á agradar, á ser hermosa, á inspirar amor! A buen seguro no lo ha pensado bien la feminista norteamericana: mientras existen hombres y mujeres, la atracción mutua de los sexos determinará el adorno personal y el empeño de conseguir admiración y amor por medio de cuanto la honrad y el arte



pongan al alcance de las criaturas. Pretender otra cosa es ignorar en absoluto las más rudimentarias leyes del buen sentido. Lo hemos dicho en diferentes ocasiones: el feminismo exagerado que ahora impera, morirá víctima de sus propias extravagancias. Media un abismo infranqueable, entre esas corrientes desatinadas de evolución y el progreso gradual y sensato á que debe aspirar noblemente la mujer moderna.

Una obra de arte enteramente femenina, una maravilla de paciencia y delicada labor, que pronto recibirá hospitalidad honrosa en los salones de la Real Academia de San Fernando, admira actualmente la sociedad madrileña, en la residencia particular de un artista por muchos conceptos ilustre. Una dama joven, hermosa, de talento, y cuyas virtudes ha puesto á prueba la Providencia, colocándola al frente de un hogar en el cual figura su esposo impedido y varios hijos que no tienen otro sostén, más que el trabajo heroico de la esforzada madre, ha copiado bordando con sedas argelinas, el famoso cuadro de Pradilla *La Rendición de Granada*. No menos de dos metros y medio, mide la maravillosa tela objeto de entusiastas elogios y de la cual se ocupa la prensa española con justificado entusiasmo. A la señora Narváez de Ruiz se debe ese bellissimo bordado, cuyo acierto artístico y maravillosa constancia, es digna rival de la empleada en trabajos del mismo género, durante los siglos XV y XVI de perdurable memoria. Nada es insignificante en el mundo y si bien se considera, la mujer puede realizar prodigios en todas las épocas y despertar admiración y entusiasmo sin salirse de la esfera de sus atribuciones. Véase si nó, como en el caso que nos ocupa, hasta la modesta aguja puede trocarse en pincel guiada por una hábil mano de mujer. Y en tanto hay quien disente las aptitudes hombrunas, de un sexo nacido principalmente para la delicadeza y el amor, á modo de elocuente protesta formulada ante ciertos extravíos, bien podemos apreciar en lo que valen los mil primeros de una aguja experta, que desde el fondo del modesto hogar, al atraer la pública admiración, tiende á dejar consignado, á través de los agitados tiempos, el dulce poema del talento, del amor y de la constancia femenina.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

POETAS AMERICANOS

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ



ACE unos días recibí un librito pequeño encuadernado como el *Almanaque de Gotha* ó como las *Guías* de Baedeker, y correctamente impreso en Londres. Después de una amable dedicatoria del autor, leí la portada sencillísima: *Versos de Enrique W. Fernández. Tomo II.* Tras la dedicatoria, vienen

unas cuantas páginas de elogios no muy calurosos ni entusiastas al señor W. Fernández, suscritos por varios escritores de fama.

No me fio mucho de recomendaciones amistosas, porque no siendo yo literato de profesión, sino solamente periodista de los de última fila, creo y siento (y lo practico siempre que la ocasión se ofrece) que la literatura, el arte y todos los demás *interiores* que no pueden traer perjuicio de tercero, deben proponerse á la amistad y al afecto humano, gracias á los cuales va uno defendiéndose en este mísero mundo.

Declaro que no me siento capaz de refirir con ningún amigo por causas puramente artísticas ó literarias, y que soy enemiguísimo de las llamadas *polémicas*, en las cuales, aun el hombre de genio más templado y apacible, corre el peligro de trocarse en una rabanera procaz y desaforada. En suma, creo que el menor obsequio, la más insignificante *fineza* que á un amigo se puede hacer, es la de alabar sus obras, aun cuando lo contrario

piensen los usureros de la crítica, más despreciables que los prestamistas de callejuela, porque no regatean el dinero, que es difícil y áspero de lograr, sino la generosidad de *boquilla*, como dicen, ó de pico de pluma, que es la más sencilla y holgada liberalidad. Por consiguiente, pensando yo de tal manera, no me extrañó la parquedad de los elogios al señor D. Enrique W. Fernández, que no es amigo mío, ni siquiera le conozco de vista, pero que me parece un poeta digno de que se le tome en cuenta ya, y de que se atienda al desarrollo de su ingenio sin duda lozano y grande.

* *

El señor W. Fernández es colombiano, de Medellín, pero aun siendo la República de Colombia el más fértil criadero de poetas y poetisas que en América existe, y Bogotá una especie de monte Helicón americano, el señor W. Fernández no es un vate cualquiera, sino que se distingue y sobresale, por cima de los otros, como ya dije si mal no recuerdo, en este mismo sitio respecto de Ismael Enrique Arciniegas.

Yo tengo tema de que el nombre y los apellidos en muchos casos dan idea exacta de las personas: esta teoría ó lo que fuere, que aplico á algunos nombres ilustres, como Virgilio, Cervantes, Colón, Napoleón, Dumas, Prim, etc., etc., se me antoja aplicársela á D. Enrique W. Fernández, en cuyo nombre y apellidos creo ver la imagen psicológica del individuo, ó mejor, del poeta así llamado.

Lo de *Fernández* sólo indica la calidad de español, y aun esa calidad no se contrae al suelo de España, sino que es de un españolismo *difuso*, general, *mundial*, como dicen muchos que hablan *español!* en América. *Fernández* sólo es un español nacido en tierra americana, con todos los defectos y todas las buenas cualidades que resultan de la adaptación de la raza al medio. Claro está que este señor no es un Fernández cualquiera, sino de lo más refinado y selecto que se puede encontrar entre los Fernández presentes y pasados, como se verá luego.

El nombre de *Enrique* ya califica y da nuevas luces al *Fernández*. Enrique es nombre de poeta, y precisamente de un poeta que ha tenido no poco influjo en la moderna poesía americana, es decir, de Heine.

Enrique Fernández, por consiguiente, ya es un nombre sonoro y significativo, que puede ponerse al pie de obras de mérito: Pedro Pérez se llamaba el maestro que trazó la Catedral de Toledo (*Petrus Petri*, según la inscripción de su lápida sepulcral). Pero no bastaban este nombre y este apellido del poeta colombiano, para que nos imaginásemos quien es y cómo debe de ser; y para completar lo imaginado, se intercala esa *W. forastera* entre el *Enrique* y el *Fernández*. ¿Será Waldo, como escriben algunos el castellano Ubaldo? ¿Será William? Sea lo que fuere, español no es, y en esa letra doble se descubre una faceta, un aspecto característico del modo de ser, de la textura espiritual del señor Fernández, como se muestra en sus versos, según vamos á ver en seguida.

* *

Dígase primero cuanto malo haya que decir, que en substancia, es lo siguiente:

El señor W. Fernández es un poeta en general prosaico, es *muy Fernández* en unas ocasiones, y en otras no es muy Fernández, sino *muy W.* Me explicaré. Se le ocurren algunos pensamientos poéticos, pero son más las veces en que, sin ocurrirsele nada, construye con cierta habilidad versos y versos, estrofas sobre estrofas,

de los robustos rípios ayudado,

como dice con gracia mi ingenioso amigo Antonio Palomero. Al correr de la pluma tal vez salta un verso ó una estrofa de verdadero jugo y substancia, pero á continuación viene un chorro de versos fríos, grises, faltos de vigor, que estropean el efecto. Así acontece, por ejemplo, en la composición titulada *De tarde* (que debe de significar *A la tarde* ó *Por la tarde*), en la que después de vaciedades como esta:

Canta el mortal y en plácido arrebató
en natura se abisma.

¡Tarde lujosa, en tu real boato
parece todo el universo un prisma!.....

y otras cuantas estrofas por el estilo, se escapa una tan viva, pintoresca y exacta como la que sigue:

Aquí del polvo entre la nube densa,
con rústico desgaire
vuela un ginete en la llanura inmensa,
fojas las bridas, el cabello al aire.....

Lo mismo sucede, en otra composición hermosamente pensada y mal escrita, pero en la cual con luces de diamante legítimo, brilla este magnífico verso que parece una máxima de Séneca:

El oro es del rico, del pobre el sosiego.....

Lo cual es verso, y es verdad, siempre que se posea la virtud que indica el título de la poesía citada: ¡*Feliz quien sabe sufrir!* Este y todos los temas poéticos que trata el señor Fernández, tienen la falta (si falta es) de que en absoluto carecen de novedad: todo el mundo los ha tratado, y precisamente son de los que más se prestan á la divagación *soñolienta* é *insubstancial*, para quien no tenga ingenio fuerte é inspiración fecunda.

En esto muestra ampliamente la parte de *Fernández puro*, que hay en nuestro poeta. Pero todavía tiene algo peor, y todo hay que decirlo: este algo es la *W*, la *V doble*. Más ó menos casi todos los poetas americanos, tienen su respectiva *W doble* entre los repliegues del fondo ó en las filigranas y recamos de la forma; casi todos ellos son inclinados á la extravagancia y al *neologismo*, en sus dos acepciones, ó sea á la extranjería en el hablar y en el discurrir. Tienen cosas *forasteras* y cosas *extrañas* ó *estrambóticas*, que las más de las veces resultan grandes tonterías.

El señor W. Fernández emplea en sus versos sargas de adjetivos peregrina invención y extraña catadura, como no los emplea ni el calumniado y zaherido caballero que emprendió y creo que realizó la obra de poner en verso la Biblia. Sí, ni al mismo Carulla se le han ocurrido palabras y frases como *obediencia, radioso argento, fulgor tremante, ociar, presura, temblosa, elaciones*, etc., etc., que el señor W. Fernández debe de juzgar usuales y corrientes. Muy común es en los poetas de América, según va dicho, este culteranismo ó gongorismo *analógico*, pero también padecen, y entre ellos el señor Fernández, de culteranismo *antidáctico*, de conceptismo, y en no pocos pasajes, de prosaísmo evidente.

Véase, con pruebas, la verdad de esto:

Huye azotada la fugaz neblina,
cual una noche blanca.....

Al grato soplo de las frescas brisas
bailar parece el anchuroso puerto.....

¡Fárrago de tristeza y alegría,
abismo de valor y cobardía,
fragua de la verdad y del error!.....

¡Oh si el abismo de los cielos fuera
un abismo hacia abajo,
me arrojaría en su infinita anchura,
á disfrutar la muerte en los espacios!

Ya creo haber indicado en artículos anteriores que la culpa de esas *noches blancas*, de esos *abismos hacia abajo*, y de esos *puertos bailarines*, la tiene el señor Rubén Darío, con su afán de salir por registros inesperados y de buscar nuevos caminos á la inspiración poética de sus compatriotas y convencinos de América.

El señor W. Fernández vale más que D. Rubén, aun cuando no tenga una fantasía tan *lujurante*, como ellos dicen, ó sea tan volcánica y arrebatada. Y ahora vamos á ver por qué razones vale más el señor W. Fernández, en mi opinión, pues los que no somos críticos debemos dar razones de lo que sostenemos, con objeto de que nadie pueda llamarse á engaño.

* *

Digo que no tiene mucha fantasía el señor W. Fernández, en el sentido usual de la palabra: que no es hombre de concepciones atrevidas, inauditas y extraordinarias, ni tampoco se muestra aficionado á revestir de *phoebus* aparato lo que dice ó quiere decir: mas si nos atenemos á las tres condiciones indispensables que el gran Duque de Rivas, si no recuerdo mal, exigía á los poetas, encontraremos que el señor W. Fernández, en casi todas sus poesías, piensa *alto* y *siente hondo*, aunque no siempre *hable claro*, y esto ya es mucho, en los tiempos poéticos que corren.

Lejos, muy lejos del ánimo del señor W. Fernández el *problema religioso*, como decían hace algunos años (ya no se dice eso) en el Ateneo de Madrid.

El señor W. Fernández es un creyente sincero, convencido y hasta fervoroso, y la prueba de ello es que lo mejor de sus poesías, lo más elegante, lo verdaderamente bello y digno de ser recordado con gusto, es lo que se inspira, sin duda ni vacilación, en nuestros inmortales líricos cristianos, lo que pa-

rece bebido en las mismas puras fuentes de éstos. Tal se ve en la composición titulada *El último día*.

Y gime el valle, el monte
ante Dios, cuya ira resplandece
de horizonte á horizonte :
toda la humanidad allí parece
y se apaña y se encorva y estremece.
Ya toda humana gloria
al polvo fué; y del polvo procedía
y huyó hasta su memoria.

Y uno sólo es Señor, el que con pía
mano hace mundos y la luz envía.....

Habla Dios y al acento
mayor que el trueno, póstranse las gentes,
ábfese el firmamento ;
y gozosas escuchan las ardientes
hondas mazmorras el crujir de dientes
Con recia mano arranca
al hipócrita, asiento de falsa
la vestidura blanca,
y publica el loor de quien vivía
reputado ruín y el bien hacía.....

Noble y hermoso ejemplo da con esto el señor W. Fernández, y severa lección á los poetas americanos que se dejan llevar de los oropeles de la poesía francesa, inglesa ó germánica; provechosa advertencia para los que, escribiendo en lengua castellana, quieren expresar conceptos completamente extraños á ella. Así resulta que sin tener el señor W. Fernández la imaginación poderosa de otros poetas de América, no hay entre estos ninguno capaz de construir estrofas como las siguientes, en las que el vate colombiano se acerca á las mayores alturas de nuestra lírica :

Aquí, mirando al cielo
desde oculta morada campesina,
extraño yo al señuelo
de la ambición mezquina,
corre el vivir cual onda cristalina

¡ Ay del hombre apegado
en donde sólo es cierta la mudanza,
que sólo en el pasado
lo no mudable alcanza,
ya cual ruína, no como esperanza !
Cercado de pasiones
escaso de saber y de inocencia,
alimenta ficciones,
desoye la conciencia
y allí está el mal do pone su querencia.
Malgasta en devaneos
el sentido del bien que á Dios le inclina ;
fabricando deseos
por do ciego camina,
no ve que deja flor y coge espina.....

El tráfico y ruido
con que turba la paz el largo día
se fueron, y al oído
confusa melodía
pone vago deleite y extasia.

El campo vierte aromas
y en la brisa el olor se desparrama ;
sobre las verdes lomas
rastrea se derrama,
alegando la vista, inquieta llama.
Por la tendida vega
lento se explava murmurando el río,
en hoja que se pliega
por prado y bosque umbrío
va colgando diamantes de rocío.
Así en gotas se baña
de enamorada virgen inocente
la púdica pestaña
cuando en el sueño siente
casta sombra pasar del bien ausente.....

Lástima es y grande que á un hombre capaz de componer versos tan sabiamente concertados como estos, en los que se advierte el empaque señorial y la grave nobleza de nuestros clásicos, se le ocurra espaciar su inspiración á veces en rimas *decadentistas* interminables é insufribles, que no se pueden leer sin tomar aliento, y que parecen versos de regular medida *estirados*, cuya *contemplación* produce el mismo efecto que la de una cara vista en un espejo convexo. Y, con todo, hasta en esos versos, que parecen los más filosóficos de todos los del señor W. Fernández, hay algo digno de estima, como algunas estrofas que transcribo para terminar:

Las frases sublimes jamás por la mente compuestas han sido ;
el hombre es un arpa ; y el dedo divino la pulsa ó la hiera,
y entonces unidas á dulce sonrisa ó á triste gemido,
palabras que viven por siglos y siglos el labio profiere.....

Muy poco hay del hombre, por cierto, en las obras maestras humanas,
el mágico alambre que el verbo transmite del orto al Poniente
es débil imagen del diálogo antiguo que en voces arcanas,
penlura sin tregua entre el hombre egoísta y el cielo clemente.

No son nuestros tiempos, de torpes cincelos y tintes sensuales,
los tiempos gloriosos y altivos del arte, en que espíritu nobles
en mármol y en lienzo engendraban criaturas al ángel iguales,
y Eneidas hacían al son de las fuentes y al pie de los ríos.

El cielo es la patria sin odios, ni ausencia, ni error, ni falsía :
de noche estrellado cuán tímida, cuán triste nostalgia difunde ;
la estrella que asoma parece mirada que Dios nos envía ;
¡ parece mirada que Dios nos reserva la estrella que se hunde !

¡ Mirad cómo al cielo señalan cual mano al mortal bienhechora
la roca y el árbol, la torre y la flecha, el ave y la artista ;
y á él por instinto va el rostro que ríe y el rostro que llora,
va el lente del sabio, la faz del viajero, el pincel del artista !

F. NAVARRO Y LEDESMA.



La felicidad

(POR FRANCIS COPPÉE)



No me satisface completamente ninguna de las definiciones que de la felicidad se han hecho. Nace ésta, según unos de la alegría de una buena conciencia, de la práctica habitual de las virtudes. Esa me parece la más bella, la más elevada de todas las maneras de definirla, y como tal la aplaudo; pero entonces, pocos, poquísimos hombres, aun entre los mejores, serán felices. "Ignoro, ha dicho José de Maistre, lo que puede ser el alma de un malvado, pero sí conozco la del hombre de bien, ah, es horrible!" Sin caer en semejante exceso de misantropía, sabemos que el justo peca siete veces al día y que no hay conciencia completamente pura.

Cuando creemos ver á la Muerte que se acerca misteriosamente á entreabrir las cortinas de nuestro lecho, como he creído yo verla en estos últimos días, entonces, sí, entonces llega la hora de pensar en el asunto con toda seriedad, haciendo como una recapitulación de nuestra vida.

Ah! no, no basta para ser feliz haber hecho el menos mal posible. Por el contrario, los menos culpables son los que más sufren por las *pequeñas faltas cometidas*, y los que más severamente se las echan en cara, mientras que las naturalezas bajas y pervertidas olvidan con tanta mayor facilidad sus malas acciones cuanto menos escrupulos han tenido para cometerlas. Sólo en los melodramas se ve á los asesinos perseguidos por los espectros de sus víctimas. Para poder experimentar un remordimiento duradero es preciso que exista en el alma cierta delicadeza; y bien persuadido estoy de que el asesino, ya seguro de la impunidad, debe dormir con un sueño más tranquilo que el hombre de bien á quien su conciencia acusa de ligeras, pero irreparables debilidades en el pasado.

No quiero decir con esto que los malvados, por el hecho de no atormentarse en gran manera por el mal que han causado, sean más felices que los buenos.

Los seres de moralidad inferior no persiguen la felicidad sino en las satisfacciones materiales, y nada paradójico sería el comprobar que están en un error eraso y funestísimo. En la frente de todos los que se entregan á los placeres veo las muestras de la sacedad y del disgusto. Cuán cortos son los instantes que, en las veinte y cuatro horas del día pueden consagrar á las voluptuosidades sensuales! M. de Rothschild, con todos sus millones, no se come tres chuletas en un almuerzo. La costumbre estraga, el exceso ex-

tenúa. En el fondo del corazón del hombre entregado al placer he descubierto siempre una tristeza infinita, pues que en medio de sus goces se le presenta la idea de la decadencia física, que cada día se los va limitando más y más; y envenena su dicha el pensamiento de la muerte, que pronto le arrancará de todos los placeres.

"Si aún tuviese la locura de creer en la felicidad, gime Chateaubriand, con acento magnífico de melancolía, iría á buscarla en la soledad."

—Sí; pero en qué especie de soledad?

En la del trabajo, me dice al oído un espíritu fuerte.

La idea no es mala. Antiguo perezoso, convertido ha largo tiempo, considero el trabajo como el mejor específico contra la monotonía y el fastidio de la vida. El Eclesiástico cede también un poco en este punto. Para él el trabajo es bueno en sí, aunque vano en sus resultados.

—He trabajado, dice, y á eso se reduce lo que alcancé con mi trabajo.

Frase profunda de la antigua filosofía. Acepto lo del trabajo; pero convengamos en que no produce mejor efecto que el opio.

Por mi parte, temo que la felicidad no exista para nosotros sino por minutos, por ráfagas; y creo que podría formarse un hermoso libro, con pasta de cuero verde y ángeles de cobre, en el cual constara la inscripción por debe y haber de nuestros instantes felices y de cada mal cuarto de hora.

—Todo se paga en este mundo, decía el Emperador en Santa Helena, cuando la desgracia, acreedora inflexible, le presentaba sus cuentas.

Ah! cuándo por primera vez se representó *Pour la Couronne* en el teatro del Odeón, sentí una inmensa alegría. Pero en el espacio de un mes la congestión pulmonar me llevó á las puertas de la tumba y ahora tengo que estar valetudinario por algún tiempo. No os parece que está bien hecho el balance de mi cuenta?

El obrero tiene razón cuando dice: "cada uno con su suerte," y el viejo Azais con su ley de las compensaciones está también en lo cierto.

Todos tenemos aquí nuestra parte de dichas y de males. Esa es la ley; y el que piensa amargamente en la suerte de su vecino, diciendo con la bilis en los labios: "El es más feliz que yo," carece de sentido común. ¿Cómo lo sabe él? Qué sabemos nosotros de nuestros semejantes? Somos tan diferentes unos de otros, tan difíciles de conocer y á veces tan impenetrables..... ¿Dónde está esa piedra de toque para probar la sensibilidad de los demás? Ese favor de la fortuna que á nosotros nos colmaría de gozo se dá tal vez á un indiferente que no hace ningún caso de él; ese *cruelísimo dolor* que á nosotros nos habría llevado á la desesperación, hiere acaso á un egoísta que no lo siente. Aquél, colmado de gloria ó de riqueza, quizás no ambiciona más que salud; y éste, cuya miseria nos mueve á compasión, impulsado por algún noble sentimiento, ó elevando su espíritu en bellísimo ensueño, olvida su infortunio.

La envidia se equivoca tanto como la bondad.

Hay sin embargo justicia, y mucha, en el instinto que nos hace compadecer á nuestros semejantes; en la vida lo más frecuente es el sufrimiento, y la piedad no debe preocuparse por la calidad de los dolores que encuentra á su paso sino limitarse á dar consuelo y alivio. Seamos constantes en esa misión. Tratemos de que los que se acerquen á nosotros se acerquen menos tristes y menos desgraciados. Y puesto que se busca la definición de la felicidad, presento la siguiente:

—Hacer felices á otros, hé ahí la felicidad!



CAMARAS LEGISLATIVAS

SENADORES: Miguel Acevedo, por Bolívar.—Dr. Francisco E. Bustamante, por Zulia.—Dr. Luis M. Castillo, por Lara.—Juan Bautista Carrillo Guerra, por Los Andes.—General Angel Díaz Arana, por Zamora.—
 Dr. Pedro Febres Cordero, por Zamora.—Francisco González Guinán, por Carabobo.—General José Miguel García, por Bolívar.—M. A. García, por Falcón.—Dr. Pedro M. García, por Miranda.—
 Dr. Francisco de P. Meado Rojas, por Bermúdez.—General Alejandro N. Martí, por Falcón.—Adolfo Olmo, por Miranda.—Celestino Ortiz, por Los Andes.—
 Jacobo Pimentel, por Falcón.—Dr. Hermógenes Rivero, por Carabobo.—Pedro Ezequiel Rojas, por Miranda.—Dr. Martín J. Sanavria, por Bolívar.—
 J. Bta. Chaves, por Los Andes.—Leopoldo Torres, por Lara.—Gorgonio Troconis, por Zulia.—I. S. Crispulo Uzcátegui, por Bolívar.—General J. A. Velutini, por Bermúdez.



CAMARAS LEGISLATIVAS

DIPUTADOS: Dr. Acosta Ortiz, por Bermúdez.—Dr. Antonio Alamo, por Lara.—J. M. Aristimuño, por Bermúdez.—Dr. Leonidas Agüero M., por Lara.—Dr. Luis Alcalá Sucre, por Bolívar.—José L. Andara, por Falcón.—General Francisco Alvarado, por Los Andes.—Dr. Antonio Acosta Medina, por Zulia.—Delfín A. Aguilera, por Miranda.—General Eliseo A. Borja, por Zamora.—Dr. Mariano Contreras Troconis, por Los Andes.—Julio Calcaño, por Carabobo.—Dr. F. Calzadilla Valdez, por Bolívar.—H. Chaumer, por el Distrito.—Manuel A. Cabello, por Bermúdez.—Gral. Alejandro Ducharme, por Bermúdez.—Gral. Mariano J. Díaz, por Lara.—Dr. Luis Espelosin, por Los Andes.—Gral. Rogério Froltes, por Lara.—E. González Herrera, por Zamora.—Gral. Ezequiel García, por Miranda.—S. González Gullán, por Carabobo.—E. Herrera Sucre, por el Distrito.—Jorge V. Hernández Parés, por Bermúdez.—General Esteban Ibarra Herrera, por Miranda.—Miguel Jiménez, por Miranda.—General Joaquín Luzardo Esteve, por Zulia.—Dr. Antonio Landines, por Lara.—Dr. Rafael López Baralt, por Zulia.—Jacinto López, por Los Andes.—S. Leopoldo Maldonado, por Falcón.



CAMARAS LEGISLATIVAS

DIPUTADOS: F. Meza, por Miranda.—Dr. Arnaldo Morales, por Miranda.—Pbro. Dr. Manuel F. Matute, por Bermúdez.—Dr. Julián Temístocles Maza, por Bermúdez.—General Juan Navarrete Romero, por Zamora.—
 Dr. J. M. Ortega Martínez, por Carabobo.—Eduardo Ortega Martínez, por Zamora.—Francisco Pimentel, por Carabobo.—Dr. Angel Poleo, por Miranda.—Dr. Juan Pietri, por Los Andes.—
 Miguel Eduardo Pardo, por Miranda.—Dr. José Rafael Pacheco, por Los Andes.—Rafael Reyes Gordón, por Falcón.—General Rodolfo Ruiz, por Los Andes.—General Miguel Ruiz Mirabal, por Zamora.—
 Dr. Adriano Riera A., por Miranda.—Dr. Francisco Rincón, por Zulia.—General Cosme Rodríguez García, por Los Andes.—General Cecilio Romero, por el Distrito.—General Santiago Sánchez, por Zamora.—
 General Juan B. Saavedra, por Los Andes.—General Pedro Trejo Tapla, por Los Andes.—J. M. Torrealba G., por Bolívar.—B. Tapla Baldó, por Zamora.—
 General Francisco Tosta García, por Miranda.—Dr. Carlos S. Tamayo, por Lara.—G. Vargas Coronado, por Los Andes.—Genaro Zumeta, por Lara.

Cuentos cortos

(LAS DOS GARZAS)

—
POR JOAQUÍN SALBOCH

(PARA EL COJO ILUSTRADO)

«¡Cuánta gente! Cuántas coronas y luces! Cuántos sollozos mal reprimidos y suspiros ahogados! Cuántas plegarias y lágrimas!.....

¡Oh, mansión sacrosanta que tanto amor atesoras; tú que velas el sueño eterno de seres queridos que en otro tiempo endulzaron nuestra existencia, permite que mi planta vacilante huelle tu suelo bienhechor; permite al amigo fiel que deposite una corona en la tumba del amigo del alma!»

Y diciendo estas palabras entró en el Campo-santo de X el marqués del Val, seguido de dos lacayos con sendas coronas de artísticas flores.

Se dirigió resueltamente al sitio en donde la multitud admiraba dos carnarios que representaban dos cruces iguales, con la diferencia de que sobre uno de los brazos de la primera yacía una garza muerta, magistralmente esculpida en blanco mármol; mientras que sobre el brazo opuesto de la otra cruz estaba en actitud de posarse una garza negra.

—Esas dos garzas deben envolver algún misterio, dijo un forastero á dos compañeros suyos; y dirigiéndose al marqués, que acababa de depositar las coronas en las tumbas de sus amigos, le suplicó que les contase aquella historia.

El marqués le condujo á un sitio apartado de la muchedumbre, y empezó su relato de esta manera:

«Era el barón de Z un cumplido caballero, mozo de temple, espléndido y muy amigo de sus amigos. Galanteaba á la más bella y distinguida dama de la Corte, la ideal condesa de Niece, de la que era correspondido.

Hoy hace precisamente cinco años que me invitó á cenar á su palacio. Después que apuramos varias copas de champagne en obsequio de su novia, me dijo: Querido, te he invitado para rogarte que me acompañes mañana á mis posesiones; tengo empeño en que matemos una garza blanca, cuyas plumas he prometido á la condesa; ya sabes que son el adorno obligado de sus sombreros.

Al día siguiente partimos al amanecer con nuestros criados, y llegamos á las posesiones del barón á las diez de la mañana.

Emprendimos la cacería acompañados del viejo León, antiguo asistente del general y barón difunto, y actual administrador de mi amigo.

Hacia poco más de un cuarto de hora que recorriamos las balsas y los pantanos, cuando de pronto saltó de entre unos juncos una hermosa garza blanca. El barón la apuntó; mas á tiempo de desgatillar, el viejo León le detuvo el brazo, y con voz suplicante exclamó: «¡No la matéis, por Dios, señor barón!»

Calculad la contrariedad de mi amigo.

El buen anciano, pálido como la muerte, nos contó, para sincerarse, lo siguiente: «Vuestro hermano de leche, señor barón, mi pobre Juan, contaba entonces cuatro años, y estaba muy enfermo. Nos había hecho pasar una mala noche, y yo, para distraerme, salí muy temprano de caza; maté varias perdices para la señora baronesa, vuestra santa madre, y al regresar, pasó en mala hora por delante de mí una garza blanca; la apunté y cayó por tierra dando graznidos terribles.

Al entrar en casa me salió al encuentro mi pobre mujer bañada en llanto: ¡acababa de morir nuestro hijo!

Seis meses después, acompañaba yo al difunto señor barón; después de matar varias piezas, saltaron dos garzas, una negra y otra blanca; disparé sobre la blanca, que vino á caer á sus pies, dando alaridos desgarradores, que me helaron la sangre de las venas, y me hacían recordar la desgracia de mi pobre hijo: la otra, de negras plumas, se dirigió veloz hacia el palacio.

De pronto llamaron nuestra atención grandes columnas de humo que se divisaban á lo lejos: era el palacio que ardía. Cuando llegamos á él las llamas habían devorado la biblioteca y los valiosos pergaminos que tanto estimaba el señor barón. Y tal fue la impresión que experimentó vuestra virtuosa madre, que á los pocos días dejó de existir.

Ahora comprenderéis, señor barón, por qué.....

—Vaya en gracia de tu buena voluntad; pero te advierto que no creo en agüeros, y espero que no volverás á interrumpirme, replicó éste.

Yo, á decir verdad, quedé sumamente impresionado del triste relato del anciano.

Seguimos cazando, y al llegar al borde de una extensa balsa, se elevaron pausadamente dos hermosas garzas; el barón tiró la primera, blanca como la nieve, y cayó con estrépito á sus pies; la otra, más negra que la noche, aligeró su vuelo y se dirigió lanzando quejidos lastimeros, en dirección á nuestro hogar.

Sentí un frío glacial en todo el cuerpo; León, pálido como la cera, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, mientras que el barón, con la garza en la mano, nos contemplaba con cierta inquietud, que en vano trataba de disimular.

Regresamos al palacio, y de allí á la ciudad, sin hablarnos una palabra; nos despedimos á la llegada y entramos cada cual en su casa.

No me fue posible conciliar el sueño en toda la noche; no podía borrar de mi imaginación los sucesos del día.

Al día siguiente muy temprano me avisó mi criado que el lacayo del barón deseaba verme con mucha instancia. Le hice pasar, y el corazón me dio un vuelco terrible al verle entrar con la garza en la mano.

—¿Qué ocurre, Juan? exclamé lleno de sobresalto.

—Señor marqués, me contestó todo azorado; he ido á llevar esta garza por orden del señor barón á la señorita.....

—¡Y qué! Vamos, di!.....

—Que la señorita acaba de espirar; aquella casa es una confusión; no me he atrevido á ir á dar la noticia al señor barón; y he venido á tomar órdenes de usted.

Excuso relataros mi entrevista con mi amigo; básteos saber que perdió el conocimiento y después la razón; dos meses más tarde murió en un manicomio.

Esas dos tumbas que tanto os han llamado la atención encierran, como comprenderéis, los restos de los dos amantes.

Ahí tenéis el enigma de «Las dos garzas.»

San Sebastián: (España) 1898.

Una noche

—
POR MICHEL LORDAY

El capitán Dupuy me contaba:

—Vea usted la aventura más extraña de mi vida. La debo á la boleta de alojamiento, á ese singular derecho de intrusión en una familia desconocida, que permite pedirles el reposo de una noche é interrumpir sus alegrías ó sus tristezas.

Ocupábamos la ciudad de Avignón un día de maniobras. A las ocho de la noche me dirigí hacia el sitio que me habían indicado: una casa decente, con dos balcones en el primer piso.

La sirvienta á quien pregunté por su amo gruñó algunas palabras que no comprendí; la seguí por la escalera, encontrándome con un hombre que tenía el semblante bañado por recientes lágrimas.

Le expuse el objeto de mi visita y me miró con ojos extraviados, diciendo:

—Perdone que no le haga mejor acogida, caballero; me ha causado usted involuntariamente una dolorosa decepción; mi hija ha caído muy enferma aquí mismo mientras su marido, capitán de Artillería, como usted, se embarcaba para Argel..... y la infeliz criatura le llama sin cesar;

delira horrorosamente, no conoce á nadie, pero no tiene más que su nombre en los labios.....

Le hemos escrito para que regrese pronto; lo esperamos de un momento á otro. Quizás su vuelta obrará un milagro..... Y en este momento, oyendo sonar espuelas en la escalera, había creído que era él.....

Y calló, ahogándose en un mar de lágrimas. Murmuré algunas palabras de compasión, cuando una voz débil como una queja se oyó por la puerta, entreabierta, interrumpiendo el silencio triste de la casa:

—¡Enrique! ¡Enrique! Ven pronto. Es él, Papá, te aseguro que es él; le oí subir. ¡Oh! ven pronto, pronto, Enrique mío; tanto tiempo esperádoté.....

Miré al pobre padre; y mordí su pañuelo, inclinándole la cabeza. La voz gritó, pero esta vez breve, como una llamada de pesadilla:

—Ven pronto, pronto.....

Y oímos un angustioso quejido.

El desgraciado me dijo muy bajo:

—Cree que es él.

* *

De pronto, nuestras miradas se cruzaron, presas de un mismo pensamiento: dar á la moribunda la ilusión suprema de lo que ella esperaba.

—Venga usted—le dije al padre.

Este me detuvo.

—Pero, ¿consentiría usted en ir á su lado?

¡Ah! ¡cuántas gracias le doy por su generosidad! ¡Dios quiera que dé resultado! La pobre niña no piensa más que en eso, es su delirio..... ¡si se calmará!.....

Estando ya en la misma puerta de la habitación, sentí mi corazón saltar de angustia: empujé suavemente la puerta: una lamparilla sobre una cómoda apenas disipaba la oscuridad; un olor á éter envolvía la atmósfera. Inmediatamente miré hacia la cama, donde, sobre dos almohadas, una mujer joven y hermosa se moría á sus manos crispadas descansaban en las sábanas; de sus labios, con todo lo que aún le quedaba de vida, llamaba al ausente. Me aproximé de puntillas; pero mi sable chocó contra un mueble: en seguida, la agonizante se estremeció; los botones brillantes, los galones dorados, galvanizaron un segundo su recuerdo. Murmuré:

—¡Ah! por fin.....

Y dio un suspiro tan profundo que me incliné sobre el lecho temblando no fuera el último.

Mas comenzó con voz doliente:

—¿Eres tú, eres tú, amor mío? Aproxímate. Mis ojos ya casi no ven, ¿sabes? Estoy muy mala, muy mala.

Su padre le dijo muy bajo:

—No te fatigues, hija mía.

Pero, inclinando ella su cabeza sobre la almohada, continuó:

—¡Tengo tantas cosas que contarte, vida mía!.....

Y después de un silencio que me dio miedo:

—¿Pero no me das un beso?

Entonces posé mis labios sobre su frente, oyendo que murmuraba con voz suplicante:

—¡Ah! ¡más, más aún!..... Besé su cara fría y húmeda.

—¿Y yo?—dijo;—y sentí sobre mis mejillas su aliento de fiebre.

Me acuerdo que no experimenté ni extrañeza ni repugnancia; solamente la alegría triste de haberle proporcionado tan extraño consuelo.

* *

Pero su pensamiento no se fijaba:

—El cura ha venido, me dijo, estoy deshaciada.

Sin fingimiento dejé escapar esta frase de mi corazón:

—No digas eso, te lo suplico. Ya te curarás, yo lo aseguro, ya verás.

—¡Ah! ¡pero no te alejarás ya nunca más! Siéntate. Dame tu mano.

Tomé las suyas, delicadas, entre las mías.

—¡Así, así estoy bien!

Parecía descansar. Su padre se hallaba de pie cerca de la cama. Mi vista, acostumbrada á la

semi-oscuridad, distinguió una sombra negra sentada sobre una butaca: la madre, sin duda.

En aquel momento solamente pensaba en lo extraño de mi posición: en la divina mujer, desconocida para mí una hora antes, que me dirigía en su delirio la mejor de sus caricias y de sus pensamientos; pensé en el marido, que podía entrar en aquel momento, encontrándome con las manos unidas á las de su compañera.

Pero los celos se ahogaban ante la pena: ¿cómo cambia la proximidad de la muerte toda la óptica de la vida!

La joven, soñando, febril, evocaba recuerdos: —¿Te acuerdas de nuestra llegada á Suiza después de nuestro casamiento? Aquella noche de luna; abriste la ventana y la claridad llegaba hasta nosotros.

Quiso sonreír y me apretó la mano como para trasmitirme la continuación del recuerdo.

Le supliqué que no se fatigara; me esforzaba por contener esta serie de confidencias que no me pertenecían; pero al mismo tiempo temía despertar sus sospechas con mi insistencia de echar abajo este frágil edificio de mentiras en las que descansaban sus últimas horas.

Y aún me dijo después:

—Tengo mucha pena de no dejarte un hijo, algo que fuera de los dos. Un año casados; ¡un año es tan corto!

* * *

Tenía deseos de marcharme, tanto me hacía sufrir la infeliz, y las horas pasaban lentas, sin fin. En mis manos sentía la sangre de sus venas batir rápida y débil á la vez, como bate el corazón de un pajarito que se ve prisionero entre los dedos.

Y estaba tan enternecido con su tristeza y sus confidencias, que yo, el soltero empedernido llegué á sustituir de corazón al ausente, á sentir todas las angustias del marido, el mismo deseo loco de arrancar aquella mujer á la muerte.

Pero las cinco dieron. Ten'a que unirme á mi batería. Con precauciones infinitas, aprovechando un ligero sopor, retiré mi mano, y saludando á los ancianos que me daban gracias con gestos conmovedores, me fuí de la casa..... llorando por aquellas calles desiertas.

¿Después? Después nos fuimos á diez leguas. Cuando, terminadas las maniobras, estuve unos días con mi familia, volví á ver á los que tan singularmente había hecho un servicio.

Llegué con la cara triste; pero el padre se vino á mí con faz risueña, abrazándome: su hija no había muerto. El marido, que llegó algunas horas después de mi partida, conocía nuestra piadosa sustitución. La linda joven lo ignoraría siempre. —“Mírela usted—me dijo el padre,—mírela!”—Y levantó la cortina de una ventana que daba al jardín: vestida de rosa, sobre una *chaise longue*, aspiraba la vida, las flores.

Y una noche entera había yo sentido su débil mano desfallecer entre las mías, y me había dado lo que ella creía su último beso..... ¡y si me viera no lo sabría!

¡Mi fisonomía no evocaría en ella ni un pensamiento, ni un recuerdo! No me volvería á conocer!

El padre me propuso alegremente: “¿Quiere usted que lo presente como un amigo de Enrique? Me pareció que sería..... ¿cómo diré? una falta de delicadeza, una mala acción, el hablarle en pleno día, rebosando salud, habiéndola conocido en plena noche, en continuo sufrimiento.

Y movido por un pudor singular, contesté: —No, prefiero partir, ¿no le parece á usted?

El Avaro

POR J. M. GALÍNDEZ

Don Manuel Cañizares era tenido como el más rico propietario de la ciudad y también como el más avaro; y ello era tan cierto que don Manuel, en los días de su existencia, jamás tuvo otro ideal que acumular dinero, ni otro goce que el de contemplar, revisar y empaquetar sus montones de oro.

Vivía el avaro en un caserón de tristísimo aspecto, demasiado antiguo para sus pocos deterioros y bastante desaseado para el mucho abandono y la extremada economía de su dueño. La fachada negrigruda, las ventanas de gruesos barrotes y la puerta principal con florones en el dintel decían muy á las claras la época de su construcción, como de la calidad de sus habitantes. En el interior: corredores largos, sin muebles ni adorno alguno, iluminados por la noche con una siempre moribunda luz de aceite; patio en donde el moño se había extendido con holgura; y habitaciones repletas de baúles, papeles y muebles viejos.

En la de don Manuel habían dos cajas de hierro, un anaquele cargado de libracos, un escritorio de pino y unas dos ó tres sillas de las cuales colgaban trajes negros empolvados.

Tenía don Manuel un sobrino de nombre Julio y de su propio apellido, hijo de un su hermano, muerto quince años hacía. Julio contaba veinte de edad; él lo tomó desde niño y educado en sus costumbres, á pesar de la índole refractaria del joven.

Era la única persona con quien don Manuel “gastaba” algún cariño, según la expresión de las vecinas.

A aquella casa no acudían sino ciertas visitas: los jugadores perdidos, algún libertino en la plenitud de sus desórdenes, damas arruinadas, cesantes, estafadores, gentes de mala estampa, todos los cuales dejaban en manos del tío algún haber ó prenda en cambio de unas cuantas monedas.

La vida de don Manuel era muy curiosa: á las cinco de la mañana estaba en pies. Lo primero: echar una vista á las habitaciones, abrir las cajas, contar los paquetes de oro, los cuales dejaba marcados con señales que tan sólo él conocía; sin embargo de que aquellos paquetes estaban bajo la seguridad de las cajas, cuyas llaves él llevaba siempre consigo; después, esperar sus parroquianos; comer mal y dormir lo mismo.

Cualquier observador hubiese notado en sus ojillos, siempre vivos, una como indefinible desesperación que dejaba entrever al monomaniaco ó al neurótico, ávido de un algo imposible.

¿Será locura la avaricia? ¡O, en este caso concreto, era monomanía la avaricia de don Manuel!

Un estudio psicológico no hubiera quizá descifrado el enigma; pero el frío cálculo materialista bien pudiera haber encontrado en las circunvoluciones de aquel cerebro el punto morboso y explicado “teóricamente” las causales de la sed de oro y de la extremada economía de don Manuel; ¿Y quién ha de saber si el imán de Lombroso hubiese obtenido un triunfo en el presente caso? De todos modos la novela moderna si encontrará ancho campo para sus indagaciones, comentarios y prejuicios y una prueba más de la verosimilitud en que basa sus creaciones.

Y será más complicado el estudio, si se toman en cuenta algunos detalles de la vida íntima de don Manuel, tales como su desconfianza, su cobardía y su fervor religioso. Católico de corazón, era fanático en las cuestiones dogmáticas; pero no ejercía jamás la caridad.

Sus noches eran terribles algunas veces. Cuando un diario publicaba la noticia de un robo, ya se imaginaba don Manuel, al menor ruido, que eran ellos, los ladrones, ú otros bandidos que sabedores de su riqueza venían á arrebatársela.

Trataba poco con su sobrino, sin embargo de que lo amaba. ¿Y como no había de amarlo? ¡No era él la única persona de su sangre, el único sér de su familia, su amigo, su confidente? Eso sí, jamás le hablaba de su oro; pero solía consultarle sobre sus negocios, le pedía informes y hasta le encargaba de algunos cobros.

Y Julio era un buen muchacho, trabajador y muy decente, tomando la palabra como se emplea en el día.

Sucedió que Julio se enamoró (cosa muy natural,) y como acontece á los jóvenes, vistió mejor, se arregló mejor y acabó por ser un elegante.

Don Manuel había notado el cambio; pero le tenía tal confianza, que ni siquiera se ocupó del asunto; ni mucho menos cruzó su cerebro idea aciaga, á pesar de las ostensibles inquietudes de Julio (que todo enamorado anda inquieto.)

Pero la fatalidad que en todo y á lo mejor del tiempo, mete su horrorosa mano, sembró su simiente de desdichas en el corazón de don Manuel.

Y ello provino de que, en esos días, los periódicos anunciaron un escándalo. El hijo de un millonario había asesinado á su padre para robarlo, descubierto el crimen el parricida había huído con una bailarina.

Al primer momento lo que se le ocurrió á don Manuel fue saber el montante de la suma robada; y meditaba en ello, cuando entró Julio de regreso de sus quehaceres. Hablaron del asunto; la conversación varió..... hasta llegar, sin saber cómo ni por qué al cambio de vida de Julio. Este, con mucha sencillez, le dijo la verdad: que estaba enamorado, y que, como no era de estilarse visitar á la novia en mal traje, él había juzgado congruente presumir.

Don Manuel le oyó al principio con mucha tranquilidad, como quien oye una referencia vulgar; pero al instante una idea terrible, cruzó por su mente enferma; hubo de llevarse la mano á la cabeza como para aliviarla de un peso enorme... y se repitió en el fondo de su sér aquella frase leída en el diario “huído con una bailarina” frase que continuaba vibrando con sentido aterrador.....

¿Si Julio no intentaba algo siniestro? Si aquello no fuera una urdimbre? No, que él, lo había confesado ingenuamente. ¿Sería posible que su sobrino... y por qué? ¿Qué motivo de sospecha le había dado quién, como él, tan bien se comportaba...? Su vida era ejemplar. Salía muy de mañana para su trabajo, regresaba á las horas de comida; por la noche se recogía á las diez; siempre y en todo muy puntual; su trato siempre el mismo; lo único extraordinario era el cambio en el vestir; pero ya él era sabedor del motivo. ¿Y entonces por qué le vapulaba el cerebro aquella idea extravagante, tan cruel, tan de improviso venida y tan ilógicamente sustentada? ¿Habría de huír él también con su novia?

Todo esto le confundía, le ahogaba en un mar de consideraciones; en un momento comprendía vagamente su error; otras veces se despejaba su inteligencia y sonreía ante la posible tranquilidad de su conciencia; pero la terrible idea volvía á llegar y entonces con razonamientos verosímiles, los cuales, si eran propios de una imaginación senil, por eso mismo más convincentes para su ánimo exaltado.

Julio se marchó aquella mañana á su trabajo como de costumbre, y don Manuel, tan pronto como le vio salir se dirigió á la habitación de su sobrino. En ella vio trajes nuevos, guantes nuevos, perfumes y otras tantas cosas que Julio no usaba en tiempos anteriores. Entonces don Manuel pensó en que quizá todo aquello era comprado con su dinero; que Julio le robaba. Esta nueva sospecha acabó de afianzar las anteriores y medio loco, delirante se dio á pensar cosas tan fuera de lo natural que, desde aquel momento su vida fue un verdadero infierno.

Las ideas cruzaban por su mente, como bandada de buhos batiendo sus alas negras. Su pensamiento fijo era su oro y su muerte, y ésta habría de venirle de manos de Julio para robarle aquél.

El amor, ó el inefable sentimiento que le

profesaba huyó por completo de su alma. Ya no le veía sino con ojos torvos. En su imaginación fraguaba mil maneras de alejarle de su casa. Pensaba en proporcionarle un negocio en alguna ciudad distante; pero tropezaba con el inconveniente magno de que, para ello, era menester sacar dinero y esto le horripilaba. Al fin, después de mucho pensar, hizo el sacrificio: "le daré lo que sea necesario—dijo—pero que me deje en paz."

Esa noche lo llamó á su habitación y le manifestó, entre consejos y otras consideraciones lo que tenía resuelto: "es preciso que veas por tu porvenir"—concluyó; pero Julio que estaba en el apogeo de su amor y que no se hubiera alejado del lado de su novia por nada de la vida, le contestó que su trabajo le daba, por el momento, lo necesario para vivir, que agradecía su cariñosa cuanto espontánea protección, reservándose aceptarla pasado un año para cuya época estaría ya casado.

Don Manuel sintió, por cada frase de esta negativa, un dardo en el corazón. Le oyó en silencio. Una rabia profunda se apoderó de su ánimo. Bien—dijo—y le dejó solo.

¿Qué pensaba don Manuel?

Con una, para él, severa lógica racionó de esta manera: "Julio no se aleja por que quiere mis dineros, está claro; ¿cómo obtenerlos? él lo sabrá. ¡Quizá tenga ya preparado el tósigo que habrá de quemar mis entrañas! Yo debo evitarlo... y le evitaré..." Y ciego, cuasi demente tomó una resolución.

Aquella noche se acostó como de costumbre; pero el insomnio no le dejaba un momento.....

A la una, se incorporó en el lecho é hizo luz..... Su fisonomía manifestaba el desorden de sus ideas..... Estaba cadavérico, sobre su amarillento rostro caía la luz rojiza de la lamparilla dándole un aspecto de indescriptible fealdad..... De pronto dejó el lecho, tomó la lámpara, abrió el escritorio, empuñó una daga, cruzó una oscura pieza, entró en la habitación donde Julio dormía, le miró impasible..... sus ojos chispearon, alzó el arma, distendió el brazo y hundió la daga en el pecho de su inocente sobrino.....



Escuelas arqueológicas

El gobierno austriaco se propone fundar en Atenas una escuela arqueológica.

Costará el edificio doscientos cincuenta mil florines y se levantará en un terreno ofrecido por el gobierno helénico, lo mismo que las demás escuelas arqueológicas ya existentes en Atenas.

De las seis grandes potencias sólo tres tenían escuelas arqueológicas en Atenas: Francia, Inglaterra y Alemania; la francesa, que es la más antigua, va á festejar próximamente los cincuenta años de su fundación. La escuela alemana está todavía provisionalmente en la casa Schliemann, mientras procede el gobierno, como piensa hacerlo en el año próximo, á la construcción del magnífico local.

También hay una escuela arqueológica americana. Rusia tiene su Instituto arqueológico en Constantinopla, fundado hace doce años, para el estudio de la arqueología bizantina, política y eclesiástica.

Nueva doctora

La Universidad de Budapest ha nombrado á Carmen Sylva,—seudónimo literario de la reina Elisabeth de Rumania,—doctor en letras y miembro honorario de la Universidad.

La nueva doctora acaba de recibir su diploma, que es un verdadero objeto de arte. Está escrito sobre pergamino y encerrado en una caja que constituye un segundo objeto de arte, sin hablar de su valor intrínseco que es considerable.

El diploma está acompañado de una carta de la Universidad, escrita en cuatro lenguas, húngara, rumana, latina y francesa.

Un turista marino

Ya se han visto turistas intrépidos hacer la apuesta de recorrer el mundo á pie, á caballo ó en bicicleta. Uno de sus rivales, un americano llamado José Houns, acaba de atravesar el Cabo de Buena Esperanza.

—Su vehículo es un botecito de vela: el *Spray*, construido por él y del cual es único marino. Lo hizo con sus propias manos, tallado en sólida madera, aparejado y puesto á flote. El 24 de abril de 1895, salió del puerto de Boston, y desde entonces, está errando en el océano. Actualmente ha hecho más de 34.000 millas marinas. Primero fué á Gibraltar, cruzó hacia el Sur en el Océano Atlántico, costeó el Este de la América del Sur, pasó el estrecho de Magallanes, y, en el Cabo de Hornos, sufrió una tempestad que hizo zozobrar cerca de él, dos grandes buques. Sesenta y dos días más tarde, después de haber pasado tres meses viajando, se detuvo en una de las islas Samoa; en seguida partió para la Transmanía, después fué á la isla Mauricio, pasó por Natal y últimamente atravesó el Cabo, con intenciones de visitar la isla de Santa Helena. Es un hombre de cincuenta años, de pequeña estatura, el rostro lleno de arrugas, donde brillan dos ojos azules. El es la alegría de los habitantes del Cabo, á quienes enseña todas las noches la linterna mágica para ganar la suma necesaria á renovar sus provisiones de viaje. Tal es la única relación que tiene con la civilización.....

El monumento de Verlaine

En obsequio de M. Stéphane Mallarmé fotografaron en el taller del escultor A. de Niederhausen-Rodo el modelo en pequeño, y ya casi terminado, del monumento á Verlaine.

Este monumento, de concepción original, es un monolito que termina con el busto del "pobre Lelían" hecho de bronce. El artista ha querido presentar en esta ocasión un Verlaine muy diferente del Verlaine triste que fue mostrado en el Salón de hace tres años, aunque siempre de efecto conmovedor.

En contorno del cuerpo de la columna, hecha en forma de prisma, hay tres figuras enlazadas que simbolizan la obra de Paul Verlaine: la Juventud, el Amor y la Sabiduría.

El cuerpo de la columna, las figuras simbólicas y el pedestal se tallarán en una sola piedra. Los recursos que tiene hasta ahora el comité no alcanzan para un monumento tan rico, pues el producto de las suscripciones sólo llega á tres mil francos; pero los amigos de Verlaine creen conseguir mil francos del gobierno, y cuentan también con la fiesta que está organizando M. de Montesquiou.

El monumento tendrá 4 metros 50 de alto y se colocará probablemente en el jardín del Luxemburgo, al lado de la fuente de Médicis. M. A. de Niederhausen-Rodo creyó poder exponerlo en el próximo Salón; pero, por falta de tiempo, no podrá realizarlo, y tendrá que conformarse en este año con enviar un bajo relieve de ejecución notable, que hará honor á este artista y á sus dos ilustres maestros: Falguière y Rodin.

La mujer ideal

Una revista inglesa ha tenido la idea original de dirigirse á todos los jóvenes, miembros de la aristocracia británica, para conocer la opinión que ellos tienen formada de la mujer ideal.

Es preciso confesar que las respuestas no han sido favorables á la "mujer moderna." Todos esos jóvenes de veinte á treinta años han expresado poco más ó menos los mismos sentimientos. Para ellos la joven modelada según nuestras costumbres modernas no corresponde en manera alguna al ideal.

Hé aquí algunas de las respuestas publicadas:

—Evitemos resultadamente, declara el conde de Desart, esas jóvenes que usan pantalones y montan en bicicleta, y á quienes sólo por cortésia consentimos aún en dar el nombre de mujer. La misión de la verdadera mujer ideal es atenuar las incomodidades y penas que necesariamente ha de encontrar su marido en el curso de la vida.

—Detesto, aborrezco, exclama sir George Douglas, á la mujer nueva.

—La mujer ideal, dice lord Erskine, debe ser una mujer cuidadosa de su casa, una perfecta cocinera.

Lord Mountmorres opina que la mujer ideal debe ser el auxiliar abnegado, verdadera colaboradora de su marido, que tome parte en sus trabajos y le consuele y anime en las horas de desaliento. Ha de ser á la vez su mejor consejero y el guía que le preste oportunos auxilios.

El vizconde Bouchard de Montmorency considera á la joven que se apropia las maneras viriles del hombre, en lenguaje y en vestidos, como un producto enfermizo de la imaginación moderna.

Sir Francfort Moore opina del mismo modo.

La cascada en el teatro

Una caída de agua requiere un gasto colosal, y desgraciadamente el agua no se da gratis en todas partes como en Suiza. En Francia, sin embargo, han descubierto hace poco la manera de producir cascadas con muy poca cantidad de agua, habiéndose inaugurado la primera cascada artificial en la Opera de París. El inventor de este procedimiento es nada menos queel mismo director de la Opera, M. Gailhard.

El dón de observación es siempre útil. Atravesaba un día M. Gailhard el parque Monceau y vio entre la menuda yerba un arroyo abundante que parecía brotar de la tierra, casi un riachuelo, que no existía el día anterior. Acercóse, en extremo sorprendido, y reconoció una vez más cuán fácilmente nos engañan nuestros sentidos. No había nada de riachuelo! Era una simple tela de araña, en estrechísimo tejido.

Una regadera automática había proyectado sobre la tela finas goticas, que, instaladas en las mallas, constituían una superficie de agua considerable. El agua proyectada de nuevo por el riego corría sobre esta base líquida, y de lejos se habría dicho que era un verdadero arroyo. Los ojos veían á la distancia el movimiento del agua, y la superficie mojada é iluminada por el sol hacía el mismo efecto de un volumen considerable de agua deslizándose rápidamente. M. Gailhard se acordó de Arquímedes y al punto concibió la idea de aplicar el fenómeno á la decoración teatral, presentando en la escena de la Opera la cascada del bosque de Boulogne.

Reemplazó las telas de araña con un tul consistente extendido sobre un gran bastidor inclinado; y en la parte superior de éste, de largo á largo, puso un tubo horizontal con agujeritos minúsculos en todo él. Puesto en relación con el conducto de agua, las gotitas cayeron sobre el tul, y éste se transformó en un manto de agua; luego el líquido sobrante se desbordó sobre este plano inclinado, y detrás del bastidor se instalaron proyecciones eléctricas para reemplazar el efecto que hacía el sol en el parque Monceau. La ilusión fue completa; el agua, al caer, le comunica al tul un pequeño movimiento de trepidación, de tal manera que se cree ver los hilos de agua cayendo precipitadamente uno tras otro en la fuente inferior.

La tyrosina, vacuna química del veneno de la víbora

M. Phisalix demostró hace algún tiempo que es posible vacunar animales contra el veneno de la víbora por inoculaciones de dosis suaves y progresivas, de este veneno. El mismo autor había probado que el serum de los animales que han sido vacunados de este modo, es un remedio seguro contra las mordeduras de víboras.

En estudios más recientes, M. Phisalix ha encontrado que ciertas substancias contenidas en la bilis, por ejemplo la colesteroína vegetal descubierta en la sanahoria, están igualmente dotadas de propiedades preservadoras contra este mismo veneno de la víbora.

Ahora se trata de otra substancia albuminoide que existe en los animales y en los vegetales: la tyrosina, cuyas propiedades antivenenosas han sido demostradas por M. M. Phisalix y Bertrand.

Entre otros vegetales que contienen la tyrosina, hay que citar la dalia, cuyos tubérculos parece que dan un jugo sumamente activo contra las mordeduras de víboras.

Además de su interés científico, este hecho tiene un interés práctico incontestable, pues en ciertas circunstancias, será más fácil procurarse dalias que serum antivenenoso ó colesteroína.

Artista original

No es Francia el único país que posee artistas originales; también los hay notables en Portugal. Un joven músico de este país ha inventado una especie de música sinfónica que él mismo denomina: "realismo instrumento-descriptivo." Hace poco se ejecutó en Lisboa una obra nueva compuesta por él, y oída por el público con más estupor que entusiasmo. Hubo un momento en que se oyó un pistoletazo "real, instrumental y descriptivo", producido efectivamente por los instrumentos de percusión de la orquesta; pero el público no comprendió que el tiro formaba parte de la sinfonía, y sobrecogidos todos por un miedo irresistible, se salieron del teatro, agolpándose en las puertas, y quedando varias personas más ó menos sofocadas por el tumulto. Entretanto el joven maestro había subido á la escena y trataba de explicar que el pistoletazo era de la pieza y completamente inofensivo, producido por un instrumento músico como una manifestación artística. Pero nadie le hizo caso. Los diarios portugueses le aconsejan que para producir mayor efecto en la próxima audición dé "un concierto de bombas reales, instrumentales y descriptivas."

Una isla magnética

Se cree que en la vecindad de ciertas montañas que encierran masas de hierro magnético, los buques sufren atracciones á las cuales pueden difícilmente resistir, y los clavos de hierro fijados en sus flancos pueden ser arrancados.

Sin llegar hasta admitir una influencia tan exagerada, el hecho de una atracción de esta naturaleza está bien establecido, y se acaba de presentar un nuevo ejemplo, cerca de las costas alemanas.

Se trata de la isla de Bornholm, posesión de Dinamarca, en el Báltico, y que parece que obra como un gran imán en los buques que pasan por su vecindad.

Es verdad que estos buques no ven precipitarse sus clavos de hierro sobre la isla, pero en un radio de 15 kilómetros alrededor de ella, ésta ejerce sobre la aguja imantada de la brújula una acción tan grande, que la dirección del buque puede encontrarse modificada de un modo peligroso.

Un banco de rocas que se encuentra delante de Bornholm posee también estas propiedades magnéticas.

La miseria en Italia

La miseria hace estragos en Italia con una recrudescencia espantosa, sobre todo en Sicilia y en Cerdeña. Los periódicos dan lamentables detalles en el particular.

En Sicilia, tanto en las ciudades como en los campos, el pueblo se ha sublevado. Por todas partes se ven carteles que dicen: "Pane"!—"Pan"!

Inmensas comitivas de gente (hombres, mujeres, niños) recorren las calles y caminos. Las tropas son impotentes para dispersar estas procesiones de hambrientos.

Ha habido terribles encuentros entre los soldados y las poblaciones, y, de una y otra parte, se cuentan numerosos muertos y heridos.

Varias panaderías fueron saqueadas. El *Corriere di Napoli* publica una carta que pinta las tristes condiciones en que está Cerdeña:

Dice: "si el gobierno se obstina en no abrir los ojos, dentro de algunos años las poblaciones rurales de Cerdeña emigrarán y la isla quedará en manos de los malhechores y de los extranjeros. Estos últimos son ya dueños de las industrias importantes. Cerdeña tenía 3 millones de habitantes y hoy no tiene sino setecientos mil; y el número de almas sigue disminuyendo diariamente á causa de la emigración."

En Sicilia la situación es todavía más desesperante.

Curiosidades de la estadística

Lo que ha comido, bebido y fumado un septuagenario durante su vida. Eloquencia de los números.

Los ingleses tienen la manía de las estadísticas. La aplican á todas las cosas y nos la presentan con toda especie de salsas. La verdad es que sus minuciosos cálculos no son siempre de utilidad incontestable, pero sí nos proporcionan á veces observaciones muy originales.

En un número reciente del *Pearson* se halla cierto estudio bastante divertido, hecho por un honorable miembro de la "Sociedad real de Estadística"—sobre el siguiente asunto: Cuánto puede comer, beber y fumar un hombre durante su vida?.....

Vamos á tomar algunos datos del estudio susodicho, dedicado especialmente por el autor M. Everett á sus compatriotas, los ingleses.

La cantidad de alimentos y de líquidos que absorbe un hombre de buena salud y con buen apetito en el curso de una vida bastante larga, digamos setenta años, es quizás mucho mayor de lo que al principio pudiera imaginarse.

Un hombre come diariamente por término medio libra y media de pan, sea en forma de pan, de galletas, de pastas, en fin, de todo lo que tenga por elemento principal la harina.

Durante los diez primeros y los diez últimos años de la vida, la proporción se reduce á la mitad, según opina el estadístico, de modo que él sólo se ocupa de un hombre que consuma, por término medio, libra y media de pan durante sesenta años, lo que equivale á 14 ó 15 toneladas. Si nos imaginamos esta enorme cantidad convertida en un solo bollo de pan, necesitaríamos para contenerlo una pieza de 365 metros cúbicos cuando menor.

En cuanto á la patata gigante que podría formarse con la acumulación de esta legumbre, apenas bastarían dos compartimientos de ferrocarril para darle cabida.

Pasemos á la carne. El inglés, que se come regularmente una chuleta en el lunch y media libra de carne en la comida, absorbe en toda su existencia tal

cantidad de chuletas, que, puestas una al lado de la otra, cubrirían la distancia que hay entre San Pablo y la abadía de Westminster.

Suponiendo que nosotros comemos 1½ libras de pan por día, 1 libra de carne, ½ libra de pescado, 2 libras de legumbres y frutas, ½ libra de diversas cosas, se llega á un total de 5½ libras de alimento sólido por día ó sea casi una tonelada por año. Tomando este término medio durante 60 años, tenemos como peso exacto de alimento sólido consumido durante la vida 53½ toneladas.

Media pinta (28 centilitros) de té ó café por la mañana, otro tanto de agua, cerveza ó otra bebida en el almuerzo, y una pinta en la comida, con otra de leche, té ó agua de Seltz tomada á intervalos en el día hacen 3 pintas de líquido por día, 1095 por año y 76.650 en 70 años ó 76.700 si se cuentan los años bisieftos. Si nos imaginamos un cubo capaz de contener este líquido (43719) habría de tener aproximadamente 3 m. 66 de alto y más de 2.500 veces el grueso de un cubo ordinario.

Absorbe, pues, el hombre 96½ toneladas de alimento líquido y sólido; y, admitiendo que él tenga el peso de 150 libras por término medio, resulta que absorbe 1280 veces su propio peso en todo el curso de su vida.

Por último, si se quisiera convertir esa cantidad de alimento en trabajo mecánico, daría por resultado una fuerza capaz de levantar 87,600.000 toneladas hasta un pie de altura.

En cuanto al tabaco, M. Everett hace la amable suposición de que su tipo no empieza á fumar sino á los veinte años, y en este caso sólo habrá fumado medio siglo.

Si gasta cigarrillos, á razón de 12 por día, la cuenta es de 219,000 en 50 años, y si con todos estos cigarrillos se fuera á hacer un rollo gigantesco, tendría éste casi 5 metros de alto por 0.45 de ancho.

El fumador de tabacos que gaste media docena por día, habrá consumido al fin de su vida un enorme tabaco de 4 m. 88 de largo por 0 m. 60 de ancho en la parte más gruesa. Este cigarro monstruo pesaría como una tonelada, y se necesitaría una máquina de vapor para crear una corriente de aire al acercarle el fuego!.....

El trono de Menelick

El bábil platero M. Poussielgue-Rusand á quien fue encargado por el ministerio de colonias de Francia el trono suntuoso que se envió á Menelick el año pasado, ha tenido noticia, por medio del secretario de M. Lagarde, de la satisfacción con que fue recibido su trabajo.

Componiase dicho trono de un gran número de piezas separadas y numeradas cuidadosamente por M. Poussielgue, y fue montado según las indicaciones del platero, por ingenieros de la corte del Negus.

Cuando éste vio espléndidamente dispuesto el suntuoso dosel con sus ensambladuras esculpidas y doradas, con sus ricas telas de damasco y sus abrazaderas de oro tejido, no pudo contener un grito de admiración, y encargó á M. Lagarde que manifestara su complacencia al gobierno francés.

M. Vignerat, secretario de M. Lagarde dio aviso de la real satisfacción al artífice que ejecutó el espléndido trabajo.

8 = 32

Oigan ustedes un cálculo matemático. Divididos 8 duros entre 4 hombres, tocan 2 duros á cada uno. Esto es claro como el agua.

Los mismos 8 duros, repartidos entre 2 hombres, tocan á 4 duros. Esto también es clarísimo.

Si son para un hombre, éste tomará los 8 completos. Esto es axiomático.

Hasta aquí nada de particular. Pero según se demuestra en aritmética, 8 dividido entre ½ da de cociente 16.

Es decir, que repartidos 8 duros á ½ hombre le resultan 16 duros. Y, naturalmente si á medio hombre le resultan 16, á un hombre entero, que equivale á dos medios, les corresponderán 32 duros.

Resumen: que 8 duros para un solo hombre son 32.

Flores costosas

Las flores alcanzan á veces precios considerables. —Hace poco se citaban los precios de las almácigas en Inglaterra, las cuales se vendían á 6.000 bolívars. Hé aquí los precios de las orquídeas en una venta que acaba de verificarse en Bruselas. Un *Cypripedium hybridum* fue vendido en 4.000 bolívars, dos *Odontoglossum*, en 5.000 y 7.500 bolívars; y finalmente un *Odontoglossum Luciani*, admirable planta cuyas flores parecen mariposas multicolores, ha encontrado comprador al precio de 12.000 bolívars.

Las ballenas

Las ballenas son animales de mucha resistencia. Se recuerda últimamente en un diario inglés que un ballenero de Nueva York, viniendo del mar de Behring había matado uno de estos enormes cetáceos en cuya carne se encontró un harpón, marcado, como es de uso, con el nombre del buque al cual pertenecía: el *Montezuma*. Ahora bien, el *Montezuma* era un ballenero de New Badfort, comprado por el Gobierno americano cuando la guerra de secesión y colocado con otros viejos navíos á la entrada del puerto de Calveston, durante el bloqueo: hacía, pues, cerca de cincuenta años que la ballena recorría los mares con un harpón en el cuerpo.

La ballena ataca con gran energía. No teme los grandes buques y menos las embarcaciones pequeñas. La *Handa-Isle* fue atacada entre Nueva Zelanda y Sydney: navegaba con buen viento cuando advirtieron á lo lejos dos ballenas que nadaban con rapidez y que de repente cambiaron de dirección viniendo derecho hacia el buque, contra el cual chocó una sumergiéndose la otra. La embarcación resistió el golpe y el animal retrocedió dejando el agua tinta en sangre. Es claro que la ballena había atacado adredeamente al barco que habría naufragado á ser una embarcación de menor porte. Con todo la ballena no pasa por brava; y poco se necesita para aterrorizarla.

Un ballenero percibe un grupo de ballenas; lanza un bote al agua y harponea uno de los animales. Los otros, heridos de terror, en lugar de huir ó sumergirse, se juntan, se aprietan unos contra otros y permanecen como hipnotizados, en tal estado de quietud que cuatro lanchas pueden harponearlos sin dificultad, dejando todavía muchas ballenas inmóviles é incapaces de salvarse.

Con todo, algunas veces una de las ballenas despierta de su torpeza y, bruscamente, hace zozobrar una de las embarcaciones. Corre sobre el ballenero, bergantín de fuerte tonelaje, y lo choca con violencia. Todo el mundo á bordo es derribado. El buque hace agua; apenas se han puesto las bombas en movimiento se advierte la vuelta del animal: está á algunos metros bajo el agua, nadando muy vivo alrededor del navío; sube á la superficie; retrocede; y se dirige con toda velocidad al costado del barco, al cual habría abierto una vía de agua muy considerable si un proyectil bien dirigido por un barco cercano no hubiera detenido al monstruo en su carrera, fulminándolo sobre el lugar.

La ballena es, por consiguiente, accesible al temor é inofensiva en este caso; pero el dolor despierta en élla el instinto de la venganza y entonces es muy temible. ¡Esta es una enseñanza que pocos sabremos aprovechar!

Principales compañías de navegación

Según una estadística publicada por *Verkerkszeitung*, el material de las grandes Compañías de navegación marítima, estaba compuesto, á fines del año pasado, de la manera siguiente:

	Número de buques	Tonelada bruta
Alemania		
Hamburgo-America	69	286,945
Hamburg-Indamerik	32	100,646
Norddeutscher Lloyd	67	256,613
Hansa	37	84,867
Gran Bretaña		
British-India	97	251,429
Peninsular and Oriental	60	283,140
Union	52	65,239
Cunard	27	119,471
Pacific	41	128,336
Ismaíl	82	159,793
Irrawaddy	42	20,393
Francia		
Mensajerías	63	229,837
Transatlántico	64	166,701
Italia		
Navigazione general	96	171,041
Austria		
Lloyd austriaco	72	146,560
España		
G. Transatlántica	36	121,161
Dinamarca		
Forenedé Dampskibs	109	85,525
Rusia		
Russian Steam Navigation	75	80,656
Turquía		
Idaris Massousich	69	57,842
Japón		
Nippon Jsen Kabushiki		
Kivaisha	68	161,698

Emigración italiana

El número de los emigrantes italianos, ya tan elevado en estos últimos años, va en aumento. En 1896 fue de 136,730.

Como se verá en el siguiente cuadro, la emigración es casi equivalente á la de todos los otros países de Europa, exceptuando Inglaterra.

	1895	1893
Italia	187,908	198,730
Alemania	37,498	32,152
Austria-Hungría	60,528	60,804
Bélgica	1,318	1,429
Dinamarca	3,607	2,876
España	36,226	43,317
Holanda	1,277	1,241
Noruega	6,207	6,679
Portugal	44,419	27,625
Rusia	36,725	32,127
Suecia	12,708	12,919
Suiza	3,107	2,441
Gran Bretaña	185,181	171,925

El diario italiano *ill Coltivatore* hace notar que las noventa centésimas partes de los emigrantes son labradores y agricultores, y la Italia tiene más de tres millones de hectáreas de tierras incultas ó medio cultivadas.

El olivo en California

Los Estados Unidos van á hacer competencia á Europa en la fabricación del aceite de olivo, como acostumbra hacerlo con infinidad de productos: en efecto, se estima que en sólo California existen 2,000 hectáreas de plantaciones de olivo en plena producción, y la superficie total plantada llega á 8,500 hectáreas. Desde principios de 1895 se sembraron 800,000 olivos; los molinos van á multiplicarse, y los americanos esperan pronto no necesitar la importación europea.

Estrella de Oriente

Se anuncia la aparición de un nuevo periódico americano redactado en griego antiguo! en la lengua de Platón, de Jenofonte y de Demóstenes.

Los redactores de este diario, único en el mundo, que se llamará la *Estrella de Oriente*, son unos jóvenes, discípulos de la Universidad de Washington, y unas señoritas versadas en la lengua clásica.

El estilo de la *Estrella de Oriente* será más bien parecido á la lengua de Jenofonte. Este periódico se imprimirá en letras antiguas, semejantes á las de los manuscritos eclesiásticos de los primeros tiempos del cristianismo; tratará exclusivamente de lo que se relaciona con la antigüedad y no contendrá noticias de los tiempos modernos sino cuando tengan alguna relación con la antigüedad clásica, por ejemplo, la noticia de un descubrimiento arqueológico, etc.

Nuevas bombas de incendio

En Hammersmith (Inglaterra) se acaba de ensayar un nuevo sistema de bombas de incendio.

En estas máquinas hay un cilindro resistente de metal, lleno de una solución de bicarbonato de soda en agua y dispuesto de manera que pueda recibir un chorro de ácido sulfúrico.

Cuando se quiere hacer uso de la bomba, el ácido sulfúrico es enviado al recipiente; allí obra sobre el bicarbonato de soda, y provoca la evaporación de ácido carbónico en tal cantidad, que la presión se eleva rápidamente á más de 14 kilos por centímetro cuadrado.

El gas producido de este modo da fuerza necesaria para obtener un chorro violento, y al mismo tiempo da al agua una acción extintiva mucho más marcada que la del agua ordinaria.

Las grandes máquinas tienen dos recipientes, de los cuales uno se llena mientras el otro se vacía, de modo que la acción se hace continua.

Cambio de coloración de los peces

Un zoologista americano, M. Verril, ha hecho interesantes observaciones sobre el cambio de color de los peces durante el sueño. Generalmente la coloración se acentúa y los tintes se oscurecen.

Así pues, el *stanotomus chrysops* que es blanco de plata con reflejos irisados, durante el día, toma en la noche un tinte bronceado con seis bandas negras transversales.

Si por ejemplo despiertan este pez alumbrando un farol cerca de él, sus colores cambian inmediatamente.

Es evidente que estos cambios de color tienen por objeto proteger los peces, permitiéndoles disimularse mejor en los fondos donde reposan, dándoles particularmente el color de las rocas ó de las algas y otras hierbas marinas.

Longevidad de la tortuga

Según el sabio naturalista Walter Rothschild, la tortuga vive más que el elefante, cuya existencia puede prolongarse más de cien años. En 1833, sir Carlos Colville, entonces gobernador de la isla de Mauricio, envió al Jardín zoológico de Londres una tortuga gigante que pesaba más de 200 kilogramos y murió hace poco á la edad de ciento treinta años.

Acaba de ser reemplazada por otra, todavía más grande, de 1,500 de largo y 310 kilogramos de peso. Esta proviene también de la isla Mauricio y tiene ciento setenta años, de modo que sin temor podemos decir que esta tortuga monstruo es el decano de los animales del globo.

Curioso detalle: pertenece á una especie tan rara que en el tratado de cesión de la isla Mauricio, firmado en 1810 por Francia á Inglaterra, está especialmente mencionada como una de las preciosas curiosidades del país.

Curiosidades históricas

(Por Ildelfonso Antonio Bermejo)

FUNERALES EN VIDA

(1558)

En otra parte de estas curiosidades históricas he dado cuenta de la entrada del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. Sepamos ahora lo que acontecía en aquel mismo lugar dos años después y en el mes de Septiembre de 1558.

Acercábase al Emperador el término de su agitada vida, sometida ahora á una voluntaria reducción, abstraído de los negocios del mundo que tanto le habían preocupado en otros tiempos. Sin dar señales de pesar por haberse apartado de sus pompas y grandezas, dividía su tiempo entre la devoción é inocentes recreaciones. Asistía con frecuencia al coro y fue austero en los actos de su retirada vida. Ayunaba, mortificaba su cuerpo con disciplinas y dormía vestido.

Su falta de salud era más notable cada día, por lo que no fue de extrañar que se aumentase el quebranto personal en un hombre lleno de años, que á tales mortificaciones se entregaba.

Algunos historiadores opinan que no se encontraba ya en su cabal juicio, y los monjes le veían entregado á muchas extravagancias que denotaban que había perdido el equilibrio de la razón. Entre otras manías tuvo la de presenciar en vida sus propias exequias.

Verificóse la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Tendióse en un féretro, con sus vestiduras reales en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra cuando se practican tales ceremonias, y con inmovilidad de un cadáver permaneció, según otros, todo el tiempo que duraron los fúnebres oficios.

No era posible que la impresión profunda que produciría en su ánimo una ceremonia tan imponente, no influyese de una manera desagradable en una máquina ya tan quebrantada. Así sucedió, en efecto, porque entre las apariencias y la realidad medió muy poco intervalo de tiempo.

Pocos días después de esta lúgubre ceremonia, se sintió más enfermo y decaído que antes, invadiendo su cuerpo una calentura maligna que, en lugar de aliviarse, iba poco á poco minándole y acabando con sus fuerzas.

Viendo el Emperador que se acercaba pasa á paso el término de su vida, sintió más que nunca el deseo de prepararse para el último trance. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremaunción, cuando le preguntaron si quería que se le administrase con la ceremonia y formalidades que se practicaba en la Comunidad, respondió afirmativamente, y por lo tanto asistieron al acto todos los religiosos, que con lúgubre tono entonaron los salmos penitenciales todo el tiempo que duró la triste ceremonia.

Al día siguiente dijo que quería comulgar otra vez, pero díjole el Prior:

—No es necesario, señor, frecuentar tanto el Sacramento.

A lo cual replicó el Emperador:

—No están de más estos preparativos; pues el viaje que voy á emprender es muy largo.

Recibió, pues, el Viático, según sus deseos, y dijo, después del acto, con fervor:

—In me manes: ego in te maneam.

Aquella noche empeoró y se encontró próximo á la muerte. Alumbraba su aposento una luz escasa, y

entre los monjes y criados que cercaban su lecho, reinaba el más profundo silencio; pero poco antes de amanecer le rompió el Emperador diciendo:

—Me restan pocos instantes de vida; dadme esa vela y ese Crucifijo.

Obedecióle; y después de tomar ambas cosas, y con los ojos clavados en el Crucifijo, espiró, pronunciando un "¡Jesús!" con voz tan fuerte, que fue oído en las habitaciones contiguas.

Este fue el fin de Carlos V, Emperador de Alemania, Soberano de España, de los Países Bajos, de Milán, de las Dos Sicilias y de un inmenso Continente de la otra parte de los mares.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

Croquis ó apuntamientos para varios artículos

CORRELACION DEL FONDO CON LA FORMA

I

Todo está sometido en la naturaleza á leyes fijas, así en el orden moral como en el físico; leyes entrelazadas de una manera íntima é ineludible, pero que jamás se confunden.

La forma es correlativa y consubstancial con la idea.

El exceso de fuerzas físicas requiere las nudosas formas hercúleas; que difieren mucho, por cierto, de las suaves y mórbidas apolíneas.

El bello Adonis carece de la inteligencia y espiritualidad de Apolo, así como de las fuerzas de Hércules.

Corolario. ¿Veis esos hombres tersos y lindos como un Adonis?—Pues tened por seguro que no son Hércules ni Apolos.

—La delicadeza y la ternura no son el patrimonio de los musculosos y de los fuertes.—(LUIS BERRISO).

Corolario. El endurecimiento físico comporta el endurecimiento intelectual y el moral; y de ahí que les sea difícil alcanzar alto grado en delicadeza de ningún género.

La bella Venus, diosa y modelo de la hermosura sensual, difiere de la casta Juno y de la sabia Minerva, bellas igualmente.

Corolario. Esas mujeres de deslumbradora belleza y extraordinarios atractivos físicos, no son por lo regular las más virtuosas ni sabias.

II

Los antiguos griegos, gentes que lo entendían, idealizaron la diosa de la hermosura, Venus, en una mujer bellísima y liviana. ¿Por qué no la imaginarían cuanto bella, virtuosa? ¿Fue acaso por inadvertencia?

¡Ah! Eso fue profundamente meditado. Eso tuvo sólido fundamento.

Esas mujeres arrebatadoras, repetimos, no son por lo regular las más virtuosas. La severidad excesiva menoscabaría sus encantos más preciados y poderosos.

La suprema gracia, así como la belleza suprema de las formas, reside en ciertas curvas; no en la línea recta.

Esa misma voluptuosidad, que es el alma de sus atractivos, con igual poder revierte sobre la propia persona su influencia mórbida, y las predispone al extravío. Además, tales mujeres están sujetas á mayores y á más frecuentes y poderosos embates.

Y así como dice el adagio: Los grandes hombres pertenecen á la humanidad, no á su patria solamente; asimismo, las grandes beldades pertenecen á la humanidad.....

"¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!"

(QUINTANA.)

LA ARISTOCRACIA MODERNA

I

La generosidad de sentimientos, la inteligencia, el valor moral y aun el material; en fin, las virtudes todas son títulos hoy más eficaces que ninguno otro á la consideración pública.

De estas ideas, que son las del siglo, ha surgido una nobleza moderna de hecho, faz á faz de la antigua.

Y acaso esta moderna nobleza que funda sus títulos en el talento, en las virtudes, en las obras meritorias, en los grandes servicios prestados á la patria y á la humanidad; no vale por lo menos tanto como la antigua, que se fundaba casi exclusivamente en los servicios militares prestados á la patria, y tam-

bién á veces en los prestados únicamente á la persona del soberano, ¡y qué servicios en ocasiones!
Ya en el siglo XVI Góngora escribía:

“Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados.
Ducados dejan ducados
Y coronas majestades”

Y no se nos venga con que la moderna nobleza adolece igualmente de algunos de los vicios de la antigua; pues contestaremos que esas son reminiscencias de lo pasado, que no han podido aun extirparse del todo; pero no porque estén en su esencia, al contrario, ella propende á evitarlos y corregirlos.

II

En el día se acata más al parvenú inteligente y honrado, que al que cuenta abolenos ilustres si él no lo es también. Y esta idea irá cada día más y más prevaleciendo en el mundo moral y civilizado, pésele á quien le pesare.

Don Mariano José de Larra dijo: «La sociedad presente no le pregunta al hombre quiénes son sus padres, sino cuáles sus obras: no le pregunta tienes apellido, sino tienes frac: cuál es tu alcurnia, sino cuál es tu educación».

III

Los títulos que representan méritos de predecesores, sin tenerlos de por sí propio el que los lleva; antes que gloria, son irrisión y sarcasmo.

«Les grandes noms abaissent au lieu d'élever ceux qui ne savent pas le soutenir».

Tales títulos indican que uno, ó á lo sumo que algunos, de los antepasados tuvieron mérito; pero de ninguna manera significan que el actual poseedor los tenga.

Y con efecto, la mayor parte de los que hoy los ostentan, sin exceptuar príncipes ni reyes en nada son superiores, ni moral ni intelectualmente, á la generalidad de las personas decentes; y aun valen menos que muchos de éstos, que ni solicitan ni aspiran á tales distinciones.

Dice el adagio: «Á cabo de cien años, los reyes son villanos; y á cabo de ciento y diez, los villanos son reyes».

IV

En el día es motivo suficiente que un burgués, compre un título, para que el público forme juicios desfavorables respecto á su moralidad ó su cordura. Paralelo con los anteriores forman los titulados que se venden; ó sea que, á trueque de dinero, ceden de los títulos que poseen.

«Nobilitas sola est atque unica virtus».

O como dijo Lucano:

«Nec sensus nec clarum nomen avorum,
Sed probitas magnos ingenium que facit».

Que nuestro apreciable poeta don José Antonio Calcaño vertió así:

«No heredados blazones ni riqueza,
Sino ingenio y virtud, nos dan nobleza».

Para terminar diremos: Todas las aristocracias son buenas, con tal que vengan basadas en la virtud y en la inteligencia.

B. Rivodó.

NUESTROS GRABADOS

Congreso Nacional

Tres páginas del presente número están dedicadas á dar á conocer á nuestros favorecedores los retratos de los Diputados y Senadores que forman las Cámaras Legislativas.

A pesar de que oportunamente hicimos solicitudes encaminadas á presentar completo el número de Senadores y Diputados, no nos ha sido fácil lograrlo, como tampoco hemos podido incorporar los dos últimos retratos recibidos, por haber llegado tarde.

En uno de los próximos números presentaremos los retratos de los miembros del Consejo Federal.

Dr. José Angel Rivas

Aparecen en la sección editorial los apuntes relativos á la vida meritoria de este honorable compatriota.

Lira venezolana

El señor Federico G. Völlmer, compatriota nuestro residente en Hamburgo, donde hace algunos años ejerce las funciones de Cónsul General de Venezuela, ha hecho en aquella ciudad una bella edición de las piezas musicales que ha producido en los momentos consagrados á sus aficiones artísticas. La portada del her-

moso álbum, dibujo de nuestro célebre Arturo Michelena, ilustra las páginas de este número, junto con el retrato del señor Völlmer, de quien nos ocupamos en otra sección de esta Revista.

Gabriel D'Annunzio

El estudio que acerca de este célebre novelista publicamos hoy, va acompañado de un grabado que es copia del último retrato de aquél.

Valencia

Al traer á las páginas de esta edición un paisaje del hermoso paseo de Camorruo, enviamos un cariñoso recuerdo á la heroica ciudad valenciana, amenazada hoy por la terrible epidemia de la viruela.

Ojalá que bien hermanados los esfuerzos del pueblo y los del elemento oficial, lleguen pronto á desterrar aquella del territorio invadido, y torne Valencia á gozar de su tranquilidad.

Santo Domingo

Un nuevo grupo de vistas de la capital de la antigua Española, ofrecemos en la presente edición. Entre éstas figuran las que representan el undoso Ozama, cuya ría está defendida por la histórica Torre del Homenaje; la Puerta de San Diego, que da acceso á la ciudad por la parte del río; el Parque Pacificador, angosto pedazo de terreno que aprovechó el gobierno para ornar la población en un sitio central; y los cruceros *Restauración é Independencia*, que, junto con el *Presidente*, forman la flota de guerra de la Nación.

El nombre de la República Dominicana evoca un capítulo de historia bastante simpático para los venezolanos.

Dice el historiador que el descontento producido por la instalación del antiguo sistema colonial, llegó á adquirir tal consistencia y á propagarse con tanta extensión, que permitió preparar, con facilidad suma, el movimiento revolucionario que dirigió el célebre estadista don José Núñez de Cáceres, quien, arriesgándolo todo, se lanzó á la revolución y proclamó la independencia de la Parte Española de la isla, bajo la bandera de la Gran Colombia, que se enarbó el 10 de diciembre de 1821.

Todo esto se efectuó sin efusión de sangre, sin que el gobierno de España hiciese luego la menor diligencia para reconquistar la colonia.—Pero este fue el momento propicio que esperaban los haitianos para ejecutar sus propósitos de dominación, pues conociendo muy bien la falta de recursos de los dominicanos, y no ignorando que por lo pronto éstos no podían venir de Colombia, al recibir el *Presidente Boyer* el Mensaje de Núñez de Cáceres, le contestó descaradamente, invitándolo á sustituir la bandera de la Gran Colombia por la de Haití, y amenazándole con que si no lo hacía así, él correría á hacerlo personalmente. Sin esperar la respuesta, preparó sus tropas y acto continuo invadió el país, que sin medios de resistencia y recordando con horror la devastación producida por los soldados de Dessalines, no tuvo más remedio que someterse al duro castigo que los azares de la suerte le depararan.

Los buenos deseos del ilustre patriota Núñez de Cáceres, al querer realizar la independencia de su patria al amparo del Libertador, se vieron frustrados por el hecho de la fuerza, y una vez más la libre voluntad de un pueblo quedó atropellada y comprimida. La mala suerte que en tal situación dirigía los destinos de la nueva nacionalidad, colocó á Núñez de Cáceres en el duro trance de ser él mismo quien entregara las llaves de la ciudad; pero no fue esto, sin hacer en aquel solemne acto, una noble y enérgica protesta, que revela la altura de su carácter y la sinceridad de sus propósitos.

La posteridad, haciéndole justicia, ha dado á Núñez de Cáceres la gloria de ser el primer dominicano que quiso y procuró la independencia y la libertad de su país.

Nutrias

De la ciudad zamorana, tendida en la margen izquierda del caudaloso Apure, ofrecemos una vista, grata al desenvolvimiento intelectual del país, porque representa el grupo de niñas que constituyen una escuela federal de aquella simpática población, de cuyos habitantes pacíficos y laboriosos siempre se habla con cariñoso entusiasmo.

Nuevo Matadero

El 2 de febrero del año en curso fue inaugurado este edificio del cual ofrecemos seis vistas tomadas en aquel día.

Esta obra es la primera de su género en Venezuela, tanto por su moderna arquitectura, como por sus instalaciones mecánicas y demás condiciones que la igua-

lan á los establecimientos de esta especie adoptados en las grandes ciudades de Europa.

Con el nuevo matadero se elimina el antiguo situado dentro de la ciudad; se liberta á ésta de los miasmas deletéreos, y brinda el área del viejo edificio para nuevas fabricaciones que concurrirán al ornato de la población.

Sueño de primavera

La poética alegoría de Irolli, traduce el encanto natural de la estación del amor en la naturaleza y en las almas:—conjunción de perfumes, sonidos y colores y alianza estrecha de ensueños, esperanzas y aspiraciones esplendentes.

SUETOS EDITORIALES

Tierra virgen.—Por Eduardo Zuleta.—Librería de Carlos A. Molina.—Medellín.—1897.—Si cada vez que tuviéramos que escribir las notas bibliográficas que corresponden á esta sección, nos asaltara el recuerdo de Sainte-Beuve, nos sería, por el momento, dificultosa la tarea.

Principio fundamental de su decálogo literario, en lo que se refiere á la crítica, es el que establece que para el conocimiento del hombre no basta tomar su espíritu por punto de partida, pues en tanto no se haya hecho acerca de un autor cierto número de indagaciones, no es posible conocerlo por entero.—¿Cómo piensa en materia de religión?—¿Cómo siente la naturaleza?—¿Cómo en lo que se relaciona con el dinero?—¿Es rico?—¿Es pobre?—¿Cuál es su manera de vivir ordinaria?—Ninguna de estas respuestas, dice el insigne crítico, es indiferente para juzgar al autor de un libro y al libro mismo.

Aplicando ese método, nos sería casi imposible hacer una síntesis analítica de determinadas obras, como *Tierra virgen*, en el caso concreto, pues que siéndonos desconocido el autor, á ello se agrega que su novela encuadra en el marco naturalista, y el novelador de este género desaparece por completo en la acción que narra. Es únicamente—como lo asienta el más alto representante de la escuela—el que, oculto, pone en escena el drama. Nunca se exhibe al final de una frase. Nadie le oye reír, ni le ve llorar con sus personajes.

Parecerá extraño que no conozcamos la vida del hermano que tenemos en la cercana frontera, si se tiene en cuenta que de los autores europeos estamos al tanto de sus idas y venidas en el campo de acción de su inteligencia; pero es lo cierto que tal sucede y seguirá sucediendo hasta tanto no sea un hecho efectivo la fraternidad de los pueblos hispano-americanos, muchos de los cuales son víctimas de un mal endémico: la indiferencia, refractaria á todo estímulo de mejoramiento; otros aparecen como bien hallados dentro del círculo de fuego de las pasiones políticas; y son los menos los que tienden á ensanchar el imperio de su fuerza moral y de su intelectualidad.

Tierra virgen es una nueva revelación de que nuestro medio es propicio á la producción literaria y de que ésta, bien dirigida, puede alcanzar los mismos títulos que acreditan á la del Viejo Mundo. Concretándonos á la novela, las pocas que tenemos son dignas del más alto aprecio y superiores á gran número de las que nos vienen de España y Francia.

Dijo un famoso escritor moderno, que la historia es la novela de los reyes, y la novela la historia de los hombres. *Tierra virgen* es la historia de una región colombiana; y la vida y las costumbres de esa región están narradas con tal sencillez, que no hay página en el libro que no denuncie franca sinceridad en el autor. Este, en nuestro concepto, es el principal mérito de la obra.

No creemos que el autor haya acertado en el plan de la novela; pero la falta de unidad en ella puede olvidarse en gracia de la maes-

tría con que están dibujados todos los cuadros, cada uno de los cuales constituye un capítulo. El último de éstos, obra de un explorador en crítica-filosófica, se nos antoja fuera de lugar. Quizá el autor lo escribió obedeciendo á veladas tendencias del libro. De otra manera no se explica, pues el tal capítulo—demostración pomposa de inteligencia é ilustración—no encaja como desenlace, tanto más cuanto que *Tierra virgen* no lo necesita por carecer de intriga.

Saludamos con aplauso la aparición de *Tierra virgen*, y damos las gracias al señor Molina, editor de la obra, por el ejemplar con que nos ha obsequiado.

Carmen Maura.—Encanto del hogar del señor General Zoilo Bello Rodríguez fue la angelical criatura, á quien la muerte, por sobre los más grandes afectos, condujo á su imperio de sombras impenetrables.

Caiga sobre las flores que el cariño deposita en la tumba de la malograda niña el rocío que mantiene vivas las guirnaldas consagradas á la inocencia; y reciban los afligidos padres la expresión de nuestro pésame.

Libros y folletos recibidos.—*El libro amarillo* de los Estados Unidos de Venezuela, presentado al Congreso nacional en sus sesiones de 1898, por el ciudadano Ministro de Relaciones Exteriores.

Beligerancia cubana, por José Joaquín Hernández N.—Bogotá 1898.

Discursos del Padre Mendoza. — Valencia 1898.

Pedro T. Lucero, Justificación.—El Valle 1898.

Tarjeta

Jesús María Herrera Irigoyen, Director de EL COJO ILUSTRADO, manifiesta su agradecimiento á los colegas de la prensa que han tenido la cortesía de dedicar á él, en especial, algunas líneas de pésame por la muerte de su hermano el señor Luis Herrera Irigoyen.

TODOS los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la **Crema Simón** da á la tez la frescura y belleza naturales. Desde hace treinta y cinco años, se vende en el mundo entero á pesar de las muchas falsificaciones. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón** completan los efectos higiénicos de la **CREMA SIMÓN**.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplificado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: **QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO**, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

EN VENEZUELA

Agente General

Señor Ricardo Moza

CARACAS - JESUITAS A MIJARES, 3 - TELEFONO 398 - APARTADO 400

La perfumería que se vende en EL COJO es importada de las mejores fábricas. Ropa interior de lana. Objetos de fantasía, propios para regalos, de venta en EL COJO.



La mejor preparación para conservar, restaurar y embellecer el cabello es

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Conserva la cabeza libre de caspa, sana los humores molestos é impide la caída del cabello. Cuando el cabello se pone seco, claro, marchito ó gris, le devuelve el color original y su contextura, estimulando un nuevo y vigoroso crecimiento. Doquiera se emplea el Vigor del Cabello del Dr. Ayer, suplanta todas las demás preparaciones y pasa á ser el favorito de las señoras y caballeros.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer . . .

PREPARADO POR

Jr. J. C. AYER & Co., Lowell, Mass., E. U. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

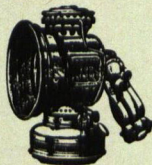
BL 1898 20th Century OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASEO

De Níquel Platado,

Pequeñas, Bonitas y Duraderas.

Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.

20th CENTURY CICLOMETROS. 10.000 Kilometros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.



Lienzo, pinturas, pinceles, & c.

PARA LOS ARTISTAS

A LA VENTA EN EL COJO

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre SCOTT es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la Emulsión de Scott y rechácese todo frasco que no sea de la de Scott con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—creando carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, "Quimicos, Nueva York.



Los principales Dentistas y Peritos piden un LÍQUIDO (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos POLVOS (que limpien el esmalte de los dientes) que Usados juntamente preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte

que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputación internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.

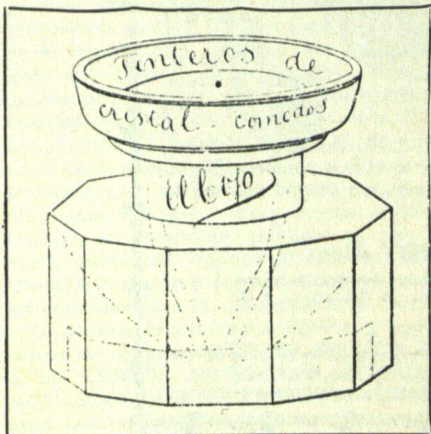
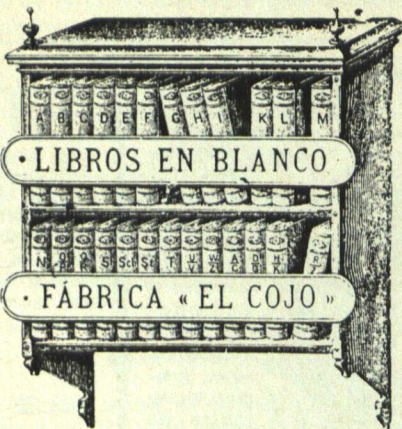
Pedid por carjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.



FABRICA DE CIGARRILLOS "EL COJO"

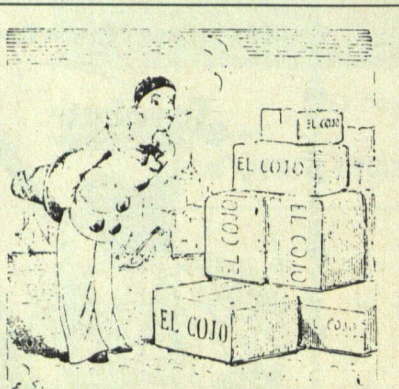
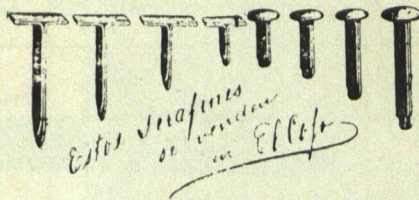


CIGARRILLOS RECORTE N. 17 DE EL COJO

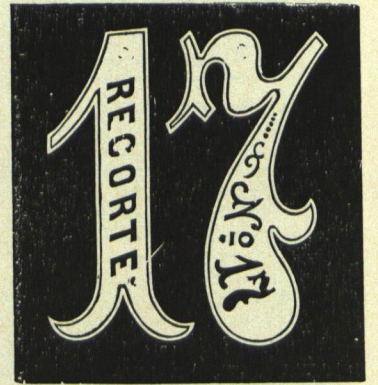
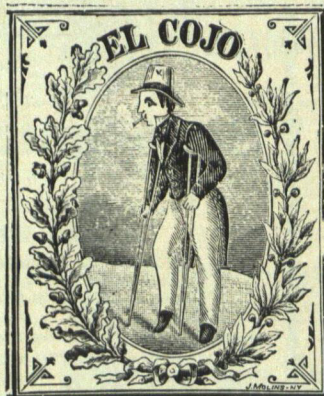


Libros de registro para 1898

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, se hallan á la venta en La Empresa El Cojo.



CIGARROS RECORTE N. 17



EL COJO Ilustrado

REVISTA LITERARIA ILUSTRADA
Caracas - Venezuela

AVISO PARA EL EXTERIOR:
(América del Sur,
América del Norte,
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscripción POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En Paris: Francos 48
L. Theodor Ravelo - 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España - Pesetas 48
Puig Corvé Hermanos - Antigua de San Juan 19.

Hamburgo - Marcos 38,70
A. F. Neubauer & Co. - Poststrasse 2.

New York - Fts. oro 9.23
Scholtz Sánchez & Co. - 22-23, State St.